La Fiesta de los Cuentos

ANTONIO MORALES JARA

San Marcos



ANTONIO MORALES JARA

Dramaturgo, poeta y narrador. Es uno de los escritores más jóvenes del Perú que a la fecha ha publicado importantes títulos. Cursó estudios de Antropología Jurídica, Ciencia Política y Metodología de la investigación.

Inicia su producción literaria inédita a los quince años de edad, escribiendo, dos años más tarde, los guiones de cine *La Leyenda* y *Un paseo*. Un libro de cuentos suyo se incluyó como texto oficial para el plan lector de dos escuelas secundarias de El Callao.

LA FIESTA
DE LOS
CUENTOS

ANTON O MORALES JARA

LA FIESTA DE LOS CUENTOS



LA FIESTA DE LOS CUENTOS
ANTONIO MORALES JARA

lafiestadeloscuentos.blogspot.com
iberoamericanosociedadycultura@yahoo.com

Diseño de portada: Miguel Mendoza
Composición de interiores: Melissa Chau

Jr. Dávalos Lissón 135, Lima
RUC: 20260100808
Telefax: 331-1522
E-mail: informes@editorialsanmarcos.com

Primera edición: 2009
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
Reg. N° 2009-03883
ISBN 978-9972-38-817-0
Reg. de proyecto editorial N° 31501000900208

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Pedidos:
Av. Garcilaso de la Vega 974, Lima
Telefax: 424-6563
E-mail: ventas@editorialsanmarcos.com

Composición, diagramación e impresión:
Aníbal Jesús Paredes Galván
Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangomarca, S.J.L.
RUC 10090984344

Dejemos que la tinta fluya como torrentes
intensos de imaginación y realidad.

GENELIPSIS CERRADO

Los días, cuando nos hayamos ido tendrán mayor razón de ser;
quedará únicamente el gran paso de la historia
condenado a desaparecer poco a poco.

El canto del gallo en la penumbra bajo un silencio quieto se tornaba gris. Las acacias altas y frondosas, con sus hojas llenas de rocío, temblaban al soplido de la brisa del río, en cuya orilla terminaba de posarse una mariposa roja de manchas negras. Fue hace cincuenta años que alguien vio por primera vez una mariposa de esas características y lo difundió en el pueblo con interés desbordante; muy pocos fueron los escépticos; en cambio, al resto de los pobladores les nació la curiosidad y sorpresa; y así cada madrugada, después del canto del gallo, se apresuraban a la orilla del río para observar subrepticiamente el sosiego con que las mariposas rojas de manchas negras se posaban en las piedras. Eran miles, extendidas a lo largo de la ribera formando una sabana carmesí de puntos negros; todo en medio de una madrugada blanca, de piedras azules; aún ensombrecidas antes del umbral. Una vaga hoja seca transportada por el viento, se deslizaba entre los rieles al mediodía y las gallinas del corral, como pocas veces intranquilas, se picaban entre sí. Los cuyes no tenían yerba y estaban flacos; para avanzar entre la jaula tenían que moverse entre el excremento de muchas semanas. Las horas del día se han marchado y el

campanario de la iglesia perpetuamente inmóvil carcomido por los años, ya no suena a la hora del crepúsculo anunciando el comienzo de la misa. En la noche tibia, el viento con su soplido viejo, se pasea por las callejas empedradas y va por el camino de una de ellas que le lleva hasta la plazoleta enrejada donde existen doce bancas de madera y fierro, seis tachos de basura que se ha descompuesto ya, por obra de las moscas y gusanos. En medio de la plazoleta, una pequeña pileta sin agua y unos arbustos entre rejas, intactos y verdes que florecen a sus anchas; en medio del silencio, un ruido brusco rompe la calma nocturna de la estación de verano. Es el ferrocarril que viene de La Oroya y atraviesa el pueblo, luego de unos minutos vuelve la calma cuando termina por desaparecer el último vagón.

Hace apenas cincuenta años la última mariposa sufría una simbiosis. El pueblo se ubicaba en el valle del río Rímac; clima seco y templado con una temperatura promedio de 27 °C en verano y hasta 19 °C en invierno. La primera de la última mariposa roja de manchas negras depositaba su huevo y una más convertida en oruga dejaba ese ciclo por ser pupa o crisálida; finalmente otra adulta bombea sangre a sus alas hasta abrirlas y alcanzar su tamaño definitivo, sequita y endurecida, antes de empezar a volar. Después de esa primera madrugada que el gallo despertó a algunos, todo el mundo se concentró en un solo lugar: de los huevos prehistóricos brotaba la vida, habían a cada paso en el bosque florido; plantas carnívoras y espinas tejidas derramadas en el suelo como una alfombra que nadie quisiera pisar. En marzo, las secuoyas echaban a tierra sus semillas y las flores de las plantas que hoy dan flores eran del tamaño de una casa. Todavía no se había inventado el fuego, pero las piedras ardían por sí solas bajo el sol flamígero que sobrepasaba en cientos

los grados centígrados de la Tierra. Una noche, la cual aún no se llamaba noche de luna llena porque aún no tenía esa denominación, las moléculas del aire rompió el sacudir de alas gigantes cuyo cuerpo traía y contraía para elevarse más y acelerar la velocidad, y así fue; se elevó tan alto esa bestia a una velocidad sobrenatural, que finalmente se desplomó a cientos de metros antes de llegar a uno del millón de volcanes que existían en la Tierra; una lava incandescente, viva; arrolladoramente se ha expandido por la superficie calcinando toda clase de vida que encontraba a su paso. Cinco horas, sin interrupción, la lava discurrió a su gusto creando otras formas de vida, inventando lagos de azufre, deteniéndose súbitamente aún cuando la Tierra seguía temblando. Entonces recién se había formado la luna y era el único satélite con el que contaba el planeta; otros planetas más lejos de la Tierra, se formaban con lentitud por obra de magia, pero en los más lejanos confines del universo todavía era improbable que existiera vida como ya existía en la Tierra.

En la costa de Norteamérica echaban cuerpo unos huracanes que se desplazaban rápidamente por las orillas del mar, pero se desvanecían en la falla de Centroamérica. Una lluvia dulce en el África, creaba un lago de sal. Apenas si las iguanas salían al sol en medio de las islas Galápagos con tortugas gigantes, quedando en el centro de una geografía que cortaba en dos el planeta. Cuando el primer rayo de luna dibujaba una senda perpendicular en una de las rocas calizas que habían sido traídas hasta el desierto por unos hombres color del bronce, toda la nobleza sabía que tomaría muchos años edificar un monumento a la muerte que lleva a la vida. Eran dos caminos: el primero, el Faraón debía construir una pirámide la cual sería su última morada, a donde entraría para vivir por siempre. El segundo,

pasaría toda la vida construyendo la pirámide, como esclavo de sí mismo y de sus creencias.

Gigantescas pirámides se levantan a través del desierto del Cairo que asombran al mundo. El río Tigris, el olivo, el trigo, la vid y la cebada. Una serpiente en el desierto, un niño hallado en el Nilo, una traición en palacio. Pocas palabras, poquísimos hechos en el umbral de una torre bajo el asombro de la esfinge. Europa empieza a tomar forma, el barco cobra vida y el caballo que es el animal más diabólico del mundo, cruza los Alpes con coraza de hierro. Las cabañas se extienden como una sabana hasta en las grietas; el Atlántico y Mediterráneo fusionándose en único océano con decenas de zócalos y volcanes activos a miles de metros de profundidad, donde el agua hierve como el hielo que se forma en las montañas de la gran Rusia; y cuando todos avizoran desde la mañana de espigas de trigo, el sol dorado, en ciernes, emergiendo del mar al otro lado del mundo; la lírica y la política alumbran en Grecia el pasado de espíritu y el futuro de temores; los sueños entonces se vuelven reales y la vida existe como nunca. Las aves empiezan a volar en miniatura y los niños corren y ríen en la primavera de noviembre a pocos metros del mar, a pocos metros de la vida; pero ya todos empiezan a navegar en esas embarcaciones ditirámbicas de abundantes esclavos. En el horizonte todavía se les ve surcando la marea, gritando tierra firme, saqueando las civilizaciones, empoderándose de supremacía y sometiéndolo todo. Unos hombres pequeñitos recién se enteran que la Tierra quedó redonda como una naranja; pero aún ignoran que antes existieron gigantes, huevos prehistóricos y que hubo animales que tenían la misma facilidad de volar como nadar; y se hubieran muerto

de estupefacción viendo a los herbívoros devorando árboles enteros, a los carnívoros comiéndolo todo. Se hubieron extinguido juntos a ellos con la apocalíptica lluvia de rocas que mató a todos y dejó solo huesos para la historia.

Una serpiente venenosa de bosque tropical, se desliza entre las rocas de la ciudadela y las pirámides; ya no hay nadie caminando entre las piedras, arbustos y enredaderas. Guerreros tallados en las paredes dan cuenta del esplendor del destino, animales rupestres; seres extraños van poseyendo el misterio aún más insondable de los bosques místicos de América. Cerca de las pirámides, en medio de la vegetación de otoño, se acrisolan varios lagos cuya agua subterránea le llevan a uno hacia enigmáticas cuevas o túneles que van a dar más allá de lo que es posible arriesgar. Se van más allá del mundo, a otro mundo. ¿A dónde? Ahora de pronto un galeón surca las Américas y se encuentra con el indio en un pueblo de cacao, es de cacao que luego se convierte en pueblo de chocolate; que antes fue calles cuadriculadas, pirámides y un soberano. Era una armonía perfecta; el mercado estaba limpio y existía el trueque. Era el socialismo rudo de América a orillas de un mar con peces multicolores; se entendían mejor de lo que se entendían los europeos y podían lograrlo a pesar de no tener escritura, sólo les bastaba creer en la deidad de los animales, en los sucesos de la naturaleza, en sí mismos. Más allá de la gloria quedaba lo mejor: la muerte.

Fue el último eclipse de luna que el imperio observó en una noche de estío; y las hojas de coca cayeron de golpe como cae la lluvia en los andenes del valle sagrado, y la noche lloró sangre cuando la cría de vicuña murió apenas nacía. El universo se redujo en ese momento para contemplar la caída de un imperio

indígena que se extendía desde el Cusco al Ecuador y desde allí hasta la Tierra del Fuego. Entraron para quedarse en la historia, unas líneas misteriosas que alguien dibujó, extendiéndolas a lo largo de las pampas de Nazca. El polvo de desierto que el aire levanta se desplaza de tal manera que convierte en magia unas líneas asombrosas que están allí para siempre formando figuras vistas únicamente desde el aire en una suerte de estampas fijas y en espiral que se ubican exactamente en el desierto. Son líneas del tiempo y para el tiempo, tejedoras de maravillosas historias, apartando el cerebro del corazón, como la arena se aparta y forma figuras todos los días de sol y en noches iluminadas.

En el corazón de la jungla de los Andes se levanta la ciudadela de piedra, una tras otra, buscando que besar el Sol; el pico más alto del mundo, rocoso, ancho, atrás del cielo. Toneladas de rocas llevadas hasta la selva en medio de los árboles y desfiladeros; por allí los caminos de piedra con el eco del silbido de los labios, el pie duro abriendo nuevos senderos y las flores silvestres al borde del camino con su gota de madrugada; en cambio, aguardan en palacio una hilera de doncellas amadas por el Inca, que se extingue por el tiempo. Las ciudades del mundo están hechas un mar de lágrimas. Un ciclón como nadie ha visto jamás, arrasa medio planeta a su paso convirtiendo a los países en inmensos cementerios. Todos han empezado a predecir el fin del mundo y las pandemias van cobrando vidas en todos los continentes. El pánico colectivo se acrecienta, las mujeres no quieren parir más y los hombres van perdiendo el gusto por el sexo. Ya nadie va al trabajo y se ha originado la afición de mirar el cielo por las tardes y noches. Pero cuando la gente duerme, es indefectible la interrupción del sueño y tienen que despertar casi temblando empapados de sudor, de

gruesas gotas de sudor en todo el cuerpo; y cada noche se vive en zozobra y una es más espantosa que la otra. Las personas recurren al esoterismo y a la lectura de las viejas profecías para enterarse qué pasará en el futuro con el mundo, con ellos mismos. No faltan los desquiciados que se pegan un tiro en la cabeza delante de todos o mujeres que deambulan desnudas por las calles de las metrópolis aunque no están locas; quizás sea una llamada de atención o la muestra más exacta de la decadencia humana en las puertas de la locura. Pero todo se vuelve manso en la laguna de Arca que se abre al costado de las laderas montañosas del cerro San Mateo. Allí hay una alfombra de hierba seca que se desliza suavemente como rubor de viento por la orilla de la laguna, cuyas aguas se convierten en espejo de cielo azul matutino y espejo también de unas rocas blancas y erguidas, sinuosas, en medio del silencio. Pero más allá, caminando en vertical, está otra laguna; la laguna Encantada, que es el refugio preferido de cóndores y cervatillos. Desde allí se pueden divisar los nevados de Ticlio y el cerro pedregoso de la laguna anterior; pero a diferencia de la laguna de Arca, esta tiene el agua de un color verduzco y es profunda; tiene un millón de arbustos, florecillas silvestres y un tipo de hierba al ras de la tierra, convirtiéndolo todo en un paraíso monumental. De noche, el pueblo, que está rodeado de cerros, se sumerge en la absoluta oscuridad, en la negrura de un silencio nocturno que se va tejiendo poco a poco como la telaraña en un rincón de la casa abandonada, en cuya sala gira la hélice del ventilador, pero no por efecto de la electricidad, sino gracias al viento febril que llega por la ventana de cortinas rasgadas. Los perros están en las calles matándose por comida. Sus dueños ya no están ni volverán a estar nuevamente con ellos; luchan por sobrevivir y ya

empezó todo un éxodo canino que se dirige resignado al bosque en busca de alimento. Muchos animales silvestres, en cambio, llegan al pueblo y lo convierten en su nuevo hábitat; han terminado por desaparecer los cuyes y aves de corral. Los roedores domésticos, después de cincuenta años, aún sobreviven asaltando las casas o huyendo al monte. En la comisaría del pueblo no hay un solo policía y ni un solo detenido o denunciante. El único hospital del pueblo no tiene pacientes, ni médicos ni enfermeras. En el mercado, que cada mañana abarrotaba la gente, desde hace cincuenta años; no hay una sola alma y todavía el culantro yace en el piso, o lo que queda de él, y las chicharronerías han sido saqueadas por los perros o los felinos. Las ferreterías y bodegas no tienen en sus puertas, un solo cliente y permanecen cerradas; en los restaurantes no hay comensales y en los pocos hoteles ya no están los amantes que se daban besos y caricias y hacían el amor al borde de la cama; las sábanas están intactas pero sobre ellas, una gruesa capa de moho. En los *cibert's*, ya nadie se conecta con el mundo, ya nadie abre páginas y nadie chatea; no más citas románticas frente al monitor o lloriqueos pueriles fruto del universo gaseoso. El único hotel tipo *bungalow*, atrás de los rieles del tren, desolado, agoniza. Ya las noches de abrazos cálidos están lejanas y no volverán, como no volverán a nadar, en su laguna artificial, los huéspedes. Un brazier y una truza todavía penden en el colgador de una habitación, conteniendo secretos inimaginables; aún perdura el perfume femenino de una piel tostada por el sol, el labio dulce en la noche desnuda. Ahora, de ese *bungalow* solo queda un palomo y una paloma en el techo, tímidos, despiojándose.

El ferrocarril vuelve a pasar otra vez en la mañana produciendo el eco de la ciudad. Hay unos burros en-

jutos que deambulan por las callejas y dos pájaros que están posados en la copa de un árbol frente al municipio, dentro del cual no hay una sola persona que encienda las computadoras que están a su suerte en los rincones de las oficinas. La oficina de la alcaldía está cerrada y adentro todo permanece inmóvil, están: la bandera nacional en miniatura sobre el escritorio, las fotos de las dos pequeñas hijas del alcalde en un portarretratos, la corbata azul con recuadros que jamás usó y que seguía colgada en la percha y los estantes sólo con algunos libros sin trascendencia; aún estaban en la alcaldía los muebles negros de cuero fino que adquirieron para esta oficina, pero bajo una adquisición camuflada; solo las revistas *Playboy*, atiborradas de termitas, desparecían poco a poco; a pesar de eso, el tiempo pasaba sin dejar huella por aquí. Los trofeos en los anaqueles de la municipalidad todavía conservaban sus años de brillo y gloria. El alcalde gobernó cuatro periodos consecutivos y fue un tirano capaz de aplastar a todo aquel que se le atravesara. El pueblo creció vertiginosamente y se construyeron dos escuelas, una primaria y otra secundaria, donde ahora no albergan a un sólo alumno o alumna. En la escuela primaria todavía se puede oír la risa de los niños jugando en la hora de recreo a las corridas, la pelota de fulbito dando botes en la loza deportiva; los uniformes están sucios y húmedos, los niños corren y se abrazan, las niñas juegan a ser mujeres y aprenden, sentadas en el patio, a pintar mariposas de color rojo con manchas negras. En las aulas la maestra explica las clases y hace anotaciones en la pizarra verde; los niños juegan y aprenden con ello más rápido de lo pensado y se ensucian las manos de tiza por aprender en la pizarra operaciones aritméticas, y existe en cada aula un rinconcito de aseo y una biblioteca pequeña que

el alcalde tirano quiso eliminar, pero finalmente tuvo que dar marcha atrás gracias a la resistencia decidida de las madres de familia. La escuelita era toda celeste y en el tejado más alto, unos pájaros alegres llegaron para hacer su nido de paja y algunos tallos. Los niños salen ordenadamente, acompañados por la maestra, rumbo al río Rímac, que no está lejos de ahí, para traer piedras pequeñas y planas con las que la maestra piensa trabajar en la hora de artística. Todos se divierten buscando la piedrita más singular y se salpican agua entre ellos; saltan, corren y la vida es tan libre y maravillosa. Vuelven a la escuela, cada uno con sus piedritas, y ocupan sus respectivas carpetas. Distribuyen las piedritas tal como lo indica la maestra: sobre una superficie de papel blanco que contiene figuras específicas; de modo que con sutileza, van colocando las piedritas embadurnadas de cola para luego poner encima papel picado y al final le darán color con el pincel, con las manitas entretejiéndose con cuidado y colaborando todos entre sí. Casi terminando el pueblo, se encuentra la escuela secundaria pintada de color tabaco y melón; está en las faldas del cerro construida magistralmente, dominando la geografía del lugar a la perfección. Tiene dos lozas deportivas amplias y un patio donde cada año se lleva a cabo la exposición de ferias gastronómicas y artesanales; ahí participan todos los alumnos con números de danzas típicas, obras de teatro, declamación y bailes. A la hora del recreo se incendia la pradera; y las paredes y pisos estallan con la bullaranga de muchachos luciferinos. Los maestros asisten a la escuela en corbata y ropa formal; los intelectualoides, con gafas que no son de medida, pero tienen un gran corazón y son simpáticos. Las niñas ya empiezan a enamorarse, pero los chicos todavía son algo tímidos y no usan

desodorante; ellos prefieren jugar pelota o jugar entre sí y burlarse de las nenas. No obstante, hay uno que otro zamarro que despertó más pronto que los otros, enamora a las chicas y las chicas le quieren y le comparten. Las chicas de quinto ya han tenido su primera relación sexual y a menudo la experiencia se repite: insatisfacción y depresión. Las más procaces guardan un amor secreto por el profesor de matemáticas y de literatura, por los dos; no hay problema, hay corazón para todos. A la salida se encuentran las parejas y planean algún evento para el fin de semana o hacen intercambio de chismes, pocas veces comentan acerca de las clases recibidas o de algún tema determinado. Ya de noche, en las esquinas, ocultas en la oscuridad, se puede ver a algunas de ellas regodeadas de besos frugales e infantiles a la vez.

Al pueblo le rodean cerros verdosos de una serranía templada. De repente se quedó con población cero. Ahora las enredaderas crecen indiscriminadamente y la yerba se derrapa por doquier. Es una ciudad perdida tapada por el monte. Atrás de los cerros, existe un manantial del cual brota el agua más pura del mundo; pero ya nadie está allí, como antes, como hace cincuenta años, recogiendo agua en los cantaritos de barro, bañándose en el lago termal que se había formado. El lago estaba quieto, sin una sola onda, sin una sola persona ahí o cerca; solamente el vapor que se desvanece en el aire frío del manantial. Al suroeste se encuentra, empotrada en el cerro, la cueva de piedra caliza en medio de una rala vegetación. Un ancha entrada nos conduce al interior donde todos pueden ver las estalactitas sólidas, como jabalinas, que emergen de la parte superior de la cueva con incesantes gotas de agua; más adentro, donde los rayos del sol no llegan y todo es oscuro, encontramos a los murciélagos que,

al sentir la mínima presencia humana, echan a volar en bandadas. Algunos años atrás se organizaban desde el pueblo, robustas caminatas y no paraban hasta llegar a la boca de sapo; pero mucho antes de arribar a la cueva, se topaban con una majestuosa catarata que caía en cristales desde el cielo, y existía toda clase de flora y fauna alrededor. Las caravanas surgían desde tempranas horas de la mañana, generalmente los sábados y domingos; allá se comía y bebía a la intemperie, en medio de la naturaleza, y así era mejor. La boca de sapo es un arco inmenso de piedra que se extiende algunas hectáreas en el cerro mismo; es una boca ancha, sin duda. Una boca capaz de tragarse al pueblo entero porque es historia, historia viva; porque hasta películas se filmaron en su interior, naturalmente con una iluminación bárbara que lo hizo todo brillante y real para las locaciones. Este agujero es el hueco más espectacular de toda la sierra del Perú. Es la cueva perfecta donde reinaban los murciélagos, las estalactitas increíbles, las filtraciones de agua y algunas aves en sus nidos con sus huevos recién puestos. La boca de sapo no tenía, a diferencia de otras cuevas, una salida que no sea la misma entrada. Toda la roca era tan uniforme y compacta que por ahí no pasó un solo terremoto.

Las nubes comenzaron a blanquearse y a extenderse sobre el pueblo para abrir paso al manto azul de un cielo limpio que atardecía en la flor de la chirimoya. Por los rieles corroídos con el tiempo, volvió a cruzar el ferrocarril andino que cargaba los minerales con su silbido viejo y cansado, vanamente; pues en el pueblo no había una sola alma que temiera ser arrollada por este monstruo de metal; pero el ferrocarril volvió a pasar anunciándose igualmente, como desde cuando se terminó de construir la vía, y seguirá siendo así, aun-

que allí no haya gente; mientras siga existiendo mineral, continuará con su misma ruta, eterna y diabólica, aunque ya no hayan más oídos, aunque ya no existan ojos, aunque no exista más vida.

Ya no están las tertulias infinitas en la plazoleta que era la más bella; los coloquios insomnes y clandestinos que se aparcaban en los balcones y un vestido de noche, azul, entregando los besos que hacían falta para el calor. Ya no tienen más sueños los amantes de días de lluvia que bajo el paraguas, luchaban por conservar incandescente la magia de un amor infantil, porque ese es el mejor. Ya no ha vuelto a florecer el jacinto como sí lo hacía hace mitad de siglo. Ahora, una sabana de hierba crece hasta las nubes de forma indiscriminada, borrando los recuerdos de ayer de las personas, de los animales, de los objetos más queridos e igualmente los menos queridos. Hoy más que nunca se extrañan los barcos de papel que los niños del pueblo echaban a navegar en el río; el sol de aquellos días y la luna de aquellas noches. Todo comenzó con el canto del gallo que de madrugada se atrevió a despertar el mundo con ese canto maravilloso y siniestro a la vez. Esa ave tuvo suerte porque nunca se prepara caldo de gallo sino de gallina; porque, de otra forma, antes que oír el canto del gallo, todos hubieran probado un sabroso caldo, pero no debió ser así. El gallo tenía que despertar las horas del día con su canto prodigioso; naturalmente, no contaba con que la gente iría al río y tampoco ha de haber conocido lo de las mariposas, de esas malditas mariposas que debieron cerrarle el pico a él y a todos los gallos del pueblo que desde los corrales formaban una orquesta.

Abril, mayo y junio, son meses de lluvias torrenciales que forman charcos turbios en las callejas no empedradas. El río aumenta su caudal, se vuelve furioso

y destruye todo, desaparece las orillas de arena y arrasa con las piedras. Se forma una nueva simbiosis y empieza a brotar una nueva especie de vegetación, nuevas rosas que aún no tienen nombre y que no existen en otra parte del mundo. Como un hilillo, el agua de lluvia drena por la alcantarilla y no queda nada de ella. El pueblo se zambulle en un bosque donde es poco probable recordar o reconocer en qué lugar quedaba la casa de tal o cual. ¿Dónde estaba ubicada la plazoleta?, ¿dónde el concejo?, ¿en cuál de las calles, que ahora ya no quedan nada de ellas, fue construido el hospital?, ¿adónde se han marchado las ferreterías, los restaurantes y los hoteles?, ¿en dónde quedaba la comisaría de color verde y el mercado? Se han extraviado entre el bosque los *cibert's*, las bodegas y el *bungalow*; por allí ya solo pasean venados, roedores, pájaros, felinos, lombrices y otras especies que han logrado sobrevivir a la ausencia de seres humanos. De la iglesia del pueblo solo quedan algunos nidos de palomas en el pináculo, tejida por un bosque tupido y exótico que la desaparece sin el último sermón del sacerdote. La laguna de Arca está lejos de allí y está también lejos la laguna Encantada, verde y rodeada de floresta. La boca de sapo mantiene la boca abierta con dirección al pueblo y de ahí, que es la entrada y salida a la vez, salen volando una ristra de mariposas rojas con manchas negras que se desplazan zumbando como ninguna, hasta que desaparecen en el aire frío de la noche del siete de mayo. Una luz púrpura titila tenuemente a mitad de la oscuridad pero se va agigantando conforme pasan los segundos y minutos; de pronto cambia a color gualdo y se mantiene así hasta que va a formar una esfera colosal, en medio del río que alumbra debajo del agua sin humedecerse y refulge a lo largo de toda la orilla, donde las piedras se vuelven gránulos de oro que destellan hacia las hojas

de las acacias de otoño. La esfera desborda los límites del pueblo y gira por los rieles del ferrocarril; entonces ocurre lo impensable: la esfera es la gigantesca masa que explosiona en partes minúsculas por todos lados y donde caen, brillan con un color rojo escarlata y parpadean confundidas por un color negro. Fue como fuegos artificiales de petardos incandescentes ascendiendo al cielo para formar nuevas estrellas luminosamente rojas y parpadeantemente negras. El estallido llegó a Ticlio y descendió para multiplicar el eco entre la denudación de los cerros, hasta dar en el mar, formando ondas bermejas que avanzaron por toda la costa verde hasta Chorrillos. Estalló un silencio en el pueblo y nadie volvió jamás a hacer ruido. La noche de las hojas secas de otoño empezó a temblar y una lluvia celeste y tranquila, caía a cuenta gotas.

AMAZONAS

Un sueño basta. La naturaleza te conduce hasta la gloria,
aunque algunos no entiendan lo que otros entienden.

Amazonas caminó sin presentir que la molestia se había repetido; y sus pisadas ya no eran las mismas de hace veinte años, y su panza voluptuosa casi le rompía el polo desgastado igual que el pantalón; y miró a todas partes antes de caer extenuado en la grama. En el lecho, se atolondró viendo las enormes hojas de cetico que se levantaban de los coposos árboles gigantes y viejos. Cristóbal Mozombite le advirtió lo imposible que era atravesar la maraña del bosque, sobre todo después de las dos últimas recaídas que tuvo que lo llevaron al borde de la muerte.

Los capillos interminables, asentados en los hombros, nos seguían picando y una garúa frágil empezó a caer. Lamía el tiempo el calor absoluto y la tarde moría con la penumbra; los caracoles, en cambio, sigilosamente y en una sola dirección, terminaban su recorrido en algún tronco seco. Por la noche, Cristóbal Mozombite llevó la alcuza al terrado y empezó a estudiar mientras, por medio de las ponas, miraba de vez en cuando la calle (un conjunto de vías enmarcadas perpetuamente por la infinita senda de monte y enredaderas. Angostas, angostísimas). Abajo, en el umbral de la noche, yacía la madre pernoctando con los vecinos y los hijos mayores. Quizá contando

chistes, fábulas de repente, bajo esa redonda luna luminosa; de esas historias que el viejo Román Paima relataba todas las noches y no dejaba dormir a los vecinos porque los entretenía tanto que sus párpados no se tiraban a dormir. "El viejo Román de las leyendas", dirían los muchachos, que bebían recién entrada la noche su panatela para ir a escucharlo; como esa historia de Pascual Cobos Saldaña que, creyendo el enema bien caliente eficaz purgante, se mandó aplicar y terminó calcinándole los intestinos. Llevaban sábanas los más miedosos, candiles, de pronto alguien una almohada, y se acostaban en la hierba. El soplido lento y fresco del viento, a veces febril, recorría las mejillas cálidas. Se colaba entre los dedos de los pies y chocaba con el tejado de *shapaja* de la gran casa en la que vivía Cristóbal Mozombite. El viejo Román Paima, en ropa ligera como era costumbre, seguía narrando, con su singular dicción selvática, inéditos y asombrosos relatos del bosque. "Ah, Román", diría Cristóbal desde arriba, escuchando apenas con el viento que llegaba para crear siluetas en la llama de la alcuza. Un jueves por la tarde, Román Paima fue a su chacra que estaba en la otra orilla con el fin de traer cabezas de plátano, las cuales cargaba siempre en la espalda atándolas fuertemente con una pretina que hilaba desde la cabeza y terminaba fajada en la cintura huesuda y ajada, que aún resistía el paso de los años con fortaleza. De vuelta a casa por el angosto camino de hojas secas que cayeron con la llegada del otoño, sintió que sus fuerzas no podían resistir más el cansancio y el cuerpo se detuvo. Desató los dos racimos y los dejó con blanda sutileza en tierra. Inesperado, mientras recostaba su cuerpo en el árbol, un ruido intenso crepitante de hojas secas y tallos se quebraba en el aire de la tarde. Una traviesa cuica salía de su agujero

a desafiar el machete de algún montaraz. Pisadas recias y próximas a él, le tenían preso de espanto. "*Ran*, el maligno a sí es", se habría dicho. Escuchó ruido cada vez más cerca como si vinieran personas a él. Empezó, sin quererlo, a imaginar cosas, acaso ideas que luego la masa encefálica retrataría en escenas que juegan con la realidad y que, dispuestas con su mirada en el vacío, en la nada, en el espacio incógnito, salían a convertirse en el comportamiento locuaz e irreverente de Román Paima. La tarde se le volvió espantosa, cruel, y de tantas historias que contó, ahora parecía ser uno de sus propios personajes. Agotados, Cristóbal, Amazonas y yo, al pasar por allí, vimos al viejo con dos cabezas de plátano a su lado. Nos pareció extraño verlo sin preocupación, dormido hasta roncar. Amazonas le tocó el pie derecho suavemente con la cacha del machete a lo que volvió en sí, vivaracho. Se habría reído de nuestras caras sucias de recina de plátano, de las botas rotas que llevábamos puestas, y nosotros, tras dejarlo en el camino, nos preguntábamos si no había perdido el juicio aún. Más tarde, cuando el cielo parecía estar inundado de astros azules y el cuarto menguante le daba el rostro más pálido a la noche, un halo de misterio rondó la casa de Cristóbal Mozombite. Él, adormecido plácidamente, dormía como yacen los muertos en el sepulcro, como el sol que nunca troca y está allí espantosamente como muerto con los ojos radiantes; dormido como las piedras; encarnando súbitamente el soplo existencial de los *chullachaquis*, *lamparillas* y *runamulas*. Despertó asustado y sus oídos empezaron a escuchar una bulla quisquillosa abajo. Jácara de niños embelesados por la nueva historia que el viejo les narraba. Sus fauces se empaparon del moho gris que despedía la alcuza en su llama tenue y amarilla. Se incorporó un poco a las ramas de *shapaja* para

escucharlo. Era la primera vez que lo hacía con atención, porque a lo mejor esta sería una historia inquietante; que sus demonios y quimeras serían la tónica auspiciosa para motivar a un abstraído o, por demás, sin tener nada que hacer, era bueno oír a Román Paima y contemplar desde arriba, qué expresiones dibuja su rostro con sus imposibles que a uno encanta. La siguiente noche, Amazonas y Román Paima planearon ir de caza para lo cual, armándose de retrocargas y antes de ocultarse el sol, se encauzaron por la montaña hacia el lugar de abundancia donde armarían la barbacoa y desde la cual solo hacía falta esperar a que la presa llegara atraída por la abundante comida y agua que había en el lugar. Bien entrada la noche, oyeron como de costumbre, los más extraños pero también familiares y melódicos sonidos de aves, roedores, reptiles y la mezcla de estos con los sonidos propios del bosque y el viento. Permanecieron todo el rato atentos, con la mirada vigilante de todo buen cazador, con la retrocarga lista para disparar, y los pies habilidosos prestos para constituirse en donde cae el animal muerto o algo así; pero el insólito vuelo de un ave, al parecer gigante, sobre los árboles, alertó a Román Paima y, a pesar de la concentración que ambos tenían, aparentemente Amazonas no escuchó ruido alguno sobre su cabeza.

–¡El maligno! –gritó.

–¿Qué?

–¿No viste ese pájaro? –pregunta desesperado.

–No vi ni escuché nada. ¿Por qué siempre alucinas cosas? Ya déjate de fantasías y ponte alerta antes que se nos escape el animal.

–Pero ese pájaro con alas grandazas es el demonio. No te miento; mi abuela nos contó que cierta vez vio uno igualito a este y casi se lleva el techo de la casa.

–Ja –murmuró Amazonas.

–Deveritas.

–Ya olvídalo. ¿No dices qué pasó?, ya pasó pues.

El tiempo transcurrió con sus horas largas y el humo esparcido entre hojas de frondosos árboles se transformaba en un halo que los protegía del peligro; ese mismo halo estaba abajo y en la barbacoa misma, barrera impenetrable para las serpientes, para el maligno –habría dicho Román Paima antes de seguir fumando el mapacho, leal compañero del montaraz–. Empero, el silencio en una capa pletórica comenzó a cundir el bosque. Las hojas ya no caían a enterrarse en tierra como lo usual, el sonido de los pájaros había comenzado a disminuir hasta extinguirse por completo y las chicharras ya no volaban ni meaban. La nocturnidad era ese silencio acompasado del respiro y exhalación de ambos. Frente a ellos, en la inmensa oscuridad amazónica, aparecieron dos ojos titilantes. Amazonas disparó sin pensar dos veces y el ruido tosco del arma irrumpió bruscamente la quietud que estaba diseminada en momentos ininterrumpidos. Tanteó a su lado y su cumpa no estaba, había caído sin poder evitarlo.

–Apúrate –le gritó–, baja rápido; creo que es un venado.

Bajó de inmediato y ambos, con sus linternas, buscaban la presa donde suponían había caído. Suelo entre bejucos, espinas y huecos. La presa no fue hallada y no hubo rastro de ella. Cansados después de un buen rato de vana búsqueda y confundidos por el estupor, se quedaron hondamente dormidos sobre la hierba seca y un poco húmeda. Despertaron en el alba, inconscientes, dispuestos a irse del lugar o tal vez guiados por la terquedad; persistir en la búsqueda, pero todo fue nuevamente en vano y la incon-

formidad era evidente, así que decidieron, a la luz de la aurora, retornar sin más remedio, acompañados de costales vacíos. Antes de cruzar la quebrada se percataron que la trocha estaba cubierta de plumas ásperas y enormes de distintos colores; algunas destrozadas, dibujaban el camino confundido entre hojas de amasisas e ishpingos. Román Paima recogió la que le pareció singular entre todas y la echó al saco. Creyó que esta y lo que le aconteció anoche serviría de mezcla perfecta para la nueva historia. Fábula que por supuesto era recreada en su auténtico dialecto. Para Amazonas, en cambio, desde esa vez su vida no sería igual y, aunque en otras noches de caza trató de olvidar lo que pasó, su memoria se vio envuelta del recuerdo que más tarde estaría en sus actitudes extrañas. Como aquello que en uno de sus relatos contó Román Paima. Amazonas tardó cuatro horas en alistarlo todo: retrocarga, balas, dinamita (masa y fulminante), mecheros, botellas de chicha, machetes y una mochila dentro de la cual entre otras cosas, guardaba pescado huaño-huaño. Emprendió la gran travesía. Forastero de su propia realidad, que con el pasar de los días la sintió en nostalgia y desconcierto, que terminó desapareciéndolo en las sombras de las redes que iba tejiendo, haciendo cómplice y amigo de su aventura al mismísimo bosque y a las especies que lo habitan; todo en pos de encontrar el sitio donde fundar su propio pueblo, más allá de cualquier idea, lejos o cerca de una civilización que empezaba a nacer entre sus manos. Entrada la medianoche, suspiró una vez más. La panatela se acabó, el chapo también. En fin, los mapachos ayudaban el relato y de cuando en cuándo las luciérnagas nos anunciaban que aún era de noche, que el día aún no se terminaba de marchitar. Con los pies descalzos, muy toscos, apretando

la hierba, nos relataba Román Paima una vez más la anacrónica historia del *chullachaqui*, aquel hombre que mi abuelo adujo ver y en casa todos le creyeron, y por cierto que no era hombre sino duende y duende deforme con un pie más grande que el otro y muy feo, más feo que Román Paima. "Es peligroso encontrarlo", decía. "Aunque pocos fueron los que le han visto. Sobre todo cuando está de mal humor, simplemente no te permite cazar o cortar árboles; pero si le dejas en un lugar indicado hojas de coca, aguardiente y mapachos, te cuida más bien, incluso te entrega el doble de lo que pensaste conseguir", nos había dicho. "Ah, este duende pendejo", repetía siempre que decía algo de él.

Ahora que la mañana se aproxima con sus tenues rayos de luz y no sentimos frío, ha arrancado una gavilla de entre el monte con sus manos y mira el cielo. Parece que se le viene a la mente algo. Quedaron todos los muchachos en silencio, y el viejo Cristóbal Mozombite no ha vuelto a bostezar... ¿Qué se le ocurre a Román?, la misma actitud de asombro a heredado de su padre, pero ahora se dispone a decirnos algo; espero que esté acorde con la madrugada; es decir, un relato tibio, sin misterio y más alegre.

–¿Se acuerdan de Amazonas? –pregunta a todos sin cambiar de semblante.

–Nadie recuerda ya al viejo –le dije.

–Y porque no... ¿Acaso se olvidaron que sigue vivo?

–¿Vivo?

–Sí, vivo.

–No pues, Shego, si tu papá en vida nos dijo que había muerto –agregó alguien.

–Ayer lo vi por la tarde, lejos de aquí. Al otro lado del cerro.

–Mientes, sua Román.

Cuando Segundo Román Paima llegó, súbitamente una víbora de manchas negras y amarillas onduló su cuerpo entre sus botas de jebe. El viejo le miró sonriendo y le dijo:

–¿No la vas a matar?

No hizo caso y continuó inmóvil, como si nada le amenazara. La serpiente levantó unos centímetros su cabeza sobre tierra como oliendo el aire con sus fauces abominables y luego, contorneándose blandamente, encontró un agujero y se introdujo en el; sólo entonces una gota trémula de sudor cayó de su frente a una cocha cercana luego que diera con serenidad algunos pasos. Estaba allí, sentado sobre la roca, viéndolo sin moverse. Con la barba larga y blanca, fajada la cintura con una pretina y su cabeza le cubría un cabello entrecano. Esquivó, en cambio, la mirada luego y se dirigió sin proferir palabra alguna a una cueva cercana hecha de piedras, paja y algunos troncos secos. De afuera se apreciaba interesante, pero inspiraba un misterio intrínseco, como si fuera la caverna de un raro animal al que nadie jamás ha visto. Ocurrió entonces que vio desaparecer sus pasos que guiaron lentamente su cuerpo en esquivas siluetas por los árboles inmensos de aguajes, shapajas y ceticos. Habría recordado, al fin, en silencio e inmutable, las palabras del viejo Cristóbal Mozombite; ese callado amigo de todos que escuchó sus deseos pero también conocía su estado de salud y advirtiéndole, impidió muchas veces que atraviese la maraña. Pero Amazonas, cargado de aventura, soslayó el impedimento y se ha ido. Ahora lo has encontrado y ve, solo parece el mismo, ajeno, distante y sin comprensión, que sirve para las historias que relatas y el misterio es su vida que se va extinguiendo huraňamente, hasta ser hermano de las piedras, que están en la cueva

y sabe Dios a dónde conduzca esa cueva. Su pueblo no es otro más que nuestro pueblo de Anchoajo. Terminará un día todo, hasta que vuelva a brotar una vez más en tu memoria, la idea que es herencia de tu padre de creerle con vida; y cerrar tus labios en las orejas que pernoctan, oyendo cada palabra de tu historia interminable, eso sí.

HOMBRECITOS DE PLOMO

Un escritor debe ser la conciencia de la sociedad
y mantener siempre viva una profunda emoción social.

Todo quedó listo para dar muerte a Silvio Guardia. La mañana de ayer, el Ingeniero Ordoñez, responsable de recursos humanos de la empresa Doe Run, recibió el encargo de contratar a dos asesinos asueldo, con los que tomó contacto en Lima. Estos eran expertos en el manejo de todo tipo de armas de fuego, habiendo logrado acumular experiencia en el ejército peruano, a donde fueron en cumplimiento del servicio militar obligatorio.

Silvio Guardia era el Secretario General del SITRADRO (Sindicato de Trabajadores de la Empresa Doe Run, La Oroya). Él, como muy pocos dirigentes del sindicato, fue valiente al resistir los sobornos que la empresa frecuentemente daba a los líderes sociales como óbolo por su silencio y anuencia; pero Silvio Guardia resistió como un gran hombre y luchó, luchó para que su pueblo volviera a ser el sitio agradable y diáfano que un día fue, para que la mano de Dios se posara nuevamente en la atmósfera y el aire, creando un hilillo transparente y azul. Soñaba que las flores retoñen en los cerros como antes y que los habitantes renovasen su fe y esperanza de creer en la vida para siempre.

La Oroya es un pueblo que ha emergido entre cerros y su territorio es accidentando. El río Mantaro, como haz perpendicular, corta parte de su territorio y sus tardes son iluminadas por el disco bermejo de un sol serrano que hace blanquear aún más los cerros cubiertos de arsénico, que a lo lejos parece nieve, nieve negra.

La escuela secundaria Julio C. Tello se levanta a un costado de la carretera principal, exactamente frente a la refinería de la empresa Doe Run. Mario Mortara, que pasó alguna tarde en el interior de esa escuela, me describía lo espantoso que era escuchar ese ruido inhumano del ferrocarril llegando a la estación y detenerse frente a la escuela, donde cargaban los minerales para luego llevarlos al puerto de El Callao.

Los maestros que en ese momento dictaban clases no dejaban de hacerlo y para los alumnos era una cosa tan común como el hecho de escribir; pero realmente no se podía oír al maestro, su voz no podía contra la máquina, pero aún así se mantenía firme y continuaba dictando su clase; el ruido del ferrocarril se desvanecía mientras cargaban los minerales y los alumnos del cuarto de secundaria, que estudiaron toda su vida con esta amenaza que era tan común, se confinaban a sí mismos a la resignación y a la convivencia con este modo salvaje, pero al final de cuentas era su tierra y de la cual no debían huir –lo interpretaba Mario Mortara, mientras se ponía cómodo en su biblioteca y me invitaba a sentar.

La primera noche que Mario pasó en La Oroya, un aguacero diluvial cayó sobre el pueblo ocasionando grandes aniegos en las calles sin asfaltar; los rayos reventaban en los techos de las viviendas y la tormenta lo empapó antes de llegar a la puerta del hotel donde se había alojado. Esa noche salió al balcón del cuarto

piso a contestar el celular y habló un buen rato con su esposa; extrañamente –me dijo– habló un gran rato por el celular con ella. Cuando estaban juntos en casa no platicaban mucho; sin embargo en sus viajes se creaba la oportunidad de extensos diálogos en los que hablaban de todo, gracias a que ella compraba una tarifa económica para hablar de madrugada, la misma que le otorgaba veintenas de minutos a otros celulares del mismo operador.

Esa noche –me reveló– tuvo una ligera discusión con su mujer. En realidad, confesó luego con una sonrisa a medio morder, era una más de las muchas desavenencias que hacía varios meses venía teniendo con la madre de su único hijo y que también era la causa para que su relación se deteriorase. Enfrascado en la discusión –me comenta– observaba las instalaciones de la refinería, aprovechando la vista del balcón del hotel. Un tubo inmenso han construido en medio de la planta por donde no deja de salir un humo denso que se eleva hasta formar nubes oscuras que luego se desplazan por toda La Oroya. El pueblo a esa hora, desde donde él estaba –me dice–, es un pueblo fantasma sin mayor ruido que el de la refinería y el de las últimas gotas de lluvia que caen de los tejados blandamente y se desvanecen poco antes de caer a tierra. Luego se sienta en el balcón mirando al oeste y advierte, no tan lejos de allí, un velo inmenso, maculado, que es el cerro que está enfrente de él, cubierto por una capa muy gruesa de moho que la refinería de la empresa Doe Run se encarga de expeler contaminando diabólicamente todo el pueblo y más allá. "Poco después se le agotó el saldo del teléfono a mi mujer y la llamada se cortó súbitamente", me dijo, y le dio un sorbo a la taza de café que hacía instantes sirvió para los dos, y rió, agregando finalmente lo siguiente: "No sé si en verdad se le

agotó el saldo del celular, como me explicó un día después, o efectivamente mis sospechas eran ciertas de que me cortó harta por mis reproches –sin sentido– como lo afirmaba ella."Eso seguirá siendo un misterio", me dijo Mario Mortara, para agregar: "Al final ya no estoy con ella y eso ya poco importa".

Un día antes de su muerte, Silvio Guardia sesionó con su junta directiva en una casucha cerca de la estación del tren. Allí celebraron varios puntos importantes para la consecución de los objetivos del sindicato. Uno de ellos, y quizás el más trascendental, era el de los despidos injustificados que la empresa había cometido en contra de un centenar de trabajadores afiliados al sindicato único de trabajadores (SITRADRO) para reemplazarlos por obreros y empleados de Cerro de Pasco y otras localidades. Otros puntos eran en lo concerniente a derechos laborales de los que aún permanecían trabajando para la empresa. La reunión concluyó aprobándose por unanimidad las medidas prontas que acataría el sindicato en su conjunto para protestar contra Doe Run, y ello se circunscribía a una gran movilización por toda la ciudad con pancartas y carteles, buscando concientizar a los pobladores sobre el medio ambiente, los derechos de los trabajadores, la salud de la niñez y la esperanza de vida aterradora para todos los que viven permanentemente en La Oroya; en general, todos los manifestantes debían concentrarse frente a la instalación principal de la empresa Doe Run y allí harían un gran plantón, estableciendo su presencia a partir de entonces, de manera indefinida. Así, el sindicato tenía garantizado el apoyo ciudadano por lo menos de quienes jamás participaron en beneficiar a esta empresa y de quienes no estiraron la mano para recibir algún soborno porque sobre todo tuvieron una fuente inagotable de dignidad. Cuando

terminó la reunión de junta directiva, dieron las tres de la tarde. Silvio Guardia caminó solo por una calle angosta y se detuvo repentinamente, al acabar la primera cuadra, para leer dos oraciones escritas con pintura verde y blanco en el asfalto; decía: "Empresa Doe Run / Trabajando para ti". Una indignación profunda le sobrevino, quizás la suma de todas las indignaciones que sintió siempre, cuando veía o se enteraba de ese sacar provecho de la gente que ignora mucho y que no conoce sus derechos para reclamar con justicia por todo aquello que es utilizado en perjuicio de ellos mismos; por el contrario, reciben mansamente las dádivas que les otorga la empresa Doe Run y los pobladores de La Oroya la asumen como un gesto filántropo, pero también que eso significa un óbolo que les entrega la misma en compensación por llenar de plomo la sangre de los hijos de La Oroya. Eso pensó Silvio Guardia y procedió camino a casa, que estaba en la falda del cerro cerca de una escuelita, también construida y pintada por el gesto bondadoso y casi eucarístico de la empresa Doe Run.

La casa de Silvio Guardia es sobria y modesta; está construida toda de ladrillos y cemento y tiene un solo piso, una sala pequeña que conecta al comedor, luego un pasillo y a cada lado una habitación una frente de la otra exactamente. La habitación que está a la izquierda del pasillo, viniendo del comedor hacia la puerta posterior, pertenece a Silvio Guardia y a su mujer que tiene, igual que él, cuarenta y cinco años de edad. La habitación de enfrente, en cambio, la mandó construir inmediatamente después de terminar la suya, abrigando un deseo ya marchito que fue el de recibir ahí al vástago de la familia Guardia Arista. Pero ese anhelo natural y humano fue apagándose poco a poco a través de los años y ahora esa habitación no posee un solo recuerdo, un solo lloriqueo o las dos palabras mágicas siquiera: papá... mamá.

...Yacía amplísima y solitaria.

–Al cabo del primer año de convivencia nacerá mi primer hijo –les aseguró Silvio Guardia a sus mejores amigos, algunos de los cuales hoy le acompañan en el sindicato–. Bueno –continuó–, será el primero de los doce que pienso tener con mi mujer.

Hizo tantos planes con ella como tantas veces hizo el amor, pero nunca pudieron tener hijos.

En algún momento se sentaron en la cama luego de una ardua sesión amatoria, la cual fue capaz de volver tibio el aire de la nocturnidad de La Oroya, para preguntarse quién de los dos era el que no podía tener hijos, y lo que posiblemente hubiera sido una amargada conversación acabando quizá con el compromiso, se tornó, por el contrario, en un diálogo de pareja, corto efectivamente, pero sincero y sin reproches, antecedido por un breve silencio. A partir de entonces no volvieron a tocar ese tema jamás y decidieron, por mutuo acuerdo, no indagar por ningún medio quién de los dos era infértil. Fue una buena salida en realidad; porque de lado de él y de ella se evitaron un futuro reclamo o, peor aún, que resulten ambos siendo estériles, no obstante que han pasado veintiocho años desde que le mira la cara a su mujer cada día al despertar; hoy más que nunca le ha sobrevenido a Silvio Guardia la nostalgia y la soledad infinitas y, en efecto, está ahí parado en la puerta de la habitación que construyó pensando en el hijo o hija que nunca llegó a nacer y en la soledad más infinita ahora que su mujer no está porque se ha ido a donde va todos los domingos por la tarde desde hace veintiocho años, fuera de la ciudad, donde recoge flores amarillas y rojas que son sin duda las flores más hermosas que Silvio Guardia ha visto jamás en su vida.

Abre la puerta sin cerrojo de la habitación con sumo cuidado, sin el menor ruido, como se abren las puertas de las salas de los hospitales en cuyo interior se encuentran los pacientes en cama o con el mismo cuidado que se tiene al entrar a un cuarto dentro del cual está un bebé durmiendo y se teme despertarlo. Silvio Guardia ingresó y, teniendo todavía la mano en la aldaba, se detuvo en la puerta entreabierta y todo estaba oscuro allí, cerró la puerta y encendió el fluorescente. Un silencio tibio de pronto le rozó las mejillas; el viento fresco de la tarde, que se filtró sabe Dios por donde, le acarició el cabello hirsuto y un llanto de bebé en la cama que no se dejaba cambiar los pañales se trasformó, en cuestión de segundos, en una sonrisa efeba que se apuraba en ordenar los cuadernos para llegar a la escuela antes que nadie.

Apostado en la única cama de la habitación, siente que sigue amando a su mujer y sigue amando esta casa aunque no reviente con el bullicio de los niños, aunque ella no sepa parir y él no haya logrado hasta hoy procrear. Cuando llegó Camila Arista y advirtió la puerta abierta de la habitación de enfrente, ingresó y le dio pena despertar a Silvio Guardia que se confundía en mil ronquidos apaciblemente; de modo que fue mejor dejarlo ahí y se fue al patio de la casa donde habían sembrado un árbol que ya estaba frondoso y viejo, con algunas piedras pequeñas en derredor y una mesa sin mantel en medio de todo, y dejó con agua diáfana, en el florero de losa china, las flores rojas y gualdas que había recogido en las afueras de La Oroya antigua, transformando la vieja mesa, de pronto, en un bello botón de luz primaveral que se traducía en pétalos suaves y radiantes con gotas de miel. Camila Arista, pavorosa, volviendo a la habitación donde encontró a su marido, reflexionó para sí: "Extraño es que lo encuentre en

este cuarto; qué le habrá pasado que de repente lo encuentro así. Cuando nos casamos y consecuentemente en los años posteriores, solía estar aquí por las tardes y las noches. Era costumbre verle con el rostro pueril y emocionado, con los ojos pavilitos radiantes de ilusión y hablarme, en todas sus expresiones, de la dicha inmensa que le traería ser padre y al fin ser como su padre. Pero al cabo de los muchos años que vivimos juntos se le ha ido desvaneciendo la fe, la emoción, los ojos radiantes; ahora lo veo y su rostro no es el rostro pueril de los primeros años de matrimonio, más bien es el rostro de la resignación, pero una resignación de amor, eso sí. Ahora, echando cuenta quien quita y que la razón de no poder ser padres sea por el cóctel que diariamente, desde que nacemos, respiramos; siendo este aire una mezcla de dióxido de azufre, plomo, cadmio, arsénico y otros metales pesados; causándonos, probablemente, efectos adversos en nuestro sistema reproductivo".

Cuando llegó a la habitación encontró a Silvio Guardia despierto, de pie y frente al espejo. Quiso salir silenciosamente por si él deseaba seguir a solas, pero al ser percatada su presencia, no se opuso cuando le pidió que no se vaya y que, por el contrario, se sentara a su lado en el borde de la cama; luego empezó a relatarle la jornada del día como era usual entre ellos, aunque hoy era la primera y única vez que dialogaban en esa cama de colchón intacto, de paredes sin recuerdos y de atmósfera solitaria; soledad desde siempre, soledad entre dos para siempre.

El café terminó enfriándosele a Mario Mortara, eso que desde el primer sorbo no volvió a darle otro, mientras yo pasaba la noche escuchándole con atención. Él no volvió a servirse otra taza de café; en cambio, yo permití que volviera a llenar mi taza. Desde

que conocí a Mario Mortara, allá en los años ochenta, hasta hoy, fueron sólo dos oportunidades en las que le he visto tomar café. La primera fue el día de la muerte de su padre. Por cierto que este hecho enlutó a medio pueblo de Santa Clara del Río, le guardaron duelo por un mes pero un fuerte temblor volvió tempranamente a enlutar el pueblo y entonces se contaron por cientos las víctimas mortales. Solo así, del duelo del padre de Mario Mortara, pasaron al duelo de las víctimas del sismo, cuyo pesar duró mucho más del mes que Mario predijo; sería el duelo más largo que haya habido jamás en Santa Clara del Río, y sí que duró mucho más de un mes. Ya para siempre se designó fecha para recordar a las víctimas del terremoto y cada año se organizaban misas en la iglesia del pueblo y procesiones por sus calles de polvo y piedras.

La segunda vez que veo a Mario Mortara con una taza de café es esta, en su biblioteca, relatándome lo que ha visto y experimentado en uno de sus viajes interregionales; pero su taza está casi llena y contiene el café frío. Parece que esto que me dice le apretara el pecho, le llenara de coraje, y me convenzo más que el café no es bueno y más aún cuando la tertulia da cuenta de que algo muy terrible está sucediendo.

La Oroya se baña en las aguas del río Mantaro y se levanta de los Andes a 3775 m.s.n.m., convirtiéndose en el centro metalúrgico más importante del Perú, a donde van a dar metales pesados como el oro, plomo, bronce, plata y más, que vienen desde Cerro de Pasco, Morococha y Casapalca. La Oroya es una de las diez ciudades más contaminadas del planeta.

–El aire tóxico que se respira y que, en efecto, respiré cada tarde que pasé allí y cada mañana de hotel al despertar –me revela Mario–, proviene de las emisiones fugitivas y de la gigantesca y diabólica chimenea

del complejo metalúrgico operado por Doe Run Perú, quien vendría a ser –continúa Mario– el responsable directo de los contaminantes de dióxido de azufre, material particulado y plomo. Los niños –me asegura–, son los más afectados, porque han llegado a tener, muchos, por no decir todos, hasta 32,07 de concentración media de plomo en la sangre, lo que les convierte en unos verdaderos hombrecitos de plomo, ocasionándoles en el cerebro severos daños, irreversibles.

Al cabo de unos minutos de búsqueda encontró el libro. Era uno que describía la toponimia de La Oroya. Arrugó el pantalón dejando las bastas hasta los tobillos, se puso cómodo en el sillón y me preguntó si podía leerme parte del libro.

–Siempre caballero usted –le dije, y por supuesto que sí acepté, diciéndole que podía leer el libro completo si así lo estimaba, que yo encantado de escucharlo, que nadie como él para leer.

–Los cronistas coinciden al afirmar que el nombre de Oroya, guarda conexión con un tipo de instalación denominada así, y que se usaba en América precolombina para cruzar ríos. Consistía –continuó– en una gran soga que atravesaba de banda a banda y a la que se le colocaba un cestón o canasta en el que se introducía el viajero para trasladarse de un lado a otro. Se denominaban también –prosigue Mario Mortara, sin despegar sus ojos de la lectura– oroyas u oroyos, y estaban hechos a base de fibras de cabuya o agave, cuero y lana de auquénidos.

Luego citó al estudioso Max Espinoza Galarza, quien sostiene que oroya, es un vocablo de origen Huanca que proviene de dos voces:

Uru: hombre.

Ya: característica, singularidad.

Uruya se refiere a habitantes de baja estatura. Pero existe otra explicación. Sostienen los comuneros más antiguos que el nombre de La Oroya proviene de un

manantial llamado Urucyacu, cuyas filtraciones nacen del cerro Shunajmarca que tiene aguas tibias por las mañanas.

–Amigo, ¿con cuál de las explicaciones te quedas? –me preguntó acabando de leer, dejándome sin palabras; pero inmediatamente le observé y me quedé así, en silencio–. Ya sé –me dijo–, tú no crees gran cosa en historias y leyendas. Te pareces mucho en eso a mi mujer; bueno, a mi ex mujer –se corrigió–. Creo que tú le das más crédito a eso del cestón de fibra de cabuya –sentenció.

–Pues sí, acuérdate Mario, me conoces bien. Creo que esas oroyas sirvieron de mucho a la gente de aquella época –le dije, casi convencido de la teoría.

Todo quedó listo para dar muerte a Silvio Guardia. La mañana fue tibia y agridulce. En las primeras horas una gran movilización se dirige por la calle Iquitos, portando pancartas y papelotes en las que denunciaban en todas sus formas a la empresa Doe Run; se concentran en la plazuela y ahí van a esperar a otro contingente de personas que vienen por la calle Tarma y a otro grupo más numeroso todavía, que se desplaza por prolongación Chanchamayo. En verdad, toda la población ya estaba de lado del SITRADRO y quizás hoy más que nunca repudiaban al operador de la refinería; pues entre los manifestantes, se hallaban los defensores de antaño, incondicionales de la empresa Doe Run. Este día de mañana tibia había unido a todo un pueblo que dejó atrás sus diferencias y apetitos particulares para estrechar sus manos y entre todos hacer una sólida protesta que exigía la inmediata expulsión de la empresa de La Oroya. La noche anterior, Silvio Guardia durmió como nunca y no roncó como usualmente ocurría, no se levantó a miccionar a medianoche y el sueño que tuvo fue sin sobresaltos. No

tuvo tiempo de tocar a su mujer toda la noche; empero, tuvo un sueño que debió exaltarlo y no lo logró: una neblina gris de óxido de azufre se extendía por toda la atmósfera de La Oroya y en calles y patios el gas tóxico enceguecía a todos. A pesar que la población estaba acostumbrada a fenómenos como ese, este de aquí fue sorpresivo para muchos y hubo pánico entre los niños que lloraban y se asfixiaban. Eran los mismos niños que pocos días atrás participaron del censo hemático en La Oroya antigua, La Oroya Nueva, Paccha, Huari y Santa Rosa de Sacco. Se declaró estado de alerta, pero la gente no sabía a dónde huir. Si salían a la calle, ahí estaba la neblina oscura; si se quedaban dentro de casa, probablemente se asfixiaban lentamente; y si buscaban refugio en la denudación de las laderas, estas estaban cubiertas por una manta salvaje de arsénico y otros residuos pesados. Muchos vieron gente dirigirse de prisa al río Mantaro, entonces corrieron hacia allá y la orilla del río terminó convertida en un manto humano que yacía lavándose la cara y otras partes del cuerpo; otros se tiraban al río y buceaban y volvían a la vida, a esa misma vida que Doe Run les había arrebatado hace años. La canción *Río Mantaro* de los Pacharacos se presentó como un espectro: "En el río del Mantaro / tengo un puquial cristalino / donde se lava mi *yanañahui* sus cabellos de oro fino / amorcito como el mío / fácilmente no se encuentra / y si se encuentra, ay caro cuesta / caro cuesta, poco dura...".

La melodía se tornó triste bajo la nebulosa pestilente de azufre. El río Mantaro cantó. Sus sinuosas aguas tarareaban el canto de los Pacharacos, a propósito del oro fino que se refinaba en el complejo metalúrgico, en donde una furtiva chimenea despedía un humo voraz que se tragaba la vida de las personas de La Oroya, lentamente. Silvio Guardia lo contemplaba todo desde la

cima del cerro y no podía hacer nada aunque quisiera; fue como si estuviese hecho de piedra con los ojos fijos, mirando el mundo que se desvanece sin que pueda hacer algo para evitarlo. Fue una piedra que llora, pues un rosario de lágrimas le venía por la cara y rodaba desde lo más alto hasta que caía al Mantaro para dar vida al puquial cristalino.

La gente ya estaba reunida en la plaza y, por tanto, Doe Run ya estaba advertida, tenía conocimiento que la próxima parada sería los exteriores de sus instalaciones, que esta era solo la pre concentración. A las diez de la mañana, ni un minuto menos ni un minuto más, Silvio Guardia llegaba acompañado por una comitiva del sindicato para presidir un mitin con sabor a multitud, cuya gente rebosaba la plaza y estaba muy enardecida. Ni bien lo vieron llegar, la gente empezó a vitorearlo y a hacer vivas, los aplausos eran semejantes a los de los asistentes de un abarrotado estadio de fútbol. De pie frente a todos, sobre el estrado que levantaron, pronunció un persuasivo y a la vez conmovedor discurso en el que explicaba con detalle todo sobre la problemática medioambiental, la esperanza de vida, la situación de los sindicalistas, y denunció las artimañas de las que se valía la empresa Doe Run para seguir operando libremente sin cortapisas. Camila Arista le miraba desde una esquina de la plaza y le escuchaba con atención, conmovida. Adicionalmente, Silvio Guardia hizo una insospechada revelación: en el proceso de privatización del complejo metalúrgico de La Oroya, que ganó Doe Run de capitales norteamericanos, se utilizaron similares mecanismos al del petrogate que terminó tumbando a Richard Nixon. Se enviaron cartas "con un tono muy amigable" al presidente de la comisión encargada de la selección de postores; sin duda, la empresa Doe Run aseguró

ganarse la buena pro a pesar de no haber presentado todos los documentos requeridos en la licitación, como cartas de aval y garantía. La gente a todo eso, reaccionó condenando la permanencia de esta empresa y les exigió, a Silvio Guardia y a su comitiva, que era el momento de dirigirse a la refinería, de modo que se alinearon ordenadamente y marcharon allá. Frente a la refinería se apostaron los manifestantes acompañados por un cordón policial que se desplegaba por todo el complejo. El contingente policial había llegado con todas las provisiones del caso, como bombas lacrimógenas en gran cantidad, armas de fuego, escudos, cascos y cachiporras. Pero la orden ya había sido dada y venía desde la empresa que estaba harta de Silvio Guardia y sus movilizaciones, que apestaban a cordero y eran infernales e insufribles. La orden se les había dictado a dos asesinos y se les indicó que no tuvieran piedad y no fallaran, que la policía los iba a apoyar y proteger porque los efectivos no podían hacer el trabajo sucio. Los manifestantes empezaron a gritar y a lanzar insultos contra la empresa pero la policía aún permanecía inmóvil. El sindicato pidió diálogo pero los agentes de Doe Run no los atendieron; por ese día las operaciones del complejo metalúrgico habían sido paralizadas y todo estaba cerrado mientras que el ferrocarril, detenido en la estación, aguardaba en vano el mineral. Un certero disparo en la cabeza dejó sin vida súbitamente a Silvio Guardia. La gente, despavorida inicialmente, lo rodeo y algunas mujeres se desmayaron mientras que otras se partieron en llanto; Camila Arista no se encontraba en el lugar. Unas cuantas se encargaron del cadáver y una inmensa masa de hombres arremetió con piedras y palos en las instalaciones de la refinería. La policía repeló el ataque con bombas lacrimógenas y peleando cuerpo a cuerpo con los pobladores, que

ganaban en número; muchos policías fueron retenidos por la población enardecida que estropeaban sus rostros y ya los habían atado en medio del camino con sogas gruesas, obligándolos a replegarse y permitiendo que la gente actúe de acuerdo a su libre albedrío. Los portones de metal se vinieron abajo con las cadenas y hubo una invasión total, provocando el desmantelamiento de las unidades de producción, mientras que otra gruesa parte de pobladores ya habían trasladado a orillas del río Mantaro a los policías y los tenían atados de manos y pies y empezaron a darles de pedradas como si se tratara de delincuentes comunes. En cambio, los efectivos que lograron escapar de la turba, se pusieron en comunicación con la dirección regional de la policía de Junín y pidieron refuerzos para recuperar el orden público y dar seguridad a la empresa afectada. El resto de pobladores que no participó de esa gran movilización, una vez que se propagó la noticia del triunfo de los manifestantes, se dirigieron en buen número a las diferentes instalaciones de la empresa y se originó así un gran saqueo y perjuicio. Destrozaron todos los motores, los coches, las estructuras pre fabricadas y, con varias hachas de acero y otros instrumentos, después de varios intentos, se trajeron abajo la enorme chimenea que cayó sobre la planta haciéndola polvo. Pocas horas después, un contingente policial fuertemente armado cercó la ciudad y ejecutó un plan para recuperar poco a poco el orden interno. En las calles, el pueblo, desde las puertas de sus casas, les tiraban piedras, agua sucia de ruda y algunos objetos; pero cuando se aproximaba otro contingente a las instalaciones del complejo metalúrgico, un grupo de dirigentes que estaba dentro intentó atrincherarse y lo logró, aunque sólo por unos minutos, pues en poco tiempo la policía irrumpió con violencia disparando a

sangre y fuego contra los humildes sindicalistas que lo único que le habían dicho siempre al gobierno era que tenían derechos, al igual que ellos, a vivir en un lugar salubre, a la vida con decoro y a un porvenir limpio para sus hijos, como ellos le daban a los suyos. En cambio, las balas del estado les atravesaban el cuerpo y les dejaban inertes frente a sus huérfanos. Murieron seis ahí. La misma policía se hizo cargo de reunir los cadáveres y dejarlos en un solo lugar a la espera del fiscal. Días antes de este luctuoso suceso, el Presidente de la República dio un espaldarazo a la Policía Nacional del Perú, a través de un mensaje por las ondas de la televisora estatal, exhortándoles a "hacer uso de las armas de la ley y disparar de frente", que el estado les respalda.

Yo me acongojé inmediatamente y en la garganta se me hizo un nudo, sentí un dolor fuerte en el estómago y le dije a Mario Mortara que si podía invitarme un vaso con agua, él no me dijo nada, solo se puso de pie y silenciosamente fue para la cocina volviendo con dos vasos de agua fría, uno era para él. Se sentó y solo tuvo palabras para verme. Después de un rato yo le dije:

–Son unos hijos de puta.

–Son cholos que matan cholos –dijo él.

–Y a esos dos sujetos que contrataron para asesinar a Silvio Guardia... ¿Qué les pasó?

–Desaparecieron como si la tierra se los hubiese tragado –respondió.

–Hubiera sido bueno que la tierra se los tragara, pero vivos.

–Se los tragó la tierra, como se traga la tierra a todo aquel hijo de puta que hace daño; la impunidad es la mortecina en este país de mierda, donde nadie cree en nadie y el más astuto nos puntea por atrás –replicó, frunciendo el ceño.

–Eso sí.
–¿Quieres más café? –me preguntó.
–No, gracias.
–¿Pero puedo encender un cigarrillo?
–No.
–¿No? –me sorprendí.
–Porque luego ese humo me jode a mi más que a ti.
–Oh, está bien. Tienes razón –admití mi torpeza.
–Cuando llegaba la mañana y tenía que despertar, no sabes cómo me ardía la maldita garganta y las fosas nasales. Ese pueblo realmente era el apocalipsis –me dijo.

–Si a ti te pareció así La Oroya, imagino cómo pensaría esa gente. Para ellos o era el mismísimo infierno o era un lugar donde había mucho trabajo y por demás un pueblo próspero.

–Resignación, querido amigo, esa es la palabra mágica, resignación.

Después de ciento veinte días de la muerte de Silvio Guardia, de la toma de todas sus instalaciones, del choque de los pobladores con la policía y la muerte de seis dirigentes más; la empresa Doe Run, a través de un comunicado, dio a conocer el cese de todas sus operaciones en La Oroya y en el Perú y dos meses después, terminó de llevar el último objeto que quedaba allí. Más tarde se supo que la empresa se estableció en un país de Sudamérica, en una región montañosa, a orillas de un caudaloso río y en medio de poblaciones indígenas. Doe Run se marchó y dejó una huella demoníaca en toda una generación y quedaría por lo menos para otra más. El pueblo exigió al alcalde que se construya, en la plaza principal, un monumento que rindiera homenaje a "Los Mártires de La Oroya", constituyéndose en fortaleza social de futuras luchas por la limpieza medioambiental y la vida. Efectivamente, la Municipalidad

de La Oroya, en sesión de consejo, adoptó la medida y se levantó en la plaza principal un monumento con el rostro de los mártires y un sagrado epígrafe al pie, que rezaba: "En memoria a Silvio Guardia, impulsor del derecho a la vida y de un ambiente saludable". El monumento se develó un domingo por la tarde con la presencia de las principales autoridades regionales y locales, el párroco del pueblo, familiares, amigos de los fallecidos y de la ciudadanía en general.

Ese domingo por la tarde, como todos los domingos desde hace más de veintiocho años, Camila Arista está recogiendo florecillas a las afueras del pueblo para llevar al camposanto donde reposa su marido. Son florecillas de colores amarillo y rojo que han sido regadas por el verano y han resistido el fuerte viento del este; silvestres y llenas de vida, para la vida. El monumento de los mártires de La Oroya jugó un rol muy importante como inspiración para niños y jóvenes; el pueblo empezó a renacer poco a poco y volvió a insertarse en el mundo de la agricultura y a desarrollar nuevos mecanismos en agroindustria. Las personas con una paz incomparable van al río y se lavan en esas aguas dulces, de un Mantaro nuevo, que vuelve a sonreír.

EL ÉXODO DE LAS NOCHES

A Luz Marbeth, en su laberinto de noches desfallecidas.

Jacobo Inclán encendió la lámpara, la única que había en casa, y volvió a tomar en la misma taza el té frío de la mañana, sin azúcar. Luego la dejó vacía en la mesa y se acercó a la ventana: una ancha abertura en la pared de cemento.

Eran las tres de la tarde con el sol en el cielo celeste, el mismo cielo que vio desde los veintidós años hasta hoy que tenía sesenta y dos. De vuelta atrás, su espíritu supo que el cuerpo iba a reposar en el sillón de madera labrada y torneada, en donde luego de acomodarse tomaría en sus manos el libro, la única colección de ensayos que hacía cuarenta años venía releyendo. Terminaba uno de ellos con el mismo suspiro de cuatro décadas y bajaba los anteojos hasta el extremo final de la nariz para ver la hora en el hemisférico reloj de agujas oxidadas aferrado a la pared. Es una hermosa pieza de arte –pudo haber dicho años atrás–, pero sabía que ya no lo era y, aunque se lo regaló un ciudadano suizo para su cumpleaños, no era más que un aparato viejo sin servir siquiera para indicar el tiempo; pero estaba ahí como un miembro más de la familia Inclán que parecía nunca morir y era testigo en el silencio de las cosas que ocurrían; y arca hermética de recuerdos indevelables, eso sí. El rostro de Jacobo Inclán momentáneamente se quedó quieto con el pensamiento en el

desván, cuando de pronto, bruscamente, un vendedor de helados a fuera irrumpió uno de sus sentidos. Manola estaba jugando en el amplio jardín desde hace tres horas solo con brazier y trusa. Había instalado, junto a sus primas, una piscina artificial rodeada de plástico con agua diáfana y seguían sin aburrirse bajo el sol radiante, cerca de un frondoso árbol cuyas hojas gualdas se esparcían por las raíces.

–Es otoño –dijo Manola a sus primas.

–¿Y cómo lo sabes?

–Miren las hojas secas... es porque ha llegado.

–Me gusta más cuando este árbol florece y da frutos –le dice Claudia, tocando el tallo.

–Cuando eso pasa es porque ha llegado la primavera.

–Ajá, esa es la que a mí me gusta.

El viejo patriarca se ha acercado una vez más a la ventana, nunca antes como hoy pareció estar aburrido. Descolgó los lentes hasta el cuello para ver el mar que a diferencia de años anteriores, se veía infinito, aunque sus costas se han desplazado un poco más del pueblo. Las olas enormes le asignan una bravura eterna y a Jacobo Inclán, le parece una delicia espantosa ver aún el mar después de cuarenta años inusuales y su brisa sigue arremetiendo contra las rocas, perforando su materia sin vida lentamente para carcomerlas hasta desaparecer. Contemplar el mar doce horas al día y leer ensayos al menos ocho, era la rutina. Por lo visto resultaba porque no sentía fastidio; apaciguaba cada hora con frías tazas de té, cuya costumbre hizo suya trabajando muchos años en las tiendas de los Chinos y no recuerda el tiempo transcurrido porque las tazas de té eran cada hora más propias; no contaban siquiera las aguas frescas o el helado de guanábana que Manola todos los días desde hace cuarenta años deja para él en la refrigeradora y que hace cuarenta años lo vuelve

a encontrar ahí, en el mismo envase anaranjado, color preferido de Jacobo Inclán.

–¡Manola! –le gritó hacia abajo.

Ella tardó unos minutos en llegar. Le tomó tiempo convencer a sus primas de quedarse solas un momento y vestirse para ir donde el viejo.

–Dígame, abuelo.

–¿Por qué me dices abuelo? –le reprocha de inmediato, provocándole y dilatando el motivo por el cual le ha llamado.

–Porque siempre le he dicho abuelo –respondió.

–Eso es lo malo. Nunca debiste decirme abuelo.

–Pero no es cosa que se moleste, debería decirle papá, incluso.

–Menos; solo Jacobo –ordenó con voz fuerte.

–¿Para qué me llamó?

–Para hacerte una pregunta.

–Dígame.

–¿Por qué nunca te has casado?

–¿Debería responderle, abuelo? –trata de evitar la respuesta que siempre buscó y nunca dio con ella.

–Claro –insistió el viejo.

–Porque nunca he amado a alguien.

–¿Y por qué no?

–¿Acaso el amor es obligado?

–No, pero... ¿Nunca has tenido los deseos de estar a solas con un hombre?

–Abuelo, no haga esas preguntas –dijo, tratando de zanjar la conversación.

–La vida en el pueblo es un infierno y por las noticias que vienen del extranjero no varía casi nada; horas adelantadas solamente. Deberías al menos tener un hombre a tu lado que te ame. Arréglate y sal a pasear. Yo aceptaría fuera cual fuera este; al menos dame un nieto antes que muera.

–Lo voy a cuidar toda la vida, abuelo.

Incorporándose y dando algunos pasos en el amplio salón, exclama:

–Yo me cuido solo, tú debes casarte, llenar de hijos esta triste casa que parece una continua noche oscura.

Manola se arrojó a sus pies llorando como cuando era una niña de siete años. El viejo inclinó el cuerpo, le besó los cabellos, lloraron ambos y todo se vio envuelto de una atmósfera silenciosa.

Hace dos semanas que Jacobo Inclán no puede dormir; le aumentó la fiebre, tiene escalofríos y delira por las noches. Manola está a su lado por si necesita algo. Las primas, como de costumbre, están en la piscina ahora más grande, corriendo en el huerto, jugando a ser mujeres. Años han pasado en los salones de la casa, en las rutinas. Aún sigue despertando el asombro de los habitantes el mar bravo que se opone a la sequía. La gente del pueblo ya no es la misma. La cotidianeidad se ha vuelto un prolongado refrescar en las aguas, sobre todo en los seis meses de verano. Ese mismo día que cayó en cama llovió hasta formarse charcos en las calles. Ha visto cómo las gotas casi imperceptibles se desvanecen antes de caer a tierra; y luego frunce el ceño hasta meditar en el sonido que hace la lluvia al precipitarse, y descubre el compás telúrico de sus gotas. Un sonido que mucha gente no tiene el tiempo de escuchar. Pensó que sería grandioso ver el paisaje que creaba la lluvia con sol; pero luego, recordando los años que se hicieron inmensos, concluyó que no era tan hermoso ver una vez más ese panorama que ha visto casi interdiario en los seis meses de cada año desde hace cuarenta años. Intentaba dormir, pero los delirios dibujaban el recuerdo imperecedero de sus noches alegres, cuando llegaba a las dos de la madru-

gada caminando por las vías angostas del pueblo, bajo la luna llena y bajo un cielo constelado. Abría las puertas con suma cautela para no hacer ruido y se acostaba; pero antes le daba un beso en la frente a Manola que estaba dormida con la muñeca en brazos. Logró consolar la idea pretérita de las noches que pasaba con sus amigos jugando dominó y tomando un buen vino en las fiestas de Alejandra, a donde llegaban lindas mujeres y todas eran sensatas y de moral buena. Recordó a Marbeth en sus salidas cobijadas por el manto de la nocturnidad apegados a un árbol frondoso en la plaza del pueblo, robándole la timidez con cada beso y llenándole las mejillas de caricias; para luego recorrer partes de su cuello con el olfato, que era un sentido más que se convertía en tacto; y abstergía tibiamente su aroma únicamente de piel y de rosas frescas. Manola tuvo que calmarlo cuando despertó bruscamente, cubierto de sudor todo el cuerpo, abochornado. Le puso la bolsa de agua fría en la frente y el termómetro bajo el brazo para medirle la temperatura.

–Sigue igual, abuelo –le dijo– después de leer su temperatura en el termómetro.

–No te preocupes, Manola, no te preocupes.

–Cómo que no, si está enfermo, mejor no hable y descanse.

El viejo cerró los ojos, se quedó inmóvil y se durmió al fin, extenuado de delirios y agotado por la fiebre que persistía. Manola se acercó a la ventana donde momentáneamente contemplaba la mar. Hacía tiempo que no le veía de lejos; recordó solo entonces que aún existe esperanza de vida para el pueblo y, aunque no hubiera ese mar, contaban con ríos que el pueblo logró encauzar para beneficiar sus tierras. Una semana después, entrando al último mes de primavera, las primas de Manola acudieron al amplio salón del ter-

cer piso cuando Jacobo Inclán las mandó llamar para tomarse unas cuantas fotografías. A eso de las cuatro de la tarde volvió a estar solo en el lugar que siempre le gustaba encontrarse, sobre todo por la anchísima ventana a través de la cual, se puede ver a la gente en sus labores diarias, las costas y el mar. Se quedó cinco horas más inmutable con la misma mirada en el océano, contemplando, casi en lágrimas, el vaivén constante y monótono de los habitantes semejante a las olas, horario que decía era vano sin ocasos ni crepúsculos. En un solo estado vehemente y perpetuo, casi cruel, entonces se preguntó para qué la vida sin la oscuridad que apacigua los cuerpos con la media luna; solo un movimiento en la tierra y en distorsión. La gente sigue allí convirtiéndose en lumbreras tenues y cascarones de existencia. El viejo está sudando y... ¿Piensa acaso saltar por la ventana?... un suicidio inesperado traería la solución. ¿Es esta idea la qué le cruza por la mente?

–¿Abuelo?

Voltea casi mascullando una sonrisa. Es Manola que llega con una pastilla, el viejo se la toma y le pide que no lo interrumpa; ella se niega, se sienta, coge un libro y se dispone a leer. Ha presentido al verlo tan cerca de la ventana con los ojos extraviados por pensamientos oscuros.

–¿De qué quieres que hablemos, Manola?

–¿Se siente bien, abuelo?

–Claro hija.

–Pues no parece.

–Lo que sucede es que me puse muy triste viendo el mar y la gente que pasa.

–Pues venga acá, siéntese y no vea algo que le indispone.

Las primas de Manola están en el taller de pintura, que queda en el segundo piso. Era un espacioso

departamento con tres salas en donde cada una tenía un lienzo, pinceles y un millón de colores en la paleta; había también en las paredes como murales, cuadros de pintura abstracta y barroca. Claudia era propietaria de una selecta colección de cuadros barrocos del s. XVI, pintados alguno de ellos por el Italiano Annibale Carracci y otros por Caravaggio; el de medusa, por ejemplo, de cuya cabeza execrable eclosionan siniestras serpientes venenosas. Guarda también en su excerpta sagrada, un cuadro del Español Esteban Murillo, en el que pinta a la Santa limeña con un dominio del pincel extraordinario.

Daniela, en cambio, prefiere la pintura abstracta de Picasso y la erótica, en cuya colección de más de trescientos cuadros que guarda París, expresa el alma del pintor sustraído en su propia intimidad y capaz de retratar deseos y facciones. Tiene una colección privada de fotografías de esta en miniatura, que jamás le ha enseñado a nadie. Su rostro se llena de ternura tibia mientras va tomando las acuarelas con la mano izquierda y hace las combinaciones en la paleta, mientras que, con el pincel en la mano derecha, lude lentamente el lienzo que va tomando forma en inefables direcciones que comienzan en un punto y, luego de varios trazos perpendiculares, amalgamados de sombras y recursos que ella aplica sutilmente, termina en el mismo punto. Horas infinitas entre cuadros, acuarelas, lienzos y paredes, pasa el día y es como si no pasara; afortunadamente Manola tiene en el primer piso una jaula de canarios que arrullan todo el día. Las dos primeras semanas de invierno han hecho estragos en el pueblo, la gente comenzó a enfermar y a deprimirse más seguido. Jacobo Inclán, Manola y sus primas se han arropado bien y toman bebidas calientes en el buen lado de la claridad, en el huerto o el salón.

A las ocho de la mañana, Manola ha ido al manzano con su cesta y al volver ha visto un pájaro muerto en la jaula. No resistió el frío, lo sacó de allí. A las seis del día pasado el campanario; azotó al pueblo la primera tormenta de invierno acompañada de ventisca y nieve que cae pausadamente como dándoles a entender su prolongada duración. Acaso este clima consolaba más que el verano; por lo tanto, el cielo era casi un extenso eclipse. De pronto, todos estuvieron reunidos en el salón pensando en el sueño más real que jamás tuvieron, así por lo menos la angustia parecía ser menor; era cuestión solamente de arroparse, seguir el ciclo del clima y mirar el día entero como el continuo pasar de las horas. Quizá Jacobo Inclán no lea el libro en todo el invierno o Daniela y Claudia estén con los pinceles y las acuarelas, Manola no le llevará al menos por tres meses; el mismo helado de siempre; y las penas transmutarán una con otra, cuando poco a poco las noches terminen por desaparecer de la memoria y los soles sigan imborrables en los días.

EN LA ARENA JUEGAN LOS PERROS

Para que triunfe el mal, solo es necesario
que los buenos no hagan nada.
EDMUND BURKE

–Buenos días.

–Que tal, buenos días.

–El señor director... ¿Se encuentra?

–Por aquí, sígame por favor.

Alguien me condujo hasta la presencia del director. Era un tipo rojo como el camarón, tenía los ojos castaños, era trejo y se llamaba Marciano Ríos Barrera.

–Siéntese –me dijo, y sonrío–. ¿En qué puedo servirle?

–En todo lo que esté a su alcance –le dije y fruncí el ceño.

–Que será pues.

–Director, este año cursaré el quinto y pienso estudiar en esta escuela...

–Las puertas de este colegio están abiertas para usted –interrumpió.

–Gracias... me gustaría pertenecer a esta casa de estudios. Solo que hay un pequeño detalle.

–Usted dirá –dijo.

–Desde chico hice teatro y precisamente eso es lo que deseo seguir haciendo; pero debo contar antes con su apoyo –le propuse.

–Explíqueme, qué puedo hacer para ayudarle –inquirió.

–En realidad, no ayudarme a mí, sino a toda la comunidad estudiantil; porque lo que deseo es implementar un taller donde se haga teatro y que tenga proyección externa, es decir, que no se limite únicamente al ámbito de esta escuela.

Dicho esto, el hombre palideció y le sobrevino un estupor que quizá pocas veces experimentó durante el millón y medio de años que llevaba siendo director en la escuela José Gabriel Condorcanqui.

–¿Cuál es tu nombre?

–Stevenson Olivera.

–Que bien, Stevenson, te felicito. De mi parte recibirás el apoyo necesario para los fines que persigues y si en ese afán acumulas algunas inasistencias, no te preocupes que yo me encargo de eso.

Cuando regresé a casa después de haber tenido la plática con el director, y convencido de la loable personalidad de Marciano Ríos Barrera, que era el director del centro educativo al que pronto pertenecería; pensé que, este año sería el más fabuloso de todos los que pasé en secundaria. Aún recuerdo haberme puesto a conversar solo en mi habitación y practicar el tono de voz que expresaría en algunos dramas o comedias; empero, los escalofríos no me eran ajenos y el temor me sobrevenía apenas imaginaba estar frente a un aula rebosante de muchachos ansiosos de aprender teatro, a pesar de ser una más de las tantas veces que estaría así y, aún siendo una costumbre de mi modo de vivir, no podía ser indiferente al hecho de volver a las tablas. No obstante, mi corta edad me jugaba, finalmente, cierto impedimento que me volvía trémulo; pero ya se me pasará, solamente es cuestión de aclimatarme a este nuevo escenario que será el quinto grado.

Llegó el fin de semana con un clima candoroso, tibio y reverberante. Se aspiraba una paz insondable en el aire que silbaba por las calles de polvo e iba a estrellarse y a rasgar el frontis de la iglesia abandonada. La gente llegaba desde sus chacras al pueblo trayendo, sobre el lomo de sus bestias, racimos de plátanos, yucas, frijol, carne de monte y frutas exóticas que cogían de los árboles y arbustos. Este "rancho" iba a servir a los hijos como alimento para toda la semana.

Parte de la rutina del pueblo era ver a personas caminar ebrias por las callejas de polvo y basura; guiñapos y vociferando al aire una ristra de obscenidades. Se daban de tropezones fuertes con las piedras en esos dedos encallecidos de sus pies descalzos. El fin de semana sucumbía en un ambiente ordinario y vulgar que empozaba al pueblo en el olvido. La aspiración de los padres era ver que sus hijos se superasen y ellos los ponían en aprietos porque los padres buscaban todas las formas para abastecerlos, mientras duraba la etapa escolar. Muchos niños, de los caseríos alejados del pueblo, se venían a estudiar montados en un caballo muchas veces sin apero, y tras arribar, ataban a la bestia y lo dejaban en el corral de la casa de los amigos que los padres tenían allí; inmediatamente después, se dirigían a la escuela de aulas pequeñas y despintadas.

Desde los campos, los padres de familia hacían producir la tierra sembrando plátano, hortalizas y maíz, y era costumbre que por las tardes se bebiera chicha, bebida predilecta de los hijos sanmartinenses. La luz de esperanza que tejían en sus hijos era inagotable, por eso cada año iban al colegio a ratificar la matrícula o a alguna reunión extraordinaria. Los hijos vivían en la casa de algún familiar o rentaban una habitación en alguna casa del pueblo. El colegio les brindaba, en los refectorios, almuerzo a los alumnos de secundaria que vivían

muy lejos de San Pablo; pero para los de primaria solo desayuno. Las madres de familia se turnaban para cocinar y la faena consistía desde cortar leña, pelar plátanos y yucas hasta cocer la menestra, el arroz y preparar las ensaladas; muy pocas veces cocinaban carne porque desde luego no contaban con mayores recursos.

El alba del lunes despertó el día tibio y el sol tímido salía por los cerros de enfrente con el fulgor de sus primeros rayos que caían en vertical a las entrañas del río Sisa, calentando las piedras de sus orillas.

–Cómo serán los profesores. ¿Chéveres como en Moyobamba? ¿Lograré hacer amigos pronto? –me pregunté aún en la habitación, uniformado y a pocos minutos de salir para la escuela.

Por entre la mirilla de la ventana de madera, observo varios muchachos semidesnudos corriendo hacia el río y al canal de agua. Se acercaba la hora del ingreso y apuraban en bañarse, lo mismo había hecho yo pero en casa y ya estaba montado en el camino que me llevaba a la escuela. Al llegar, fui víctima de la mirada atónita de algunos alumnos que me observaban de pies a cabeza largamente; yo los miré a todos a través de la luna de mis anteojos, como vi también la risa de un profesor que tenía goma de mascar en la boca y me sorprendió tanto porque nunca antes, como esa vez, descubrí a alguien que era capaz de mascar con un estilo muy particular que era capaz de competir con una llama; luego supe que el profesor enseñaba el curso de religión; pero su postura presentaba un materialismo asombroso que se oculta casi siempre en el cristianismo muchas veces desalmado. Caminé unos pasos más con la intención de confundirme entre mis compañeros; entonces el director llegó hasta donde me encontraba, me estrechó la mano y en breves palabras me dio la bienvenida, luego me indicó por dónde tenía que ir al aula de quinto, le agradecí y fui

hacia allá. De pie en el marco de la puerta, mi mirada se explayó por toda el aula y una rara nostalgia, que es uno de los lenguajes de la tristeza, me sobrevino súbitamente; creo que el motivo fue por que era la última aula a la que ingresaba en secundaria y me fue tan familiar que me pareció bonita. La ceremonia de apertura del año escolar se llevó a cabo en la loza de la escuela y todos concurrimos allí, llamados por el sonido de un silbato que recorrió los pabellones, y allí formados, en columnas, bajo un cielo azul de sol, nos paramos en atención. Tan pronto empezó a hablar el director, una lluvia fuerte con viento empezó a caer y nadie supo de dónde venía porque el sol seguía brillando como nunca, y unas incómodas gotas empezaron a empaparnos los uniformes; pero aun así, no movimos un solo músculo para retirarnos; en cambio, proseguimos escuchando la elocuencia, sin ninguna duda admirable, con la que el director se dirigía a nosotros y a la plana docente.

–Esta garúa no les va a hacer daño –nos dijo Marciano Ríos Barrera, mascullando una sonrisa.

Continuaron las palabras bellas, el verbo histriónico y la exposición de proyectos fantasmas; seguía la palabra que se lleva el viento, esa misma palabra que reiteradas veces convenció a todo el mundo. Los comuneros de los caseríos que eran el grueso de padres de familia, socios de esta escuela, y hasta el más recalcitrante opositor, lo creían todo; aunque no faltaba uno que otro que reclamaba a media voz, pero que terminaba finalmente en una vergonzosa anuencia, después de haber denunciado el oscuro régimen que borboteaba en el colegio José Gabriel Condorcanqui Noguera. Un olor pestilente se desplazaba y el silencio parecía hacer ruido porque todos estábamos escuchando el grito angustiado de la ausencia de todo, porque en esta escuela faltaba de todo y tenía mucho.

Marciano Ríos Barrera era muy gracioso, nos hacía reír a nosotros y a los maestros. Sus chistes sí que arrancaban más de una risa y los construía muy bien; creo que esta táctica era su mejor arma y hasta hoy le había resultado. Yo continuaba en posición de descanso, tenía la ropa mojada; miré a algunos alumnos y descubrí sus semblantes tristes a pesar de todo, los uniformes remendados, los pies semidescalzos, los cabellos húmedos y los cuadernos en la mano. Afortunadamente concluía la ceremonia y de inmediato nos desplazamos a las aulas. ¡Pero qué bien! De quinto solo habíamos asistido cuatro, dos de los cuales eran mujeres.

–Así es aquí los primeros días –dijo Amanda Manrique, mirando vacíamente el aula.

–Promo, ¿vamos a la huerta de Stalin? –le propuso Franco a Amanda.

–Vamos pues, tengo ganas de comer tapisho –aceptó.

La huerta de Stalin era amplia y verde; ahí crecía muy bien el pan de árbol, el tomate y la cocona. Habían dos árboles de taperiba, uno de ciruela, otro de guaba y rabanitos más al fondo; seguro que también habían lagartijas, ratones de monte y alguna mantona. Se encaminaron hacia allá en busca del taperiba, con la precaución de no ser sorprendidos por una serpiente que ondulase su rastro sobre las hojas caídas y secas de los árboles de mango.

La huerta de Stalin, en donde también quedaba su casa y que estaba construida de madera y barro, colindaba con el centro educativo y, para cruzar al otro lado, era cuestión solamente de levantar el alambrado de púa.

Heryn y yo nos quedamos solos en el aula y, luego de envolvernos en un silencio que nadie quería romper, me decidí finalmente a preguntar:

–¿Qué actividades piensan hacer para la promoción?

–Aún no tenemos el plan de trabajo, pero seguro este año lo elaboramos –respondió entusiasmada.

–¿Quieres decir qué no cuentan con dinero? –inquirí.

–No precisamente, ya tenemos cuatrocientos soles en tesorería y esperamos añadirle otra suma de dinero este año –me dijo.

–Eso depende de ustedes y por supuesto de mí también, porque pienso integrar la promoción.

–¿¡De veras!? Oye, qué bien –opinó con una sonrisa adolescente admirable y me permitió verle el diente quebrado que tenía en la dentadura posterior.

–¿Te alegra? –pregunté, frunciendo el ceño.

–Claro que sí. Bienvenido –respondió y me extendió su mano.

–Ambos estrechamos las palmas de las manos con sudor y solo entonces sentí que las de Heryn estaban llenas de cayos y observé sus uñas quebradas, algo sucias; pero fue preciso ver en ese momento a una sombra atravesar por la puerta dibujando la efigie de un profesor. Se trataba del personal de limpieza que iba por el pasillo con una escoba en la mano y una franela roja sobre el hombro izquierdo.

–¿Cómo piensan ganar dinero? –indagué, mientras me apoyaba en la mesa y tenía las piernas en equis.

–Por fortuna, contamos con cuatro hectáreas mecanizadas y listas para la siembra –me respondió, aunque no le llenó de alegría decírmelo y no pude comprender el porqué de su mirada y sus palabras en un tono desaborido; bueno, quizá sea normal encontrarme con una chica que no se emociona fácilmente y, quién sabe, hasta debe estar incómoda de tanta palabra sin mucho sentido que le digo;

pero no, no era eso, porque de inmediato, advertí en sus ojos que algo no andaba bien en el José Gabriel Condorcanqui Noguera. La propiedad de la escuela se explayaba por casi medio pueblo y tenía tierras mecanizadas con sembríos de arroz. La administración de la escuela, que recaía en la cabeza de Marciano Ríos Barrera, se encargaba de operar y rentar los tractores y otras maquinas. Era una escuela bendecida gobernada por un demonio.

–¿Me quieres decir que le pertenecen esas tierras al colegio? –seguí preguntándole, yo quería saber qué había detrás de todo.

–Claro que sí. ¿No lo sabías?

–¡Caramba! Eso debe llenarte de mucha alegría –le dije.

En cambio, su rostro palideció y me miró en silencio... luego me dijo:

–¿Llenarme de alegría?... ¿Por qué ha de ser?

–Cualquier colegio desearía tener lo que este tiene –aduje.

–Tienes razón, eso debería llenarme realmente de júbilo. ¿Pero cómo sentirlo?, si aquí hay una mafia que tiene el dominio absoluto de todos los enseres de nuestro colegio.

–¡Hey! Sí que eres filósofa para hablar, te juro que no entendí mucho de lo que me dijiste.

–Pero si está todo claro, el muy recatado director es la musaraña que hunde sus patas en la arena muda; es decir, su elocuente oratoria expresada a padres de familia y alumnos, porque todos al final de cuentas le dan más prioridad a sus faenas agrícolas –afirmó.

–¿Quieres decir que el director aprovecha la ignorancia de la gente para hacer de la suyas? –le pregunté, más desconcertado que nunca.

–Más obvió no puede ser, ¿no crees?

Entonces comprendí el inmenso perjuicio que Marciano Ríos Barrera le estaba haciendo al colegio, en beneficio propio, y la corrupción le había dado tanto dinero que hasta tenía montado un gran taller de carpintería situado, para no levantar sospechas, en el terreno de sus suegros. La anuencia de la plana docente en su conjunto era evidente; solo un ciego no podría ver que desde el interior de la escuela, desde el mismo núcleo académico y administrativo, se había armado una cofradía sistemática que era como murciélagos o como zancudos, o mejor como zánganos, capaces de succionar a su presa hasta darle muerte. Desde que ingresé a estudiar, pese a que percibía una atmósfera de paz y tranquilidad, no era menos palpable el hecho de que un grupete de sinvergüenzas, que secuestraron el colegio, nos trataba de adormecer y hacer creer a todos que las cosas andaban a mil por hora, que la granja de carneros, cuyes y conejos era de los alumnos y para los alumnos. Durante ese año me vieron la cara, nos vieron la cara de idiotas, y así habrían visto en años anteriores a los alumnos que estudiaban allí. ¿A dónde va la plata de las toneladas de arroz que se venden en Bellavista?... Al colegio, a los fondos del colegio, cómo no. ¿Quién recibe el dinero por la horas que trabajan los tractores en las chacras ajenas?, lo recibe el director y todo va a los fondos del colegio, cómo no. Los servicios higiénicos que están construidos de madera, se caen a pedazos por obra y gracia de las termitas y el cuidado que nadie les da. La loza deportiva es una fina capa de cemento desgastado, de la cual solo queda tierra y la yerba se derrapa, como una alfombra siniestra, por todos lados y nadie la corta porque eso es lo menos importante. Lo que más urge a la escuela es que los tractores estén operativos para alquilarlos y ganar mucha plata con ese servicio; importa realmente que

todos los terrenos de la escuela produzcan y cada cinco meses podamos cobrar de la cosecha del arroz o, si no alcanza la plata, sencillamente se alquilan esas parcelas a terceros. Naturalmente, la suma de todo el dinero recabado nadie sabe a dónde va, como también a nadie le importa que la escuela sea un pueblo fantasma los sábados y domingos, cuando no hay un solo alumno y ni un solo profesor; luego vuelven los días laborables y continúa sumergiéndose en el oscurantismo.

Marciano Ríos Barrera, camuflado en el cargo de director, iba, sistemáticamente, erosionándolo todo con una sonrisa vil que a menudo tenía dibujada en su cara. Él y los profesores, que eran como una banda siniestra y obscura, llenaban sus bolsillos de dinero mientras nosotros carecíamos de todo, como esos servicios higiénicos sin sanitario: una imbricación de letrinas con piso de madera al igual que las paredes y el techo de calamina. La división que separaba el de los hombres con el de las mujeres era una pared ahuecada a través de la cual podíamos observar la falda, el ombligo y siluetas de todos los colores en cunclías y un hedor se difuminaba ni bien nos acercábamos a la puerta de ingreso de los servicios, que era una de bisagra rotas y oxidadas.

La escuela José Gabriel Condorcanqui Noguera se levanta en medio de una vegetación fresca y tropical. El viento arrulla las hojas verdes de los árboles y la yerba crece por doquier derrapada en una alfombra que cubre todo el suelo y se extiende hasta los charcos. Los días de escuela son húmedos a veces por la estación de lluvias, pero es más seguro que solee en San Pablo a que llueva. Las tardes de escuela pasan sus horas con la melodía de pájaros traviesos que inventan maromas entre las ramas y la yerba crecida y juguetean diariamente, más de una vez, sobre la carrocería

del microbús que ahora es chatarra, pero que en su tiempo más florido fue un trofeo envidiable por todas las escuelas.

Después de haber pasado la fase del concurso interno, todo quedó listo para ir a concursar a la segunda etapa que era la provincial, pero aquella estaba descontada porque era cosa de pan comido. El invento estaba en plena etapa de selección en la capital regional hacia donde fue un grupo de alumnos de la escuela, representándola, y quedó elegido entre varios importantes inventos escolares. Quedó en primer lugar el invento nuestro que consistía, en un novedoso encendedor automático de vela. La delegación dio el batacazo final en el concurso y, tras una breve explicación científica del invento, se procedió a ponerlo en práctica dejando a todos atónitos. Más tarde, los expertos coincidirían que se trataba de un gran aporte tecnológico por cuanto representaba un bajo costo y sencillo en la elaboración del producto que no solamente, como es lógico, serviría para encender velas, sino otros elementos con los que se busque economizar y tener un buen aparato eléctrico casero en casa. Concytec distinguió a la escuela José Gabriel Condorcanqui Noguera con el más alto premio, que era el primer puesto en el concurso regional, y le entregó un microbús con capacidad para sesenta personas. Concytec no entregó el premio como usualmente ocurría, en el concurso a nivel nacional; está vez prefirió entregar el premio directamente al ganador regional, pero nunca fiscalizó el premio, confió en la buena fe de Marciano Ríos Barrera, que por esa época ya era director. Concytec no reparó, aparentemente, en ninguno de sus artículos de la ley de su creación o en alguna cláusula de su reglamento, que Marciano Ríos Barrera podía hacer lo que se le venga en gana con el vehículo que, finalmente,

después de pocos meses de obtener el galardón y de ponerlo al servicio del transporte público por algunos monedas a cambio, sigue todavía al frente de la escuela riéndose de todos impunemente. Todavía les parecía ver, a muchos de mis compañeros de escuela que me antecedieron, el jolgorio de los muchachos sentados en el microbús dándose un paseo gratuito por el pueblo y festejando, con harta risa y bullaranga, el trofeo convertido hoy en chatarra, realmente en chatarra, en un rincón de la escuela, con su carrocería verde, el mismo color con el que estaban pintadas las aulas, y en silencio como un huésped estático y lagrimero que llegó hasta allí para quedarse en la quietud y la letanía, convertido solamente en un árbol más, donde los pajarillos jugaban al atardecer y el óxido tocaba tierra.

La escuela tenía tres pabellones de aulas en U; al fondo, la biblioteca rudimentaria con pocos libros cuyo ambiente compartía con un magro laboratorio de ciencias; y también al fondo, pero al lado izquierdo, estaban los servicios higiénicos inmundos que el director ni por equivocación divisaba desde su oficina. Un cerco perimétrico a base de palos y alambre de púa circundaba la escuela, a través del cual, se colaba alguna serpiente entre el lodo y las letrinas ambulantes que se creaban irremediablemente atrás de las aulas, cuyas paredes y acera no sólo servían de retrete, sino también de refugio improvisado para las citas y besos furtivos de procaces adolescentes.

El arribo del microbús a la escuela, estuvo seguido de una ceremonia rimbombante en la que participaron más maestros que alumnos y, en primera fila, los amigotes de Marciano Ríos Barrera. La organización del evento estuvo a cargo de Genaro, subdirector y cuñado de Marciano. Empero, después de algunas horas que acabara la ceremonia y con algo más de

tranquilidad, el director reunió en su domicilio a su entorno más cercano, entre todos los maestros, y allí acordó, secretamente, qué uso real era el que le daría al vehículo, entre copas de ron con gaseosa, bebida predilecta para este tipo de reuniones de Max, profesor de educación para el trabajo. La música típica en medio de la atmósfera de celebración, se explayaba entre las casas aledañas. Los vecinos, afuera, desgranando las mazorcas de maíz, se reían y se alegraban sin saber demasiado porqué lo hacían; luego de una exposición de ideas y una ristra de sortilegios, tanto el profesor Perico, Max, Juan Cárdenas, Genaro y el director coincidieron en que el vehículo de origen brasileño sería utilizado como transporte público de personas, cuyo trayecto sería San Pablo-Bellavista-Tarapoto; de este modo se engrosarían un poco más las billeteras de los cinco socios indivisibles que conocían entre sí, sus trapitos sucios. De nada valió el esfuerzo y empeño desmedido que Jacky Sinarahua le puso al invento y que fue la impulsadora del mismo junto con otros muchachos, que la reconocieron como líder y autora del proyecto. Jacky fue relegada al saludo protocolar y al reconocimiento que pronto la mayoría olvidó.

Temprano y con la niebla esparcida como túnica en todo el camino, ensilló su vetusto y enjuto caballo para ir a la chacra y darles la fabulosa noticia a sus padres del premio que le fue entregado a su escuela; yo también me había levantado temprano, como siempre, e iba a sentarme como de costumbre en una de las bancas decrépitas de la plazoleta. Me abrigaba con una chompa de color azul y, con mi cuaderno en la mano, repasaba allí las lecciones. Esta vez mi cuaderno era del curso de Historia Universal cuyos temas debía recordar, porque el examen se venía ya, y me faltaba tiempo los fines de

semana, ya que iba con mi padre a la chacra. Desde las bancas de la plazoleta veo a Jacky alejarse del pueblo lentamente con la soga del bozal del caballo pendiendo de su mano, y las pezuñas del animal, desaparecen poco a poco entre la niebla. Arribó a Ramón Castilla, caserío donde vivían sus familiares. Ni bien llegó, corrieron a ayudarle a desmontar el caballo y vinieron seguidos del ladrido de Tarzán, que era el perro chacrero que hacía muchos años estaba dedicado al cuidado de la choza, los animales domésticos y el campo. Penetró por la puerta entre las paredes de barro y caña brava. Su madre le dio la bienvenida con una sonrisa más que maternal. Su padre aún no regresaba de la chacra, pero ya estaba alertado de la llegada para hoy de Jacky; por lo cual se prepararon unos sabrosos y exquisitos juanes que sólo la madre de Jacky Sinarahua preparaba en todo el caserío.

–Ya vuelta la Jacky está por aquí –dijo su cuñada en voz alta, con una sonrisa socarrona.

–Y qué pues te interesa a ti –le respondió en el acto, sin detenerse a donde iba.

Al lado de la *tushpa*, encontró en la olla vieja de aluminio algunos plátanos verdes sancochados y se sirvió en el pate, que estaba sobre un balde de plástico, masato, un masato espeso y sin azúcar que en días anteriores su madre había preparado a base de mandioca sancochada que masticó y luego escupió en un batán grande para luego dejarla fermentar en agua y guardó en gigantes tinajas de barro que ella, misma alfarera, hacía. Acompañó el plátano con sal y se sentó en una banca larga de madera que estaba junto a una mesa generosa.

–Lerdas de guambras... ¿Ya vuelta están peleando? –les increpó la madre de Jacky Sinarahua, llegando a la *tushpa*.

Jacky Sinirahua tenía la piel tostada por el intenso sol tropical, los ojos grandes azabaches, la boca ancha rodeada de unos labios laxos, las piernas arqueadas y lampiñas, de voz pausada, fina y baja. Los capillos juegan esta mañana en sus mejillas pero ella no está de acuerdo con el juego; no obstante, tiene que soportar porque sabe que es imposible evitar la sangría que los capillos le dibujan como unas sendas diabólicas en la piel.

Uno de los hermanos menores, que espera al padre al igual que todos y que aún no regresa, va matando el tiempo jugando en el patio trasero de la casa con una charapita, cerca del arbusto de *puspucho*, y entierra sus piececitos en la cocha. La madre, como toda la vida en casa, descalza y con el cabello hirsuto suelto, se adelanta a la *tushpa* porque quiere ahumar la carne de sajino que ayer le trajo su esposo del monte gracias al trampero que colocó en un lugar estratégico. Esta carne acompañaba a los juanes que servía en el almuerzo, y lo sirvió en esa mesa generosa sin mantel y de pura madera. En la mesa, Jacky, la madre, el padre, su hermano, su cuñada y sus tres hermanos menores prueban bocado con una paz silenciosa, admirable, que su padre irrumpe con una pregunta oportuna:

–¿Y ya se mejoró mi comadre de su lisiado?

La madrina de Jacky vivía en San Pablo. Era una profesora de primaria y había estado casada por más de diez años; pero ya no, porque hasta hace dos meses su marido vivía y a partir de entonces se sumergió en un luto que tomó a pecho y se prometió asimismo guardar penitencia más allá de los cinco años, quizá diez; pero, como dicen que las desgracias llegan juntas, hace muy poco se cayó de rodillas al resbalar con una cáscara de plátano que alguien se olvidó de arrojarla en el tacho de basura.

–No, padre, sigue igualito nomá –le informó Jacky, y mordió parte de la presa de sajino con los dientes famélicos.

–¡Juro en Dios que se va a quedar inválida tu madrina! –le dijo su cuñada, como pájaro de mal agüero.

–Que pues hablas, mujer. La arrechura ya creo que te hace hablar tonterías –le increpó su marido.

El más pequeñito de la casa, que se llamaba Rosendo, le daba a Tarzán la comida que no comía, bajo la mesa, y el perro le lamía hasta los dedos aceitados y Rosendo le jalaba los bigotes.

De frente, Jacky les dijo a todos que tenía algo que contarles y fueron sus padres los que más le prestaron atención; Tarzán también paró las orejas y se enroscó en espiral bajo la mesa.

–¿Se acuerdan de lo del concurso de Concytec? –preguntó.

–Claro que sí; tú misma andabas como loca hablando solamente de eso y tus ojos brillaban como dos luciérnagas cuando hablabas de un encendedor, algo así –le dijo el hermano mayor.

–Ajá. Bueno, resulta que hemos quedado en primer lugar y nos han regalado de premio... adivinen.

–No sabemos –le dijo la madre entusiasmada por saber.

–Nos regalaron un microbús, mamá, un microbús para la escuela –se le exaltó el corazón y se le aguaron los ojos de lozanía.

Toda la familia se alegró, se les iluminó el rostro y hasta la cuñada de Jacky no pudo ocultar su emoción; empero, el padre, sin inmutarse, frunció el ceño y dijo:

–¡Ja!... ¿Y dónde le tienen?

–En el colegio pues, papi.

Una pulcra quietud de remanso silencioso les abrumó a todos y la choza de paredes de barro, caña brava y tejado de *shapaja*, se vio lacerada por un cúmulo de desconcierto. Una mariposa negra de manchas blancas adormeció, con su vuelo vagabundo, la atmósfera de los arboles, el patio, la *tushpa* y la mesa generosa. El caballo relinchó sin ningún motivo en la huerta, sin cesar, y hasta Tarzán se tapó los ojos con las patas negruzcas.

–Ahura segurito el profesor Marciano se va a ser dueño del carro –alegó la cuñada de Jacky.

–¡Bah! Si él mismito dijo en la ceremonia que el carro va a servir únicamente para el colegio –lo defendio Jacky.

–Así nomá dice. Mira lo que pasó con los dos tractores que adquirió el colegio; ahura uno ya no sirve y el otro está más viejo que yo –le dijo su padre.

El papá de Jacky estaba convencido de que Marciano Ríos Barrera era descaradamente corrupto, que explotaba desalmadamente y por todos los flancos a la escuela José Gabriel Condorcanqui, y que logró tal provecho que había llegado a montar una de las carpinterías más importantes del pueblo si no la más importante y, para colmo de todos los colmos, se daba el lujo de venderle, a la misma escuela donde él trabaja, el mobiliario a precios por encima de los del mercado; pero, para asegurarse que la empresa no sea intervenida por las autoridades, algunas veces de la vista gorda, le puso todos los papeles a nombre de la esposa y otros parientes; de modo tal que su presencia allí correspondía únicamente a la de un marido hacendoso que ayudaba a su mujer en sus horas libres. Y aunque el padre de Jacky conocía el afán abyecto del director, como también decenas de padres de familia de APAFA, no tenían el denuedo suficiente para enfrentarse contra

sus "habilidades". Sin embargo, existió una oportunidad en la que estuvieron a punto de denunciarlo; pero con argucias se supo librar tras algunas visitas a Juanjuí y contactarse con varias personas que le ayudaban desde el Área de Desarrollo Educativo (ADE) de Bellavista; de manera tal que la cosa no pasó a mayores y, por el contrario, tuvo el desparpajo y la poca vergüenza de denunciar a sus acusadores por difamación y otros delitos contemplados en el ordenamiento jurídico peruano.

Los días fluyen con lentitud en San Pablo. Yo me veía, acompañado de mi padre por las tardes, caminando en la chacra o en la orilla del río manso y las blancas garzas volando en manadas sobre él, para luego posarse en alguna roca y proseguir el vuelo después, en el cual creaban figuras arcanas en trapecios extraordinarios en el aire vagabundo.

Marciano Ríos Barrera había ido al terreno de la escuela a ver cómo iba lo de la cosecha del arroz, que ya empezó. En enero, con ayuda de la mano de obra de los padres de familia, sembró arroz allí; a estos les habría hecho creer que el íntegro del dinero se iba a las arcas de la escuela, que beneficiaría sobremanera a sus hijos y que además era necesario contar con un patrimonio económico que rescate a la escuela de una posible hecatombe y otros tantos cuentos chinos que Marciano, con una oralidad perfecta, les profería. Empero, todo no era otra cosa más que puro sofismo porque les ocultaba que gran parte de ese dinero lo administraba como a él le daba la gana y rendía cuentas a quien le daba la gana y como le daba la gana, para educar a su hijo mayor con todas las comodidades en una universidad de Tingo María, por ejemplo; tener una portentosa carpintería que hacía disimular sabiamente, una gran casa con

todas las comodidades y otros bienes y propiedades que solo él sabía.

Un lunes por la mañana, Franco y Stalin llegaron a casa cuando con papá aún estaba sentado terminando el desayuno que era una taza de café con leche y varios panes untados de mantequilla y mermelada de fresa. Al primer golpe les abrí la puerta.

–Hola promo –me dijo Franco.

–Hola muchachos –les dije–, pasen, siéntense en el sillón y pónganse cómodos.

Mi padre se encontraba al fondo de la sala en donde quedaba nuestro improvisado comedor. Desde allí les observaba tiernamente con una cándida sonrisa; pero en silencio.

–Ho chó... ¿Ya estudiaste para el examen de historia? –me preguntó Stalin.

–... Un poco –le dije–. ¿Y ustedes? –pregunté.

–Nada hón, pero queremos decirte que si nos hace falta, nos des una manita con las respuestas –me pidió Franco y me miró de frente.

–Descuiden. Así será, para eso estamos, ¿no?, para ayudarnos en lo que sea necesario. Pero díganme, ¿qué pasó que no estudiaron?

–Estuve en la chacra todo el fin de semana, ayudando a mi papá desde muy temprano, hasta que caía el sol –me dijo Stalin.

–Yo también hice lo mismo en mi chacra –dijo Franco a su turno–, a veces nuestros padres no comprenden que debemos estudiar –agregó.

–Para ellos el estudio es de lunes a viernes y listo –me confesó Stalin.

–Entiendo. No hay problema –les dije.

Al poco rato, Stalin me había pedido un vaso con agua y fui por él al refrigerador; luego nos pusimos a ver televisión y a la vez estudiamos un poco de mi cua-

derno y en un rato más se despidieron de mí. Ese día rendimos el examen de Historia Universal y el resultado fue de una desaprobación general. No hubo nadie que llegara a once. Pero los días continuaban y yo seguía asistiendo a esa escuelita pública de primaria donde dictaba clases de teatro para luego trasladarme a la escuela pública de secundaria Juan Velasco Alvarado, donde también dictaba clases del mismo arte a los alumnos del primero al quinto, y poco a poco fue convirtiéndose en un aula importante donde blandía la cultura y organizábamos eventos artísticos, y todo era sin fines de lucro, semejante a mi labor, por la cual no recibía una sola moneda; aunque algunos curiosos especulaban lo contrario, afirmando que existía una institución que sufragaba mis gastos. Yo les dejaba creer eso, no les contradecía. Prefería sentir esto que consideraba un misterio.

Las noches de San Pablo eran maravillosas con su gota de melancolía. La nocturnidad era un manto frágil de romanticismo y las hojas de los árboles interpretaban una curiosa melodía al alimón con las gotas de una lluvia temblorosa. Las ramas de las castañas asombrosas crujían al mínimo roce del viento y los tejados de *shapaja* no cesaban de vibrar con la tonada de una guitarra a medianoche. El agua del canal fluye como una vena rebosante de vida y corta al pueblo en dos, en medio del rubor de la noche plateada con destellos refulgentes de la luna llena, que aparece en un cielo despejado de nubes y afiebrado de estrellas de octubre. Alguna de estas noches me he sentido enamorado de Heryn; su cabellera larga y dorada, su sonrisa y sinceridad, han hecho que los días de escuela sean más llevaderos y agradables, pero nunca me atreví a decirle nada, preferí, contrariamente a lo que quizás sentía, tener por novia a otra chica sin quererla. Preferí callar

cuando debí hablar y no supe finalmente si Heryn también me quiso como la quise, o pensando en abstracto, quizá ninguno de los dos nos quisimos. Algunas veces me pregunté si teníamos derecho a aprobar el curso de Historia Universal sin tener que estudiar; si habría derecho en pensar y actuar como pensaba y actuaba el director; si tenían derecho los padres de familia asociados en la APAFA del colegio nacional José Gabriel Condorcanqui Noguera a convertirse en arena, arena pura, arena de río; y si los perros tenían derecho a jugar a pierna suelta en esos días en que las noches eran más fantásticas y mágicas, donde la melancolía y la poesía se fundían en un solo lugar. Con el tiempo no quedaría ni rastro del director infame que se adjudicó ilegítimamente la administración de esa escuela inmortal, aunque los perros sigan ladrando bajo el tañer de una campana arcaica, de la iglesia abandonada del pueblo, y las garzas paseen su vuelo sobre la arena del río, húmeda y seca a la vez.

LA GRINGA

A Carlos Abanto, idea primera de una historia interminable.

Mi madre, que desde muy joven se dedicó a la venta de pescado por menudeo y desde que le llevó su madre biológica a conocer el mar se enamoró de él, no dudó un solo instante en mostrarme su apoyo cuando le dije que había decidido presentarme para cumplir el Servicio Militar Obligatorio en la Marina de Guerra. Esa mañana de mil novecientos noventa y dos me preparó un desayuno fastuoso comparado únicamente con el desayuno de enero de mil novecientos setenta y nueve en el que cumplí cinco años de edad y que fue el cumpleaños más inolvidable de toda mi vida, porque nunca más volví a celebrar un nuevo cumpleaños. Mi madre era joven aún, de estatura media y piel bronceada. Toda la vida trabajó para mis hermanos y para mí indesmayablemente, como una negra. Cuando era apenas un infante, su madre la dejó al cuidado de su madre y desde entonces no volvió sino hasta después que ella entró en la adolescencia para llevársela para siempre. Fue así que conoció por primera vez el mar de la mano de su madre y en la ciudad costera de El Callao empezó una nueva vida; en cambio, permutó del trabajo en el campo al trabajo porteño, es decir, de alimentar las gallinas para luego venderlas y de cultivar un sinnúmero de hortalizas en el inmenso huerto de Mama Cleo (así le llamábamos a su abuela porque

su nombre era Cleotilde), al comercio de ropa y venta de artículos para el hogar, pero principalmente a la venta de pescado. Mi madre literalmente amanecía en el puerto. En las primeras horas de la madrugada se iba acercando al muelle a paso calmado, pero a la vez fuerte e inmortal; los que ahí pernoctaban y los que llegaban después, la saludaban con un abrazo o chocándole la mano como compañera. Ella era la pieza que terminaba por armar el rompecabezas. En algunas ocasiones, los dueños de la mercadería (pescado con hielo en las jabas) le ofrecían el trabajo de cuidar, porque en horas de la madrugada nunca faltaban esos cabrones que roban el pescado; al más mínimo descuido se tiran los mejores: un lenguado, una chita, una corvina, un mero. Roban de las jabas de plástico cuidadosamente y se pasan los pescados por debajo del carro en donde están almacenadas las jabas hasta que llegue la mañana y entren al mercado. Mi madre cuidaba la mercadería con sus ojos eternamente vivaces y vigilantes. A ella jamás le robaron un solo pescado; la última vez que alguien lo intentó, tuvo que regresar a casa con un dedo menos en la mano, pues mi madre le cortó el meñique en el acto, cuando ya para eso había puesto toda la mano en la jaba; con suerte no le lleva más dedos, aunque creo que mi madre no quiso inutilizarle la mano izquierda, apuntó bien a uno de los dedos que menos utilizamos los seres humanos y, suácate, le cercenó el dedo a cuchillo limpio, el cual siempre estaba con un filo de navaja. El ladrón desapareció dando alaridos, ensangrentado, y mi madre no llegó a reconocerlo por la niebla densa de la madrugada y la oscuridad. Para ella no era ningún problema cuidar la mercadería de otros; por el contrario, se distraía con esa labor mientras aguardaba la hora perfecta para comprar el pescado que luego vendería no en el terminal o cerca de

allí, sino más bien muy lejos; donde no había pescado o cuando en los mercados de las urbanizaciones estaba escaso y caro; ahí aprovechaba mi madre y vendía bien. Acababa la canasta grande que ella cargaba en sus hombros con una fuerza increíble que a todos dejaba lelos; pero aún con lo provechosa que era la venta, siempre se hacía quedar algo para nosotros. Siempre pensando en nosotros, mi madre, mi gran madre. Eso de cuidar la mercadería también le significaba un dinerito extra que ella guardaba muy bien envuelto en un trapito blanco al lado de su seno.

Cuando acabé el desayuno, mamá me dio un beso en la frente y me dijo:

–Si te pegan adentro, tienes que aguantar como hombrecito que eres...

–Y no me queda de otra –me adelanté.

–Ahí no se debe ser ni muy vivo ni muy zonzo. Lo suficiente para que no te agarren de cojudo –agregó.

–Ya me lo has dicho muchas veces. Lo tengo muy clarito –le recordé, y me levanté de la mesa para ir a darle un beso en la mejilla y luego recoger de la repisa de mi cuarto mi boleta militar.

En fila india, todos nos encontramos de pronto. A partir de entonces supimos que ya casi estábamos listos para ir a la isla. Un marino con voz estentórea me llamó y me puso al servicio de un enfermero que me quitó sangre de las venas con una aguja y me revisó hasta el culo. Ahí, cuando me quitaba la sangre que iba a dar a un tubo dizque para los análisis, ocurrió algo imprevisto; y es que nunca falta un hijo de puta que llama al teléfono y te sigue timbrando hasta que contestes y una secretaria despistada que anda fuera de su sitio de labores. Pero el colmo de todos los colmos es que el hijo de puta que te está sacando la sangre para el análisis, se largue a contestar el teléfono y se

olvide que el tubo de ensayo ya se llenó, y no ve las gotas espesas de sangre que caen al piso porque está ocupadísimo el muy pendejo hablando por teléfono, mientras que tú miras cada vez más oscuro y por eso quieres rajarle la cara y romperle el trasero a patadas; pero a la vez te mueres de miedo de decir algo y estás temblando que hasta tus pantalones sientes que se mojan y no sabes que después te han de llevar a la isla El Frontón porque ahí van a parar todos los grumetes y se van a comer mierda.

Dos lanchas pobladas de hombres por el mar de El Callao se dirigen a la isla y la brisa suave y salada te hiere la cara. Todos estamos muriéndonos de miedo. No sabemos si sobreviviremos allí, si volveremos al puerto, a la ciudad, si volveré a ver a mi madre, solo sabe Dios. Estaré allí con gente que nunca he visto en mi vida y todos andaremos armados, y además habrá un superior que nos joderá la vida todos los días.

Solo cuando dieron las once de la noche nos llamaron a formar en columna de uno y entonces nos empezaron a repartir las gamelas en las cuales nos vaciaron la comida: era una mezcla de arroz y huesos de pollo, pero masticados y entreverados; una sopa rala de sémola y un poco de té; tuvimos que comer esa porquería porque nos moríamos de hambre, todo en medio de la oscuridad. Al amanecer de un gallo ronco ya todos estábamos bien formados con el uniforme que nos entregaron la noche anterior. Nos dividieron en seis contingentes, los cuales tenían por nombres: Alfa, Bravo, Charly, Delta, Foxtrot y Ecco. En el primero estaba yo; no sé porqué diablos me pusieron allí, no creo que haya sido por la razón de mi apellido, estoy seguro que inventaron eso porque no quisieron decirme que era porque tenía la cara de indio con el pelo hirsuto y las piernas sin un solo vello. En cambio, en Delta es-

taban puros blanquitos, rosaditos. Ristra de cabrones que con diez planchas ya estaban con la lengua fuera y el corazón que se les salía por la boca. Todos los días nos sacaban la mierda con los ejercicios de rigor los oficiales de mar (OM). Eran unos tipos hercúleos, pero también los habían panzones y con gafas. Afortunadamente allí hice buenos amigos con los cuales hasta hoy me reúno algún fin de semana a tomar cerveza o vamos a una fiesta; cumplo, eso sí, con mi hija de catorce años y no tengo más responsabilidad porque me he separado de mi mujer hace ya varios años y la veo de vez en cuando y a veces nos damos una revolcada, pero hasta ahí nomás. Para suerte de todos, el rancho iba mejorando día a día y nos turnábamos para cocinar; creo que no era la minoría a la que le encantaba estar a cargo de la cocina porque de veras se comía bien y bastante. Por ejemplo, habían unos panecitos que fabricaba la Marina y repartía a todos los regimientos de Lima y Callao y eran unos panes realmente exquisitos y nutritivos. Al mediodía, con un calor bárbaro, era la hora preferida por muchos para ducharse y allí nos metíamos y era celestial sentir el agua fría y dulce que cae de la regadera al cuerpo calato y te empapas todo y te preguntas qué sería la vida sin agua o mejor si no existiera el agua no habría vida para hacerse esa pregunta. Uno de esos mediodías, el grumete Lanziego entró a la ducha, estaba embarrado hasta los codos y venía de hacer ejercicio al aire libre; pero alguien, que sin duda no era su amigo sino todo lo contrario, de arriba y sigilosamente, le soltó un alacrán que fue a clavarse directamente a su cuello. Lanziego pegó un grito o varios gritos y salió despavorido, corriendo, olvidando la toalla. Cuando estuvo fuera, todos lo vimos mover el cuello de un lado a otro y no se atrevía a quitárselo con la mano, pero a la vez no cesaba de gritar.

Mierda, quien fuera que sea el de la broma sí que se le pasó la mano. Alguien le cogió de la cabeza y empezó a sacudirlo para que el arácnido caiga finalmente al suelo; pero el diabólico animal ahí persistía clavado, inyectándole su veneno letal. Lanziego no murió, estuvo un mes completo en el tópico, pero no murió, estuvo a punto, eso sí; empero, el que sí murió pero para la Marina fue Fajardo, el grumete idiota que le jugó esa broma sin siquiera conocerlo bien. Al cabo de una investigación que no duró más de dos días, ya los seis contingentes sabíamos que Fajardo había sido y que una lancha aguardaba por él para regresarlo al Puerto de El Callao, y quién quita que luego lo internaran en algún hospital psiquiátrico, porque solo a un completo loco se le ocurre jugar con el alacrán que encontró quizás entre las rocas salitrosas de la isla.

Cuando nos tocaba el servicio de vigilancia bajo la noche gris de brisa vieja, hacíamos cualquier cosa para no quedarnos dormidos en el puesto, desde contar chistes y adivinanzas o relatar alguna historia que alguien pasó. Leandro Juárez, que era mi compañero de guardia, pasó el susto de su vida cuando por exigencia de su novia se quedó con ella en su habitación e hicieron el amor toda la noche; de madrugada, tuvo que encerrar el ruido que ocasionaba el crujido de la cama con edredón de dibujos infantiles y colchón de resortes. El hermano de su novia acababa de llegar y su habitación también quedaba en el segundo piso, enfrente. Se arrojó al piso con acrobacia admirable tan pronto ella le pellizcó el abdomen. El hermano había acercado la nariz al cristal de la ventana para asegurarse, sin tocar la puerta, que la hermana estaba allí, dormida como un angelito y descubrió que así era; la vio en la cama enroscada en un sueño profundo, tapadita con el edredón. Se marchó y se encerró en su cuarto.

–Qué suerte la tuya que al tipo no se le ocurriera despertar a su hermana y qué tal previsión la de ella que estuvo atenta y te mandó pa' bajo –le dije a Leandro Juárez, me miró y se rió a media asta; pero inmediatamente cambió de semblante.

–Yo no contaba que en los primeros destellos de la alborada –me dijo– llegaría su madre a joderle y despertarla. Creo que en ese momento yo estaba en la cama cuando habrá notado a través de la ventana sin cortinas, y con ayuda de los rayos de la claridad, dos bultos en la cama, y le entró la sospecha porque en horas de la noche, antes de salir a trabajar, me había dejado con su hija conversando a través de la enorme ventana del primer piso que tenía en la sala. Cuando mi novia me pasó la voz, de un solo brinco estuve debajo de la cama; pero entonces ya era demasiado tarde –me dijo–. La madre le pidió que abra la puerta y a ella le tembló la voz y no supo hacerse la dormida; ni bien ingresó, corrió inmediatamente a levantar el edredón que a propósito mi novia había dejado caer un poco al piso, y allí me encontró, en medio de los zapatos, calcetines y mil cosas más. Me pidió que saliera de ahí y la cara se me caía a pedazos –me confesó ahora sí entre risas.

Y la mujer esta llamó a su marido y le armaron tremendo bolondrón a Leandro Juárez. Su novia se esmeraba en vano de hacerles creer que en verdad nada de malo hicieron toda la noche, pero la cuestión era evidente y ninguno de los cuatro era tan ingenuo para creer semejante falacia y mucho menos la novia de Leandro Juárez, que hacía poco cumplió dieciocho años; pero, según me dijo, hizo el amor con ella más de un millón de veces, aunque era la primera en su habitación y la primera vez que los padres de ella lo espantaban en pleno destello de alborada, y se volvió muy pequeño y lo corrieron de la casa y no volvió con ella a

causa de la estricta prohibición de sus padres porque, según le comentó por teléfono, no perdonaban esa ofensa a la casa y a la familia. Acaso los muy papanatas creyeron que su hija aún seguía virgen. No la volvió a ver jamás y ese fue el motivo fundamental para que Leandro se enrolara en la Marina de Guerra del Perú, y ahora aquí, en este puesto estaba conmigo, mirando el mar y escuchando cómo las olas revientan en nuestros pies y la brisa llega vieja con olor a sangre.

Una luna luminosa y redonda, arriba de nuestras cabezas, nos recuerda la vieja leyenda de la hilandera que acapara las horas nocturnas con su rueca e hilos multicolores, y nos sobrecoge el mito de la Gringa, que a pocos días de estar en la isla nos relataron los OM y era la comidilla entre los grumetes. Mierda, ¿cómo se nos pudo venir a la mente, y al mismo tiempo a los dos, eso de la Gringa? Un escalofrío suave pero punzante, me cundió en todo el cuerpo, y los músculos se me paralizaron; esta era una de las pocas veces en que me acordé de todos los santos que conocía y de los que me hablaron. Cuando volví a observar a Leandro, él era una estatua helada por el estupor, con la mirada inyectada en la mar y el fusil se le había caído al suelo. Quise recurrir a la fe de mis ancestros, a la santería y fe yoruba de mi madre; pero el cerebro se me volvió en blanco únicamente con la imagen vibrante: el de la Gringa; aunque nunca la había visto, como sí afirmaban haberlo hecho otros, yo me encargué de dibujar una que se pareciera a la del mito.

De la noche a la mañana los presos se amotinaron y tomaron el penal. El asunto ya estaba anunciado, pero aun siendo inminente, los Marinos no tuvieron las previsiones del caso y su reacción fue tardía. Los reos sentenciados por terrorismo, y otros tantos sin sentencia, se sublevaron y hubo policías cautivos. Un

helicóptero sobrevoló la isla para tener un mejor diagnóstico de la situación y la noticia del motín circuló en El Callao, Lima y dio la vuelta al mundo como reguero de pólvora, y sí que hubo reguero de pólvora. Aquel día, el Almirante había llegado a la isla a visitar a un colega suyo de la mano de su hija, una hermosa mujer de cabellera rubia, pestañas largas y rizadas, de ojos color de mar y un cuerpo de sirena. Su colega, en una acogedora recepción, le invitó a brindar con el *whisky* inglés de cien años, que le trajeron especialmente para él y no solo una botella, sino toda una caja que vino en uno de los barcos de la Marina Mercante. La hija del Marino, que detestaba el licor, prefirió salir a tomar aire o dar una vuelta por los pabellones y apreciar a los grumetes cabezas rapadas o alguno calato bañándose en la ducha descubierta; pero en compañía de un guardia que el padre eligió para resguardarla, porque es cierto que nunca falta algún depravado que quiere tirarse a la hija del Almirante. Pero la Gringa, hábil como toda una muchacha educada en el Champagnat, le hizo esconder y, mientras el guardia perdía el tiempo buscándola, ella disfrutaba de lo lindo viendo cómo se les caía la baba a todo un contingente de grumetes y, más allá, riendo de los traseros bronceados en las duchas descubiertas. Alguien la sorprendió por detrás y, amenazándola con un puñal en el cuello, la redujo en silencio y se la llevó sin que ni contingente ni calatos la vean. La orden, aunque acabó con el problema, fue genocida y la recibieron los mandos que, sin mayor análisis ni previsión, la ejecutaron. Fue una carnicería. Veintenas de presos murieron y sus cadáveres desparecieron por la tierra y algunos desaparecieron en la mar; pero antes que muriera el último reo, se violaron a la hija del Almirante. La descuartizaron e incineraron sus partes en algún rincón de la isla.

Cuando ya la habían dado por desaparecida, los peritos encontraron en el vertedero de El Frontón, en medio del desmonte, el dedo índice de una mujer de veinticuatro años que pertenecía a la hija del Almirante. Al fin, el ADN ayudó a reconocerla y, buscando arduamente, hallaron otras secciones de su cuerpo pero nunca por completo.

Le propiné un golpe fuerte en el estómago a ver si tal vez volvía en sí e inmediatamente se estrujó de dolor y me mentó la madre.

–¡Qué diablos te pasa! –le dije, no seas huevón toma tu fusil; ahorita viene un terruco y nos mata. Se sorprendió asimismo porque permaneció tanto tiempo inmóvil, ofuscado sabe Dios en qué, y me atreví a preguntarle–: ¿Estabas pensando en el mito igual que yo, verdad?

–Sí y no –respondió.

–Como que sí y que no. Explica.

–Sí, estuve pensando en el mito; pero no en esa leyenda cojuda de la descuartizada.

–¿Entonces? –inquirí.

–Me quedé así como hipnotizado imaginando la belleza de esa gringa. Alucinando con sus piernas suavecitas, sus tetas rosaditas y su carita de piel fina –me dijo y con su mano me rozó la cara– así como la tuya.

–Saca la mano. Puta que estás mal de la cabeza –le dije y le empujé.

–Y qué quieres huevón. No la veo desde que llegué a esta mierda de isla y antes de llegar aquí hace meses que tampoco la veía.

–Tienes que tranquilizarte, que es lo mejor –le dije, y me senté y me quedé medio dormido con el arma al lado.

Leandro, en cambio, se quedó en guardia con los ojos bien abiertos.

Todos los días, durante estos dos meses y medio que estamos confinados en la isla, no he encontrado otro camino que no sea el mismo que te conduce al mar. Por las tardes, clandestinamente con otros de mi contingente, hemos subido a la cima de un gran montículo de tierra que se levanta en el corazón de la isla y la corta para dividir el pueblo de los pescadores de la Base Naval, en donde permanecíamos aún para que cada mañana muy temprano nos despierten violentamente y nos lleven a la zona de ejercicio, que es un manto de tierra que ya se ha estampado en nuestra memoria porque hasta en los sueños delirantes, que en verdad son pesadillas, aparece ese mantón de polvo que nosotros, los grumetes, al trotar, levantamos una verdadera tormenta y que hace que a veces no nos distingamos entre la polvareda. Al bajar del montículo después de correr como locos en la cima, observamos dos celdas empotradas con barrotes de hierro y dentro de cada una de ellas se encontraba un preso. Esas celdas me parecieron terroríficas, pues estar allí era como estar tragado por la tierra; no obstante, viéndote todos y sin que nadie pueda ayudarte, y es que las veces que he visto películas en cuyas escenas se muestran a presos en celdas debajo de la tierra, me ha parecido sumamente cruel. Ese mismo sentimiento me sobrevino ahora que tengo la oportunidad de ver las dos celdas empotradas con barras de hierro en este cerro de tierra y piedras y estos dos presos que deben ser dos grumetes, pero de un contingente que no es el mío, como parte de la tierra, como lo que son y como lo que somos. "La vida es tan pequeña cuando queremos", pensé, y al instante alguien me sorprendió por la espalda con un empellón que me hizo rodar hasta la base; entonces supe que un OM advirtió nuestra presencia en la cima y mis compañeros entraron en

pánico así que, en su desesperación, me empujaron para que el OM no descubriera que esta cabeza rapada era la del grumete Santiago del contingente Alfa. Era legítimamente comprensible el temor de los demás grumetes; semanas atrás nos advirtieron sobre la prohibición de escalar la cima con el cuento ese de la gringa, afirmando que allí se presentaba y era capaz de encantarnos y por consiguiente desaparecernos. De los seis osados que fuimos los que escalamos la cima, solo Leandro Juárez y yo estábamos más que convencidos que el cuento de la gringa no era otra cosa más que una patraña de la Marina para aterrarnos e inhibirnos de acercarnos a ciertos lugares de la isla. Leandro aseguraba que la cuestión de ese hermetismo y el afán desproporcionado de hacer creer esta leyenda pasaba por una cuestión de seguridad; que la Marina tiene algún tipo de armas que mantiene en estricto secreto y no podían echar a perder ese rigor por culpa de unos grumetes casi insignificantes, así que se tuvieron que inventar la leyenda, aun si esta fuera en desmedro de todos los contingentes que andábamos aterrados aunque tuviéramos el fusil y la bayoneta. Los otros cuatro, en cambio, subieron con nosotros por curiosidad y porque iluminaba la luz del día; siendo de noche no hubieran subido ni jalados con soga, pero no se arrepintieron. Desde la cima de ese gran montículo, contemplamos el poblado de los pescadores artesanales, sus casas, sus comercios, sus lanchas en la orilla y otros volviendo de la faena con las redes repletas de pescados y mariscos; además, ningún OM pudo descubrirnos y al final no pasamos sino un gran susto. El Frontón oscureció a las siete de la noche con el último destello del crepúsculo desvaneciéndose en la mar profunda y verde. Vista desde un helicóptero, la isla era una vasta porción de tierra flotando en el agua

salada; iluminada por partes, pero muy bien habitada por gente que era la suma de militares y pescadores conviviendo en un solo espacio; divididos por un cerro que corta la isla finamente.

El grumete Santivañez pertenecía al contingente Foxtrot; como cada vez que le tocaba su turno, se encontraba en su puesto de vigilancia con una goma de mascar en la boca y un aparatito que era una radio en la mano, escuchando música de la que a él le gustaba: salsa cubana. Poco antes de las doce de la noche, su radio se apagó repentinamente y entendió que era a causa de la pila descargada, porque desde que llegó a la isla a ese aparatito no le ha cambiado las pilas, y decide que se va hasta el otro puesto de vigilancia donde por ese día se encontraba un grumete de Alfa al que le decían Leandro y a pesar que el llevarnos bien con los de Foxtrot estaba lejos, él le recibió de buen agrado cuando llegó a preguntarle si le podía prestar o vender las pilas de su radio que Santivañez sabía que tenía, pues lo vio muchas horas antes cuando se desplazaba a su puesto. Como era de esperarse, y como lo mismo hubiera hecho un grumete de Foxtrot, Leandro no le prestó nada y no reparó siquiera en el argumento de Santivañez que era que se le había apagado la radio a mitad de su programa favorito, donde sólo difundían salsa brava y salsa cubana; pero, por el contrario, le mentó la madre y le gritó que vaya a su puesto, que se deje de zonzeras, que aquí había venido a servir a su patria no a escuchar música y mucho menos salsa cubana, porque Leandro prefería la cumbia y los sanjuanitos. Santivañez ignoraba que no había otro ritmo en el mundo que él más odiara que no sea la salsa porque nunca aprendió a bailarla y nunca quiso aprender a bailarla, desde que una vez quedó en ridículo cuando la chica que más le gustaba le pidió que

bailaran y Leandro no quiso, pero al final sí quiso y terminó saliendo a bailar; y entonces, desde el inicio hasta la conclusión de la pieza, sus amigos y mejores amigos se rieron a carcajadas cuando le vieron las manos congeladas y mover los pies torpemente. De seguro Santivañez lo ignoraba, como todos ignoraban, algo de alguien y los seis contingentes eran en realidad unos conocidos desconocidos. De regreso a su puesto, Santivañez tuvo ganas de miccionar y se alejó un poco del camino hacia una loma donde, al llegar, se bajó el cierre y puso al descubierto su miembro flácido y tibio. Mientras miccionaba, miró el cielo y descubrió que era espléndido, azul y estrellado. Cuando volvió la mirada al miembro para regresarlo de donde salió, y antes de subir el cierre de su pantalón, siente un airecillo que le roza la cara como un fresco viento de invierno sin darse cuenta quién estaba a su lado. Recién cuando dio la vuelta para retornar a su pues to de vigilancia vio que era ella, la Gringa en persona, la leyenda. Ahí, enfrente, estaba la mismísima hija del Almirante sobre la cual se habían tejido innumerables historias. Hermosa y deslumbrante, sus hombros se le encogían entre sí bajo una sonrisa breve pero dulce, su piel estaba llena de vida y sus senos como copos de nieve agarrándose a trompadas con su polito ligero. Santivañez quedó zurumbático, se le iluminaron los ojos y, a pesar de todo, no sintió ni un tantito de miedo, más bien resultó impresionado y todo le parecía tan real que su pene dejó de estar flácido, se le erectó y terminó en el exterior. La Gringa lo vio y volvió a sonreír, dio la vuelta con dirección al mar y le llamó. Él tenía toda la intención y ganas de seguirla, pero aunque lo quisiera, sus piernas estaban paralizadas y frías, el pene se le volvió a encoger y volvió al interior de sus pantalones. La Gringa avanzó descalza entre la

arena y su pies iban alcanzando el agua mientras Santivañez se iba acercando a ella por el mismo sendero que transitó y sus pies tocaron el agua; pero tan pronto levantó los brazos para estrecharla contra su pecho, ella desapareció como si el mar se la hubiera tragado o como si no hubiera estado nunca allí, primero en la loma contemplando el pene de Santivañez, luego caminando en descenso hacia la orilla del mar y finalmente desaparecer súbitamente ante los ojos desorbitados del grumete. Todavía en trance, vio que la rubia no se movía de su lado y todo continuó oscuro. Sus músculos inmóviles no le permitían nada y el habla se le había extinguido por obra de magia. Una vez más un airecillo, pero esta vez cargado de arena, le roza la mejilla y siente que el hielo de sus brazos se derrite; solo entonces recurre a su fusil que tiene en la espalda y efectúa un disparo que alertó al grumete que estaba en el puesto más cercano, y este corrió al lugar del tiro con estrategia de precaución. Al cabo de unos minutos, un numeroso grupo de grumetes le rodeaban al hombre que yacía en el suelo con su fusil a lado. Inicialmente todos pensamos que se pegó un tiro, pero no había una sola gota de sangre; empero, la boca se le había cubierto por una espuma blanca de perro rabioso y en el lecho permanecía inconsciente e inmóvil. Dos OM llegaron al lugar avisados por algún grumete, levantaron a Santivañez y lo trasladaron al tópico donde le atendieron por el periodo de un mes y, luego de ciertas auscultaciones, el médico le recomendó un tratamiento específico, pero fuera de la isla, apresurando de esta manera su baja.

–Esta isla está maldita –me dice Leandro Juárez, camino a las duchas bajo el sol tórrido del jueves.

–Cómo que está maldita, hombre, no digas tonterías –le dije.

–Sí, claro que está maldita. Primero hay una masacre de los reos del antiguo penal, luego muere una señorita que es la hija de un Almirante...

–Coincidencias –le interrumpo.

–Coincidencia, ¿no?; déjame que siga. Luego un infeliz suelta un alacrán en el cuerpo de Lanziego; claro que lo botaron, pero el asunto ya está hecho... ¿Y ahora? Ahora Santivañez se vuelve loco por una puta que vio y lo entendió como si fuera la Gringa. ¿Qué más falta qué ocurra?, ¿qué más debemos esperar?, ¿a ver dime, qué más? Esto es una maldición de mierda.

Yo me quedé callado, era mejor así porque tenía razón; ya las coincidencias sobraban, y no eran coincidencias, eran hechos reales que han venido sucediendo y ahora sí estoy seguro que Leandro tiene todita la razón. Esto cada vez me gusta menos. Se está convirtiendo todo en un infierno, no bajo la tierra o bajo el agua, sino sobre ella, como un infierno flotante, algo así.

Algunos días después de la expulsión del grumete Santivañez de la isla, todavía comentábamos el suceso a la hora del rancho, a la hora de los ejercicios y a la hora de dormir, y hasta a la hora de soltarse una flatulencia. A mí se me había metido bien la idea esa de haber estado en el lugar de Santivañez, porque para ese día me tocaba ocupar su lugar y no estuve porque me internaron unos días antes en el tópico, a causa de una hinchazón seguida de un dolor terrible que convertía mis noches en pesadillas, pero unas pesadillas reales porque no pegué el ojo en toda la noche. Yo mismo vi a Santivañez cuando llegó al tópico; el pobre ingresó con los ojos desorbitados y la mente en las nubes. Yo lo observaba pacientemente, con compasión, y me preguntaba en silencio si no era ese el grumete más gracioso del Foxtrot, el que reía hasta por gusto y tenía la cara de niño; el único que fue capaz, de entre los seis contingentes, de lanzarle una pedrada al OM más

abusivo de toda la isla y al que nadie delató aunque nos costó muy caro porque nos castigaron a todos, con ejercicio duro y pesado por dos días consecutivos. Sí, no cabía duda que se trataba del grumete Santivañez, al que habían traído a depositar en esa cama vieja y glacial que producía a todos repugnancia. Pero ahí estaba él, y yo estaba en la otra revolcándome de dolor con el pie hinchado que estaba a punto de reventar. Un día después que le dieron de baja prematuramente de la isla, soñé que había llegado hasta un prado donde me aguardaba él con dos fusiles para practicar tiro, y descargamos las cacerinas sin que ninguno de los dos pudiera dar exactamente en el blanco. Nos sentamos en el césped cuando todavía estaba en la atmósfera el humo de la pólvora; entonces busqué por todos lados a Santivañez que había desaparecido súbitamente y no había rastro de él, y cuando estuve a punto de encauzarme en el camino de regreso, apareció al lado mío una mujer hermosa de cabellera rubia. Me miró en silencio, me tomó de la mano y echamos a caminar por el prado que reverdecía en nuestros pies. El tiro al blanco donde practicamos Santivañez y yo había desaparecido de pronto y no había siquiera un solo casquillo de bala en el gras. La seguí de la mano caminando por la sombra de unos árboles gigantes y frondosos que brotaban en medio del prado; empero, mientras más nos alejábamos y más sentía la tibieza de su mano, advertí que mis pies no se movieron un solo centímetro de donde estaba inicialmente en compañía del grumete. Ahora bien, observé cómo esta mujer cuerpo de sirena iba desapareciendo sin mirar atrás por los árboles, formando una sombra humana que se desvanecía de repente sin los rayos de un sol luminoso. Desperté de sobresalto con la frente chorreando de sudor y la boca

húmeda, era la medianoche recién y no volví a coger sueño el resto de las horas.

–¿Sabes qué día es hoy? –me preguntó Leandro Juárez antes de tomar el desayuno, todavía en los camarotes.

–Pues lunes –le respondí de inmediato.

–¿Solo lunes? –volvió a interrogarme.

–Bueno, a decir verdad no recuerdo la fecha exactamente, recién acabo de despertar, ¿no? Ahorita se despierta mi cerebro por completo; pero aguarda, voy a ayudarlo con el calendario que tengo debajo de la cama –y levanté el colchón para ver la fecha en el calendario, pero Leandro Juárez me detuvo del hombro.

–¿Qué haces bobo?

–Fijarme la fecha –le dije.

–Parece que no te han pasado la voz.

–Pasarme la voz de qué o qué –inquirí.

–Hoy empieza para todos la semana del diablo.

Me golpeé la cabeza, cierto, lo había olvidado. Qué jodido. Ya bastante demonio ha habido aquí como para tener que soportar esta dichosa semana del diablo.

–Pero en fin, no queda de otra que aguantar nomás; ya para el próximo lunes estaremos fuera de esta isla de mierda y con un poco de suerte me reengancharé y concluiré mis últimos años de servicio en la Base Naval del Callao –me dijo.

–Así que piensas seguir en la Marina toda la vida.

–Sí. ¿Y tú? –preguntó.

–No. Yo pienso terminar el servicio y volver a casa a ganarme la vida como comerciante... ¿Por qué quieres seguir en la Marina? –le pregunté.

–Porque no soy bueno para el estudio y tampoco me gusta el comercio; ah, y ni huevón para trabajar de guachimán porque te hacen trabajar doce horas y estás parado todo el rato como un falo para que luego te pa-

guen seiscientos miserables soles, que con el descuento de CTS, seguro, impuestos y otras huevadas más, terminan en tu bolsillo cuatrocientos o cuatrocientas cincuenta soles a lo mucho, y esos tú te lo gastas entre comida, habitación, ropa y alguna eventualidad. Al final solo trabajas para sobrevivir.

–Tienes razón, Leandro, acá tienes más futuro –le dije.

–Sí, lo sé... ¿Crees que soy huevón?, además me puedo dedicar a otros oficios sin dejar de ser marinero.

–¿Y en qué oficios te emplearías? –averigüé.

–No lo sé aún... pero quizá me dedique a la piratería.

–¿A la piratería? –le interrogué asombrado.

–Sí, huevón, a eso. Conozco a un amigo que en los días que no está en la Base se dedica a vender copias de programas pirateados. Es un negocio redondo, me contaba que le iba muy bien, es que él no vende cualquier huevada. Los *software* que tiene son rebuscados y saca buen provecho de eso porque los vende muy caros el cabrón. Para eso hay que ser bien vivos aquí y afuera, no se nos puede ir una, amigo –me dijo con una veracidad que nadie se hubiera atrevido a dudar.

El demonio se encontraba en el claroscuro de la puerta con una campanita. Ayudado por un silbato que llevaba en la boca, despertó a todos los que estaban dormidos; afortunadamente, Leandro y yo nos habíamos despertado hacía un buen rato, alertados por la puta semana del diablo. Todo el contingente Alfa salió disparado como una bala de fusil a la pampa donde cada día, durante estos ochenta y dos, practicamos ejercicios de todo calibre. Eran apenas las tres de la mañana y ya estábamos como locos con los fusiles en las manos, rampando, haciendo canguros y acrobacias

de guerra. Nos hicieron correr el perímetro por más de cien veces durante toda la madrugada y ese día, como ningún otro, tomamos el desayuno junto con el almuerzo y, al cabo de media hora, estábamos de vuelta trotando con los fusiles y otras armas, pasando pruebas por debajo de andamios de madera, escalando barreras artificiales que se levantaban de la tierra y todo lo hacíamos a punta de gritos y, aunque después de algunos años no quisimos admitirlo, sentimos aquella vez que los OM eran los hombres más patriotas de este país, como también a veces sentíamos que eran unos verdaderos hijos de puta. Por la noche, antes de que acabara el lunes, los grumetes de los otros contingentes nos oían gritar en la pampa, rugir, disparar y practicar operaciones tácticas en medio de la nocturnidad.

El martes le tocó el turno a Bravo y el demonio se presentó ese día en el umbral de la puerta de ese contingente con su campanita y silbatos luciferinos, y les cagaron la vida todo el día a los pendejos con ejercicios y otros sometimientos hasta bien entrada la noche; ellos, al igual que nosotros el día anterior, no durmieron casi nada. El miércoles tocó su turno a Charly y fue la misma pendejada; el jueves a Delta, el viernes al contingente Foxtrot y el sábado fue el turno de Ecco; de manera tal que nos jodieron la vida esos seis días en los que apenas pudimos dormir de dos a tres horas a lo mucho, porque la sirena infernal se encendía en cualquier momento y despertaba aun al del ronquido más profundo, y así nadie podía completar su sueño, nadie podía dormir, estaba prohibido dormir y encima de madrugada te esperaba ese desgastante y extenuante ejercicio que hacía juego con tus ojeras acumuladas por las noches en vela, llenas de sobresaltos y más jodidas no pudieron ser. Pero ya ha llegado

el domingo con un sol radiante de mar bravo y la brisa se estrella en la isla y va a rasgar las paredes; tenemos tiempo para bañarnos mejor y conversar entre quienes nos hicimos amigos durante este tiempo, y separamos la mejor ropa entre los harapos que será el traje con el que mañana abandonaremos la isla, y abordaremos el bote a motor que nos llevará a la Base Naval, y permaneceremos allí el mayor tiempo de todo el servicio; y a diferencia de aquí, tendremos la posibilidad de salir y yo iré a visitar a mi madre y saldré a pasear por El Callao o por Lima, pero sobre todo estaré alejado de la leyenda de la gringa, porque no creo que nos persiga a todos hasta allá; empero, de lo que sí estoy absolutamente seguro es que cuando le pregunté a Leandro Juárez por la gringa, él me dirá con su voz de coronel:

–¿Quién es esa tal Gringa?

TUYAJTAJ

"Dime:
¿a qué país me has conducido, en medio de la tétrica noche,
a través de arenosas vertientes?".
Fausto
GOETHE

Para cuando Clemente Bondy tomó la decisión de casarse conmigo yo ni enterada, es más, no lo había conocido hasta entonces. Jamás lo había visto en mi vida. No obstante, al cabo de unos días con sus noches, le estaba dando el sí frente al sacerdote que vino de la provincia a casarnos. La festividad de mi boda no acabó sino hasta el séptimo día de haber comenzado. Durante la celebración nos ataviaron de dinero y regalos que iban desde lo más sencillo hasta lo más extravagante. Por ejemplo, la comadre de mi madre que es mi madrina, nos obsequió un par de zapatos de cuero negro a cada uno, pero olvidó traerlos con pasadores. Una señora que apenas si la vimos una sola vez y fue en la provincia y que la habíamos invitado porque nos cayo simpática y afable, nos regaló dos costales que contenían pantalones, camisas, blusas, vestidos, zapatos, zapatillas, medias y hasta ropa interior femenina y masculina. Alguien nos obsequió una gallina que estaba gorda y hermosa, de plumaje dorado, pero se nos acabó la vida y nunca la vimos poner un solo huevo; empero, un día por la tarde, la vimos picándole el culo

a una de las muchas gallinas que criábamos en el corral y no nos quedó otra que matarla y prepararla en caldo. Durante nuestra boda, aunque fue una maravillosa celebración familiar y social, también nos sobrecogió la congoja y nostalgia en medio de tanta algarabía, por cuanto los padres de Clemente y los míos no estuvieron en el momento más importante de nuestras vidas, debido a que los cuatro habían fallecido en distintas fechas algunos años antes de casarnos. Pero, por esa misma razón, logramos sobreponernos y agarramos coraje para seguir adelante.

Yo no pegué un ojo sino hasta el séptimo día, Clemente tampoco. Estaba prohibido. Todo era un carnaval y, como pocas veces en el pueblo, un matrimonio reunía a tantos, propios y extraños; y la gente amanecía y anochecía en nuestra casa. Mujeres de todas las edades, transformadas en un cinturón de voluntarias, preparaban la comida a diario con los víveres que traían todos como una suerte de olla común y era fraternal; también repartían el aguardiente y otros licores.

La primera vez que Clemente me dijo: "Te quiero", fue cuando estábamos en el lecho; yo desvistiéndome, él contemplándome desde la cama con una estoicidad admirable; y solo después de varios revolcones entre sábanas y cojines, me volvió a decir que me quería e inmediatamente se le crispó la piel y una leve descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y no cesó de reír.

El pueblo de Tuyajtaj estaba asentado en una área total de ochenta hectáreas que incluía los campos de producción donde se cultivaba papa, cebada, alfalfa, cebolla y varios tipos de menestras. Se levantaba en medio de un clima áspero y cruel que cada año cobraba vidas infantiles y a su paso iba dejando mejillas heridas y amoratadas. Todos criábamos algún ovino, au-

quénido, que por las tardes trasquilábamos para luego tejer las prendas que nos abrigarían. Yo había cumplido un mes de embarazo cuando Clemente se golpeó atroz con una roca en la cabeza, en la puna, mientras pastoreaba las ovejas cuidándolas de los coyotes. En realidad eran contados los casos en que algún poblador de Tuyajtaj vio un coyote mientras pastoreaba; pero la noticia había llegado a todos, y a partir de entonces se tuvo mucha más precaución con los animales. Clemente llegó a casa con el chorrillo de sangre que le bajaba por la cara pero con el rebaño completo por delante y se desvaneció a mis pies, en la puerta de la casa, que era una de estructura de adobe con mezcla de cáscara de cebada y el techo también de barro con *palameques* de madera. Le puse una cura de yerbas que molí previamente con un chungo en el batán y le vendé la parte afectada de la cabeza. En la noche no acababa de quejarse por el dolor intenso y empezó a delirar y temblar con un sudor que le brotaba en todo el cuerpo. Yo la pasé en vela hasta bien entrada la madrugada, en compañía de la luz tenue del mechero a kerosene y en medio del humo que el excremento de vaca ardiendo despedía para ahuyentar los zancudos. Al fin me quedé dormida, sosteniendo entre mis brazos a Clemente que ya había dejado de temblar y sudar para entregarse a un sueño profundo. Tras despertar me asusté al no ver a Clemente en mis brazos, pero el ruido en el patio trasero, de un hacha cortando leña, me condujo hasta allá y descubrí a Clemente, todavía con las vendas en la cabeza, cortando recios troncos de árbol para la leña de la semana; y es que en Tuyajtaj todos cocinábamos con leña; nosotros, por ejemplo, en el fogón ancho que atravesábamos con barras de fierro a modo de parrilla y la calefacción corría a cuenta del calor y humo que los excrementos de vaca ardiendo expelían,

cuyos excrementos recogíamos del único establo de vacunos que había en Tuyajtaj. Mi casa era rudimentaria y nuestra pobreza evidente. Las demás casas y las gentes no distaban mucho de nuestra realidad. Le grité que parara de cortar leña, que se viniera de nuevo adentro, que tirara esa hacha inmediatamente, que mi hijo no podía quedarse sin padre, que estaba loco y que entre de una buena vez. Pero él no me hizo caso y con algunas excusas que ni entendí, siguió cortando en trozos largos y pequeños la leña que después, bajo el aguacero, se apuró en cargar para la cocina. Al cabo de unos días le retiré las vendas definitivamente y regresó al campo. Ya faltaba poco para cosechar la papa y segar la cebada; de modo que con la ayuda de otras personas empezó la faena. Estoy en el borde del noveno mes de embarazo y siento cada vez más cerca el día del alumbramiento; no obstante, tengo que esperar a que Clemente vuelva de vender la cebada en la provincia, a donde fue hace algunos días, pero se tarda demasiado, yo pensé que sería rápida la cosa; sin embargo, debo comprender y saber esperar aunque los dolores vienen hasta catorce veces por día y hacen que sienta que muero. Pero yo aguanto y muerdo las sábanas o algún trapo con violencia cuando mi rostro se arruga de dolor; aún así, me mantengo incólume, aguardando a mi marido que tarda una barbaridad de días y parece que nunca más volverá. Debo atenderme sola; por tanto, preparar la comida aunque a veces no tengo apetito; estar pendiente del rebaño que tengo cercado afuera de la casa y que imagino terminará muriendo de hambre, porque no hay nadie que lleve las ovejas a pastar, ya que yo no puedo porque solo tengo fuerzas para estar en la cama, casi moribunda. Desafortunadamente, cuando Clemente se fue con la cebada, no sentía aún estos dolores fuertes e incesantes; por el

contrario, apenas en todo mi embarazo sentí contadas pataditas y uno que otro calambre en la pancita; por eso, confiada en que este sería un embarazo sin ninguna complicación y sobresaltos, le dije a Clemente que si me llevaba de una vez a la provincia, no le hubiera servido más que para estorbo, que mejor lo esperaba en casa y para cuando él volviera, ya sería momento de ir juntos, sin la preocupación de la cebada, a la posta médica. Empero, la posta estaba a un día de camino. En Tuyajtaj no hay luz eléctrica, agua ni desagüe. Cada casa tiene una noria en el patio anterior y una letrina más al fondo, en donde la tusa suple al papel higiénico, muchas veces. En cambio, las noches se iluminan cuando una luna llena brilla en todo su esplendor con su imagen indeleble de una anciana hilando en la rueca. Las mujeres del pueblo que quedan embarazadas igual que yo, tienen que esperar a sus maridos y contar con su anuencia para ser trasladadas a la posta médica, no así de otro modo. Allí parirán, y cada una de estas mujeres pueden llegar a parir entre seis y diez hijos, por eso es que en Tuyajtaj eran muy comunes las rondas de niños por las mañanas y las noches, siendo ellos mismos a temprana edad, magníficos pastores. Precisamente yo era una de esas niñas pastoras que jugaba con otros niños algunas noches de luna llena y aún mientras pastoreábamos en las colinas del cerro, nos las ingeniábamos para los juegos, pero sin perder el ojo en nuestras ovejas; que debíamos cuidarlas al milímetro de los coyotes, eso sí. Fue por esas colinas, cuando niña, que conocí a Clemente Bondy. Él era uno de los muchos niños que como yo, se quedaban al cuidado de los corderos, mientras que nuestros padres continuaban con la faena diaria en la chacra. Se me acercó y me había dicho algo que ahora no recuerdo pero fue muy gracioso, de lo

gracioso que fue me acuerdo nítidamente. A partir de ahí, Clemente, ni bien me veía llegar, dejaba atado su rebaño o lo encerraba a la intemperie cercándole con piedras; y luego venía hasta donde yo estaba. Así empezó una tierna amistad que poco a poco fue robusteciéndose al punto que llegaba a confiar demasiado en él y creo que él también en mí. No obstante, con el tiempo desapareció y por un buen período no supe nada de él, ni en la colina, ni abajo en el pueblo. Pero cuando creí que ya nunca lo volvería a ver, apareció de pronto con su rebaño en la colina, cuando a esa hora ya me disponía a regresar con mis ovejas. Me asombré al verle por primera vez con el cabello bien corto y peinado. Enmudecí, se acercó a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

–Hola –me dijo.

–Hola –le contesté, sobrecogida.

–Creo qué te asusté.

–No –le respondí inmediatamente.

–Qué bueno... ¿Y cómo has estado?... ¿Me extrañaste? –indagó.

–Claro –reí–. Ni me dijiste nada y desapareciste.

–Discúlpame. Debí decirte que me iba a la provincia por unos meses.

–Ah, estuviste allá –no le quise decir que no era necesario haberme avisado si viajaba. Al fin y al cabo sólo éramos amigos.

–Sí –respondió, y no dejaba de mirarme fijamente.

–Me han dicho que es muy bonita, que tiene una plaza grande, hay mucha gente y tienen luz.

–Bueno; sí hay regular gente y sí tienen luz, y que es bonita la provincia también es cierto; pero la plaza no es grande ni mediana siquiera, más bien es pequeña; bonita, eso sí, pero pequeña –sentenció.

¿Y por qué regresaste?

–Por ti, zonza. Por qué más ha de ser.

Se acercó a mi lado raudamente y me levantó la falda. Me vio hasta el espíritu. Le propiné una soberbia cachetada que le dejé roja la mejilla y le di un jalón de cabello con varias zamaqueadas que lo tumbé al suelo. Tomé la vara con la que pastoreaba mi rebaño y le di de palazos que el pobre se lamentaba y no tuvo de otra que huir de prisa, olvidando sus ovejas que dejó a expensas de los coyotes. "Nunca más quiero verte", le grité varias veces, mientras corría despavorido, pero en un acto de compasión le arrié sus ovejas hasta la puerta de su casa. Jamás lo volví a ver en mi vida, porque jamás lo quise volver a ver.

Durante el tiempo que fuimos amigos, me dio la funesta noticia de que su madre había muerto por la negligencia de su familia al no llevarle a tiempo a la posta médica para que diera a luz. Él era el sexto de diez hermanos que se quedaron huérfanos de madre y en orfandad de padre; porque el viejo se sumergió en el alcohol y perdió, a partir de allí, toda noción de responsabilidad que al cabo de algún tiempo le pasó la factura y murió de una terrible enfermedad al hígado. Al padre lo enterraron en la provincia, en donde también nació.

No era muy disímil la situación que atravesaba una parturienta de Tuyajtaj a otra de un pueblo cercano. La gente que se enfermaba, debía esperar a enfermarse crónicamente o volverse completamente inútil para poder ser trasladado a la posta de la provincia, que estaba a un día del pueblo en bestia y que era la más cercana en decenas de kilómetros. Mi madre también había muerto a causa de no poder parir a tiempo y en las condiciones necesarias; porque al cabo de unos minutos de haber llegado a la posta dejó de existir y le tuvieron que extraer el bebé de su cadáver para que por lo menos sobreviviera este.

Y aunque para las mujeres casadas de Tuyajtaj era una pesadilla el hecho de salir embarazadas, no dejaban de hacerlo, por una situación razonable de la vida, y parían; y unas vivían y otras morían. Encima los maridos ejercían una fuerte presión sobre ellas dando origen a una dependencia inaudita y cotidiana a la vez. De los siete hermanos que tuve, cuatro fuimos mujeres. Todas crecimos con la pesadilla del embarazo y andábamos con terror; lo que en otros lugares les hubiera llenado de ilusión y de alegría. Pero la fuerza de la naturaleza les ganó a mis tres hermanas que terminaron casándose y teniendo hijos y ahora yo, embarazada, a punto de dar a luz; esperando a mi marido que llegue pronto para llevarme a hacer parir en la posta de la provincia. Para todas las mujeres del pueblo era una mezcla de alegría y pánico quedar embarazas. Era la distracción de cada noche, el juego preferido de los maridos. Desde el crepúsculo hasta la madrugada yerta dándose de revolcones en la cama, sin ninguna otra distracción que no sea hacer que nuestros cuerpos se friccionen entre sí; y era que se formaba una ristra de eslabones que hacía que demos a luz de manera indiscriminada, en medio de la miseria y el olvido.

Cuando mi madre quedó encinta de mi último hermano, ya el obstetra le había advertido muy seriamente que de volver a salir en estado sería un riesgo para ella y el bebé; pero como la distracción predilecta y universal de Tuyajtaj era hacer hijos, mi madre no era exenta a ello; pero contra lo que se pronosticaba, toda la gestación fue sin complicaciones y se dijo que sería un parto tranquilo, sin corroborarlo, lógicamente, con una tarjeta de control de embarazo. El bebé iba a nacer en casa, pero como no quería salir del vientre de mi madre que clamaba a todos sus santos por el dolor, no tuvieron otra alternativa que trasladarla a la pos-

ta médica, pero todo fue inútil. Mi hermano se crió al cuidado de nosotros y tuvimos que pasar horrores tras la muerte de mi madre. Por aquellos días, llegó a nosotros la noticia de que también habían muerto otras tres mujeres dando a luz; y tuvimos tres velorios por la misma causa y el pueblo se tornó en llanto y de luto que ya nadie quería volver a parir. Todas las noches las mujeres se defendían con uñas y dientes y palos de los maridos, que una vez en la cama querían poseerlas; y todas salían bien libradas porque el marido no cumplía su cometido; en cambio, para las mujeres era una revolución a pesar que una no sabía lo que hacía la otra. Y por algunos años no hubo un solo parto en Tuyajtaj. Hubo un pánico colectivo que ninguna esposa pudo superar sino después de algunos años; cuando llegó el sacerdote de una orden religiosa alertado por las varias denuncias a los maridos que habían dado muerte a las esposas, tras la negativa contundente por parte de ellas de tener relaciones sexuales. Pero con la visita del sacerdote las cosas empezaron a cambiar paulatinamente. Las esposas ya les consentían a los maridos un besito en la oreja, un besito en la boca, más abajo y al cabo de unos meses las mujeres comenzaron a quedar embarazadas, a pocos días de haberse marchado el cura.

Cuando Clemente regresó, me vio tendida en la cama como una frazada de lana más, a oscuras y mordiendo un trapo sucio para acallar el dolor. Las horas del día también hoy le habían ganado y llegó sólo cuando el pueblo estaba amparado de una típica oscuridad. Me dio un gran susto cuando abrió la puerta de golpe y también de golpe dejó caer a tierra un costal. Vino de prisa a la cama y me miró de cerca sin comprender mucho. Íbamos a ser por primera vez padres y mutuamente entendíamos poco del asunto. Nos acomodamos en la cama, abrigaditos y en silen-

cio, esperando que las horas del día vuelvan pronto, porque a esta hora era imposible salir del pueblo hacia la posta que atendía, a lo mucho hasta las cinco de la tarde. Clemente se quedó dormido antes que yo, en mi regazo, con un sueño tibio y silencioso semejante al de un niño; en cambio, yo tenía los ojos fijos e inyectados en el tejado de la casa y me abstraje en fecundos pensamientos: mi madre no solía lavar la ropa cerca de la noria como lo hacían muchas mujeres en Tuyajtaj. Ella prefería la quebrada de agua mansa y cristalina. Yo la acompañaba cuando no tenía que ir con el rebaño y ella conversaba conmigo sin dejar un solo instante de lavar la ropa. "Yo nací en Tuyajtaj y, desde que tengo uso de razón, hasta hoy, doy cuenta que mucho no ha cambiado el pueblo –me dijo– han aumentado las viviendas y las personas, eso sí; pero pareciera que la vida se ha detenido aquí; no podemos deshacernos de lo monótono y el olvido es el pan nuestro de cada día; acaso Tuyajtaj es el pueblo más oscuro y primitivo del mundo", reflexionaba, yo la oía con una concentración rigurosa y considero que tenía toda la razón. El pueblo volvía a la vida a partir de las cuatro de la mañana; cuando uno tras otro iban despertando los habitantes y alistándose para ir al campo o a la puna con las cabras y corderos que arreábamos con una vara para que no se nos descarríen. A las doce se almorzaba, a las cuatro o cinco de la tarde íbamos regresando a casa y a las seis todos estábamos dentro o en el patio trasero, sentados en el poyo; viendo aparecer una tras otra las estrellas y luceros que van a convertir un cielo constelado y azul, que parecía mentira verle besar los gigantes cerros en denudación, dibujando un paisaje increíble cada noche.

Mi madre no solo tenía palabras lúgubres cuando hablaba de la vida. Era también una mujer graciosa, graciosísima diría yo; se divertía poniendo apela-

tivos secretamente a algunos conocidos nuestros; como el apelativo "Nariz de Loro" a Fermín, que era el panteonero. O "Trompa de Burro" a Julia, que era la mujer del único carpintero que había en Tuyajtaj. Creo que a veces mi madre era cruel para identificar a las personas con esos apelativos lacerantes pero, a la vez, no era sino la forma más divertida de aplacar el aburrimiento que nos causaban ciertos rostros del pueblo; y aunque esa manera de tildar a las personas era grosera y hasta injusta, solo se sabía en casa, cuando mamá solía ordenarnos algún asunto y en eso estaba comprendida una de estas dos personas. Creo que le resultaba tedioso llamarles por su nombre y apellido, sobre todo cuando existen en el pueblo catorce Fermines y dieciocho Julias, siendo menos complicado decir: "Avísale a la *Trompa de Burro* que sus borregos están acabando nuestra chacra"; antes que decir: "Avísale a doña Julia Uchurinayeñenes que los borregos están acabando con nuestra chacra". De igual modo, era menos tedioso decir: "El *Nariz de Loro* casi mata a su ahijado cuando le pidió que se meta a una de las bóvedas para retirar el cadáver, de cuyos familiares no se sabe nada y en cumplimiento de una orden regional de 'limpiar' los cementerios de cadáveres que no tengan familiares que los reclamen. Al muchacho tuvo que bañarlo con varias botellas de aguardiente; y no durmió toda la noche porque se la pasó en vela con la imagen estampada en su mente del esqueleto amarillento, de estatura mediana, que retiró a duras penas con la poca ayuda del *Nariz de Loro*, que era un anciano lerdo, que más se parecía a un espantapájaros. "¿Ves qué es más simple llamarle así?", me preguntaba, "antes de tener que decir todo eso, antecediendo don Fermín Supracimprantí". Mi madre tenía razón. De verdad nos divertíamos con los apelativos que únicamente sabíamos nosotros. Aunque con

el transcurrir del tiempo ninguno pudo guardarlo en secreto y terminamos por divulgarlos entre los amigos que se divertían pronunciándolos igual que nosotros. Al cabo de muy poco tiempo en Tuyajtaj se hizo frecuente decir *Nariz de Loro* en vez de Fermín Supracimprantí o *Trompa de Burro* antes que Julia Uchurinayeñenes; y descubrí que nosotros no éramos capaces de dejar de tildar con apelativos extravagantes a algún personaje del pueblo que queríamos u odiábamos o las dos cosas a la vez.

Dejamos atrás los jacintos abiertos. Clemente me llevó, bajo la mañana gélida, a la provincia donde me esperaba la posta médica en la que me atenderían el parto. Todavía estoy en la sala de espera, aguardando mi turno. Antes de mí, hay como cuarenta mujeres que vinieron de todas partes y están, al igual que yo, a punto de dar a luz. Pero en la posta atienden solo un médico, una obstetriz y una enfermera; ah, y dos sujetos que no sirven para nada, que se encargan de llenar las historias clínicas de mala gana y hacen las veces de lamesuelas de los profesionales. Mientras aguardaba mi turno, sentada en una fría banca de madera y metal, observaba cada media hora ingresar una nueva parturienta y luego del parto la acomodaban en algún lugar de la posta haciendo malabares para poder atender a todas. Era como si todas las mujeres embarazadas que yacíamos ahí, nos hubiéramos puesto de acuerdo para llegar a parir el mismo día. Empero, una pregunta me sobrevino repentinamente, ¿qué será de las mujeres que no lograron llegar? Los maridos no llegaron a tiempo y ahora pujan en la casa, atendidas por una partera en Tuyajtaj o en otro pueblito que también vive en tinieblas. El gemido quejumbroso y maternal de una mujer alumbrando, llega con un soplido de vida hasta la banca, pero antes recorre las paredes del hospital atravesando puertas y cristales. Mi turno ha llegado e inmediatamen-

te después de oír mi nombre y apellido en el llamado de la enfermera, me aproximo lentamente apoyada en mi marido, que me acompaña hasta buen trecho para luego dejarme en las manos de la obstetriz quien me hace ingresar a la sala de parto sujetándome del brazo. Me pide que me quite toda la ropa; luego me alcanza una bata de color celeste y me hace acostar sobre una cama de colchón de esponja y sábanas blancas. Me inyecta la anestesia para después indicarme que tengo que abrir más las piernas porque, por ser primeriza, me tiene que hacer una incisión en la parte superior de la vagina y yo le obedezco en silencio, pero temblando, con los ojos viendo el cielorraso y mi cuerpo inmóvil con una rigidez absoluta que parecía un muerto. Me dice que debo relajarme; pero yo sigo igual, no tengo control sobre mi cuerpo, creo que esta vez los nervios me fallaron más de lo debido. Solo cuando la obstetriz hundió por última vez el bisturí, sentí un leve ardor; no obstante, permanecí incólume, con las piernas bien abiertas, permitiendo que la obstetriz haga su trabajo. Me dijo que era mejor que me irguiera un poco y yo obedecí, y más pronto de lo previsto, el medicamento para la dilatación hizo efecto. Me indicó luego que no dejara de pujar. Yo mordí un trapo y mis lágrimas cayeron a raudales. Pujaba más veces que las que respiraba, pero el bebé no salía o no podía salir. La obstetriz sudaba tanto, igual o más que yo; pero la criatura se aferraba a la placenta en mi interior y nada. Estaba puje que puje cerca de dos horas, y el bebé seguía sin ver la luz como si yo empezara recién a gestar. Este parto no es nada fácil, nada como me lo imaginaba. Entonces la obstetriz me dijo que debíamos darnos prisa o el bebé moriría o nacería con problemas; así que luego de solo unas exhalaciones reblandecientes volví a morder el trapo, poner mis manos en las agarraderas y a pujar con todo el ahínco posible.

Solo cuando sentí húmedo el vientre, ardor y punzadas, desperté tan violentamente que casi me caigo de la cama sino hubiera sido por Clemente que, unos minutos antes, había despertado y me contemplaba con ternura y, ni por un instante, se había movido del sitio en el que quedó dormido; pero también ni por un instante advirtió que mi vientre humedeció gran parte de las sábanas con sangre. Al abrir los ojos noté piedad y amor en su mirada, una mezcla de ternura de hermanos. No quiso despertarme porque me vio dormir tan a gusto, e ignoró que algo anormal pasaba con mi embarazo que me había provocado una hemorragia. Una vez consciente, lo primero que hice fue llevar mi mano al vientre creyendo que me había orinado, pero no. Y contrariamente a lo que esperó Clemente –según me contó después–, tomé lo que ocurría con calma y serenidad que yo misma no hubiera podido imaginar. Dispuesta a ponerme en pie para hacer algo que resuelva el problema, no contaba con que Clemente hubiera desaparecido súbitamente, y cuando miré a la puerta, el hombre la dejaba abierta y desaparecía de prisa por el camino. Todavía sigue siendo un sueño que jamás cumpliré, ese de estar en la cama de un hospital, siendo atendida por una obstetriz el día de mi parto. Un sueño azul que se desvanece raudamente cuando recuerdo que me ligué las trompas después de dar a luz y, por consiguiente, no volví a tener un hijo más; porque a partir de esa experiencia, me sobrevino el terror de quedar embarazada y supe, al cabo de poco tiempo, que la única manera de no volver a sentir ese pánico inenarrable, pasaba únicamente por hacerme una ligadura de trompas y me la hice, aunque tuve que lidiar con la tozudez de Clemente, que después de prolongadas abstracciones y reflexiones, o en un ins-

tante de profunda piedad, aceptó resignadamente mi determinación. A partir de entonces y sin que él ni yo lo propaláramos, en Tuyajtaj ya todos sabían que yo me había hecho la ligadura y fui también, a partir de ese momento, la primera mujer en toda la historia del pueblo que lo hacía; solo que nadie imaginó siquiera, lejanamente, que el acontecimiento cobraría un arraigo vigoroso en la comunidad femenina, asentándose afiebradamente la moda esta de ligarse las trompas. No obstante, hubo excesos; por ejemplo, algunas muchachas que ya estaban prometidas para casarse y antes de darles el sí a sus futuros maridos, ya se habían sometido a una ligadura de trompas de Falopio, para evitar –según lo afirmaban– vivir el pánico de quedar embarazadas y morir por eso, en las manos de una partera atendiéndote en casa o a mitad del camino rumbo a la posta médica.

La partera llegó ataviada de telas blancas, un baldecito de plástico, varias hierbas de distintas familias y la cabeza envuelta con un trapo también blanco. Clemente la trajo casi obligándole a suspender sus tareas diarias en casa –supuse–, pero no. Había ido hasta donde quedaba su chacra y no le permitió continuar cegando la cebada porque le detuvo las manos con las suyas y, acaso rogándole, le pidió que venga a nuestra casa porque su mujer se muere y tenía que ayudarla a hacer parir.

Para cuando la tuve enfrente, yo estaba sentada en el borde de la cama, observando a todas partes, aterrada, todavía con la ropa de dormir. Clemente irrumpió mi abstracción con unas palmadas en las mejillas; solo entonces un hilillo de baba tibia discurrió por mi cuello. La partera preparó en una de mis ollas, a fogón abierto, una gavilla de esas yerbas que trajo; y al cabo de veinte minutos me las dio a beber. No pasó ni un cuarto de hora y al fin volví en sí, mis

ojos tuvieron brillo otra vez; en cambio, mi boca parecía un desierto, por lo que le pedí agua a Clemente y no le devolví la jarra de un litro sino hasta después de haber sorbido hasta la última gota.

Se me erizaron los pelos y se me puso piel de gallina todo el cuerpo, cuando oí decir, de la boca de la partera: tiene que ser por cesárea. La primera vez que oí esa palabra era todavía una niña; fue cuando tuve que asistir, acompañando a mi madre, a un velorio en una casa cerca de la quebrada. Mi madre era pariente lejana de la muchacha que hacía solo unas horas había dejado de existir. Su marido no tuvo ni tiempo ni plata para trasladarla a la posta médica, esta vez en la capital de la región; de modo tal que cuando los dolores fueron intensos y el alumbramiento inminente, el marido mandó llamar a la partera del pueblo, que por aquel entonces era una anciana a la que se le recuerda hasta hoy como a quien jamás se le borraba la sonrisa del rostro y por su no poca miopía. Pero de esto último eran solo sus parientes muy cercanos los que conocían y no se sospechó nunca por la indiscreción de estos, ya que supieron mantener en reserva la anomalía en los ojos de la vieja; de otro modo, la hubieran matado de hambre porque no hubiera tenido un solo paciente, siendo este su único oficio: hacer parir. Efectuó con la navaja una incisión en el abdomen y en la pared del útero luego de anestesiarla, pero le falló el cálculo y la cisura fue más adentro, comprometiendo parte de la cabeza del bebé, ocasionándole rápidamente, una hemorragia que le inundó el organismo y el bajo vientre. Este suceso me aterró hoy más que nunca, cuando sé que a mí me van a practicar una o el intento de una cesárea; porque uno nunca sabe cómo terminará luego que alguien tiene la 'cordialidad' de cincelarte la panza. El recuerdo de la mujer muerta por cesárea me sobrevino

inesperadamente y ver a esta que ha traído mi marido, es avizorar a través de ella la miopía infernal que era el padecimiento de la longeva partera. Pero me sobrepuse asombrosamente; en cambio, comencé a gritar que "!No!", que no quería una cesárea, que aún podía hacerme un corte en la parte superior de la vagina, que mi vida no podía acabar así y aquí; que yo, finalmente, no quise salir embarazada y que si la mujer murió por practicársele una cesárea en las manos de una partera anciana y miope, no había derecho a que yo corriera la misma suerte, aunque mi verduga fuera treinta años menor que ella y esté irascible porque mi marido la inhibió de su jornada diaria de siega. Me retorcí hasta por gusto entre las sábanas manchadas con sangre y seguí dando de alaridos que llegaban hasta la quebrada y las ovejas se espantaron y ño cejó el balido profundo. Las yerbas hervidas que me dio a beber la partera me provocaron un efecto adormecedor en todo el cuerpo y, tras el primer bostezo, me quedé dormida profundamente; pero dormida, adormecida, con los ojos bien abiertos.

Con las uñas clavadas en el colchón de paja, veo a Clemente obedecer a la partera en todo lo que le indica: desde sujetarme por la espalda, acomodarme la cabeza y el cuello sobre unas frazadas gruesícimas, hasta ir y venir con el baldecito según sea necesario. La mujer hizo la incisión mientras yo, lipotímica, descargaba los últimos alaridos ya lejanos que nadie oía, que ya no llegaban hasta la quebrada de agua mansa, ni las ovejas balaban; convulsioné en la cama pero las sábanas seguían intactas; grité que ¡no!, que no me practiquen la cesárea; pero nadie me hizo caso, nadie volvió a oírme. Entonces unas lágrimas tibias repentinamente surgieron; yo, todavía con los ojos abiertos, observo atónita cuando el bebé más hermoso del mundo emerge de mí

entre un lloriqueo suave que apenas oí a lo lejos. Al volver en sí, después de aquel hipnotismo novelesco, me doy cuenta que nunca estuve despierta y nunca dormida, tampoco adormecida, únicamente desmayada; y ahora que estoy más consciente que nunca, puedo sentirme madre de verdad porque, entre lágrimas y una sonrisa temblorosa, cargo entre mis brazos a mi hijo; pero el que será a la vez el único que tendré, porque era un verdadero milagro que lo esté viendo con vida, lleno de vida. Durmiendo como querubín después de la primera lactancia y después de las primeras caricias de su padre. Yo tuve suerte de seguir con vida después del asunto ese tan riesgoso de parir; porque en Tuyajtaj, sin duda alguna, es una proeza dar a luz. De los cien embarazos que pueden haber al año, solo diez son fructíferos si se esmeran realmente en que lo sean; aún así, las mujeres siguen pariendo por un instinto natural, inevitablemente. Porque cada día a partir de las seis de la tarde, se acuestan en las camas los esposos, a distraerse, a seguir trabajando en eso.

LA MAESTRA DE INGLÉS

La juventud sonríe sin razón alguna.
Se trata de uno de sus encantos
THOMAS GRAY

Presentí que iba a ser un gran día y Leonardo Fonseca lo supo también, pero no quiso admitirlo. Me propuso subir y no dudé en aceptar. Desde aquí oíamos las palabras obscenas de Alberto Muñoz, y de tanto marañón que le caía en la cabeza ya estaba mojado por el jugo de una garúa dulce y gualda. Patty y Melina se reían y cada vez que alzaban la mirada nos ocultábamos.

–Dejen de joder –seguía Alberto Muñoz.

Los alumnos de la Maestra estaban listos para entrar a la cancha. Estaba a punto de comenzar el partido de vóley cuyos resultados serían cruciales para el segundo A y B. Estuvo todo el día haciendo de entrenadora, delegada, árbitro y hasta fungió de porrista; ahora este encuentro tan importante en este campeonato la tiene muy concentrada, pero preferíamos verle la minifalda.

–Es una mujer atractiva y delicadita –ha dicho Leonardo Fonseca, frotándose los labios con la yema de sus dedos.

El partido comenzó a las cinco. Momentáneamente dejamos de arrojarle cashos a Alberto; en reali-

dad se nos habían agotado. El cemento ardía como el mismísimo sol. La bullaranga escolar se escucha hasta las afueras; la profesora está muy emocionada porque su equipo va ganando por un set. Le comunicaron que el equipo de básquetbol está incompleto y que, si no arreglaba eso, el salón de la que ella era tutora perdería por *walk-over*. Así que tomó la determinación de reunir a los que estaban y fue a buscar al resto, porque en el siguiente encuentro jugarían la final del campeonato y, por las ganas de la *Teacher*, era imposible perder. Derramaba a todo su equipo energía. La Maestra de inglés ha llevado al colegio una mochila de vivos colores y reíamos de eso, de cualquier cosa solíamos reír. Reunió pronto el equipo y aguardaba atenta el resultado final del encuentro de vóley.

De veras que Melina y Patty no estaban nada mal. Patty me gustó desde la primaria. Se metió en mi cabeza desde aquella vez que la vi en bikini cuando mi padre y mi madre fueron a su casa-huerta a comprar guabas y naranjas que les vendía el padre de Patty y yo siempre iba con mis papás; pero no iba porque era un chico hacendoso y quería ganarme los elogios de mi padre, no, era porque no existía otra razón en el mundo que me moviera hacia allá que no sea ir a ver a Patty que en realidad se llamaba Patricia; pero todos con confianza le llamábamos Patty, apócope natural de su nombre, y aunque cuando digo "todos" no me incluyo, yo también me he tomado la libertad de decirle, acortándolo todo: Patty. Ver su cuerpecito endeble que se quiebra con el viento de la tarde y se enrosca como un alfeñique en la tina gigante de plástico que ella llenaba de agua y entraba en ella con su bikini amarillo que yo hubiera desecho a mordiscos; no obstante, Patty nunca me hizo caso, no sé porque. Era alta, delgada y linda. Patty, Patty. Ganó el segundo A.

–Carajo, qué buen triunfo –oímos decir.

Melina se alegró mientras estiraba su pantaloneta como elástico y se fue junto con Patty. Alberto Muñoz les habría dicho que no tardaran. El pito volvió a sonar dando inicio al encuentro del tercero B y C, en la misma disciplina. Pero la Maestra sabía que el turno siguiente era para las secciones del segundo A y B; entonces supuso que no llegaría si baja hasta el primer piso. Le costaría demasiado tiempo. Empero, el sudor, cansancio y el calor colosal de las dos de la tarde la tenían agobiada, y previendo las circunstancias, trajo en la mochila sus enseres de limpieza y ropa limpia; pero, antes de ingresar a las duchas, dejó bajo rigurosas indicaciones entrenando a su equipo; y vino hacia aquí.

–Agáchate mierda –le dije a Leonardo Fonseca.

Nos tiramos al Concreto. La profesora no nos vio e ingresó a los servicios, exhausta.

–Rampa hasta el nivel –me pidió.

–No –le contesté firme.

–Rápido –insistió.

–¿Quieres que no expulsen? –le interrogué, frunciendo el ceño.

–Maricón de mierda, si te quedas eres una mamacita –me había desafiado y fui con él.

Por el tragaluz pudimos ver a la Maestra en una de las duchas. Se veía claramente porque todas tenían la misma altura, y se instaló en la última porque las demás estaban averiadas.

–Parece que me vio –le dije y encogí el cuello.

–A ver –se asomó.

La Maestra jabonaba su cuerpo desnudo por completo. La belleza de su piel íntima no pudo dibujar mejor figura que, aunque no alta, era digna de apreciar y admirar.

–¿Tiene bastantes vellos? –le pregunté.

Él volvió a mí.

–Si huevón, pero no hagas bulla.

Volví a inclinar el cuello en el preciso momento que estuvo enjuagándose suavemente ciertas cavidades de su cuerpo. Se agachó para frotar los dedos de sus pies con minuciosidad, que más que eso parecía hacerles cosquillas o besaba con el tacto, la forma peculiar y tersura que sin duda tenían. Imaginé entonces que sus zapatos son castillos de marfil con paredes de cristal, que no había mejores pies en el mundo que esos que estaba viendo, apenas, pero con placer. Sus uñas tienen esmalte transparente y aumentan su belleza. Sospeché entonces que surgiría esta idea: hacer realidad el deseo de tenerla conmigo. Poder lamer esos piececitos; primero los dedos, luego las plantas y terminar en los talones e inmediatamente hacer un recorrido lento por toda su geografía; pero me sobrevino el recuerdo de un sueño que tuve con una mujer a la que le decía. "Déjame lamer tus pies" pero luego me pregunté consciente ¿por qué los pies?, raro capricho que no sabía explicar; solo existían las ganas incontenibles de hacerlo, de pronto sería excitante. Experiencia anómala de la realidad completa de un sueño congelado que estaba rompiéndose con cada gota de agua que cae de la ducha y va a empozarse, por decirlo así, en los pies de la Maestra, que calata se ve todavía más bella.

En el intento de tomar la toalla pequeña, que colgó tras la puerta, miró hacia arriba sin preverlo, a lo mejor imantada por nuestras sombras o nuestros espectros, y ahí estábamos nosotros con los órganos erectos y la boca llena de saliva. Se avergonzó horrores y dio un alarido de espanto cubriéndose rápidamente los senos.

–Conchesumadre –exclamó Leonardo Fonseca y echamos a correr desesperadamente cada uno como pudo.

Luego de veinte minutos nos encontramos en la plazuela del cole y nos miramos mutuamente en el silencio de un instante. Respiramos y exhalamos toscamente por el miedo implícito y la desconfianza.

–Nos reconoció –dijo Leonardo Fonseca.

–Creo qué sí.

–Y ahora qué hacemos; seguro que nos expulsan.

–Chucha, mi vieja me mata –agregué al desánimo.

–Aún así, promete que no te irás de lengua, que lo vas a negar siempre en todos los idiomas; sobre todo si te interrogan en inglés –se burló.

–Por mí pierde cuidado, lo que temo es que te vayas con el chisme –le advertí.

–Yo no diré nada –prometió.

Vi que el rostro se le volvió trémulo, capaz de no resistir la presión. Estaba inminente el delato.

–¿Qué harás ahora? –le pregunté.

–Voy a mi casa a cambiarme de ropa.

–¿Vuelves?

–Claro.

Me rozó el hombro izquierdo con su palma derecha en señal de un "confía en mí" y se marchó. Supe que no volvería.

Resolví ir a los urinarios que estaban frente a las lozas. Allí miccioné, bastante por cierto, me quité la camisa y quedé con el polo blanco. Me detuve en el marco de la puerta como si hubiese estado horas ahí; no obstante, viendo a los alumnos que estaban enfrente. Allá estuvo Ronald Gómez, mi buen amigo, cerca a la Maestra. Incliné la cabeza un poco para pasar inadvertido, pero me vio.

–Gonzalo –gritó y luego silbó.

Le alcé la mano y con la suya me invitó a ir. La Maestra estaba a escasos metros de él, era demasiado arriesgado, pero si no iba no podía deshacerme de la duda que me atormentaba: saber si me reconoció efectivamente. El ir valía la pena, pero si al final me señala como el responsable lo niego todo y si me expulsan de todas maneras, me voy pues, qué mierda. Llegué, nos saludamos, y mientras contábamos tonterías, miramos el partido; empero, me di cuenta que la Maestra estaba con su pupila inyectada en la mía. Reí con cada ocurrencia de Ronald Gómez sin dejar de ver con ansias, desde luego, las ropas ligeras y escasas de las chicas de cuarto y quinto. Es muy gratificante ver esos cuerpos siempre –habría dicho– desenfadados y dispuestos a regalar su extravagancia más completa, quizá canela o blanca, el color no importa; las piernas, caderas y tetas, eso sí. El chiste más jocoso prenunció Ronald Gómez y naturalmente se me ensanchó la boca de una carcajada; pero lo curioso fue que la Maestra, creyendo que le sonreía, correspondió la sonrisa; en cambio, sentí un miedo hondo, inconsciente. El director estuvo cerca de ahí. Luego, su carita de nena se tornó en el de una bruja de los cuentos y me dio su rostro más negro, que parecía verme, y nunca antes había reflexionado que, cuando alguien te mira, es porque ni siquiera por un instante te ha visto. Volví a sonreír pero esta vez con sutileza y no le quité la mirada ni por un segundo. Se agazaparon tenuemente sus ojos y volvieron al partido.

–¿Qué te pasa? –me preguntó Ronald Gómez, que a penas llegué a oír.

–Nada –respondí mientras observaba el concreto de borrosas líneas.

–Ha, porque desde hace rato la Maestra de inglés no deja de mirar acá... ¿Quién de los dos le gusta más?

Reí, él también.

–Huevón de mierda, te imaginas cada cosa –disimulé.

–Como es soltera, creo que anda en busca de un muchacho como yo, y es joven ah, además dicen que ha tenido un chape con uno de quinto –aduce, frunciendo el ceño.

–Debo irme.

–Pendejo, no te vayas, de aquí nos vamos juntos.

–No –sentencié.

Nos despedimos con el clásico saludo. Mientras iba camino a casa, sentí la sensación extraña de haber sido reconocido por la Maestra. Supo que fui el obsceno que profanó su intimidad; a pesar de eso, le importó más cubrirse el cuerpo que darse cuenta de quiénes estaban arriba. Su sonrisa, en cambio, me dio una infinita paz que hizo que mis sentimientos empezaran a chisporrotear por su cuerpo desnudo y por esa risa no furtiva de la que se apropió. Apuré el paso, estaba cerca a casa.

ENANOS DE LA PATAGONIA

Sol... resbala entre los prados
e incendia las noches obscuras en altamar.

Había zarpado una embarcación muy grande, completamente extraña para los pobladores. Traía velas gigantes polícromas, perros, caballos y armas. El viento fue a su encuentro con ráfagas gélidas y perforantes que a su paso iba barriendo la niebla eterna que yacía estancada bajo la atmósfera también fría de los Andes. El monte Fitz-roy se alza sobre los glaciares del centro de la Patagonia, con unos tres mil cuatrocientos metros de altitud, guarnecido de roca compacta y nieve, en esos paredones casi verticales que causan el asombro de los tripulantes. Inmediatamente formaron grupos para la exploración de toda el área. La noche les sobrevino, en cambio, en el espacio improvisado que montaron cerca a unos árboles y el escampado al pie del monte Torre. Después de algunos inconvenientes y conjeturas, coincidieron en que debían ir cuesta arriba desafiando, quizás inconscientemente, el yerto clima de atmósferas espantosas que formaba tempestuosamente el aire caliente cuando sopla el océano Pacífico al chocar con el aire frío que rodea las cumbres y picos, lo cual da origen a ventarrones, ventiscas y tempestades que bufan a ciento noventa kilómetros por hora; empero, el plan tuvo que esperar hasta

mañana para quedar listo todo y asegurarse que la exploración sería provechosa en demasía. El extranjero trotamundos llegó impulsado por la búsqueda de las raíces de los antiguos habitantes de la Patagonia; aquellos individuos que Magallanes, lleno de asombro, contempló alguna vez aunque a la distancia de mil trescientos kilómetros al norte del estrecho. Poco a poco se adentraron hasta estas cumbres guiados, sin lugar a duda, por la teoría de emigración.

El día amaneció gris bajo una capa leve de niebla. El viento por momentos detenía en la gravedad la masa que empujaba con fuerza hacia atrás del monte Fitz-roy y, para variar, un vientecillo punzante en los cuellos y las manos sin abrigo, que venía aceleradamente de los pendientes oriental y norte que se elevan a novecientos metros de donde estaban. Emprendieron la exploración del lugar reduciendo las malezas, atravesando caídas de agua, hasta llegar algunas veces a reponer fuerzas en un prado ligeramente verdoso. De repente, Martín Sánchez observa cerca del lugar una enorme caverna ubicada en la loma, haciendo que todos se pongan en alerta y alisten sus enseres para ir hacia allá, pero se precipita una torrencial lluvia con ventisca que bruscamente choca contra ellos, y las puertas de la atmósfera andina se abren en gruesas gotas de agua fría. Se guarnecieron en una covacha que encontró Salomón Cortés al pie de un monte de tres mil metros que se alzaba como una jabalina arriba de ellos. El viento ha rugido en derredor, atizado por intervalos del estrépito que hacen los aludes al caer. Fidel Meza, Juan y Nicodemo fueron aplastados por un deshielo que se precipitó sin dar tiempo a nada. Los hombres de expedición quedaron finalmente a cargo de Salomón Cortés y Martín Sánchez, que se mantuvieron incólumes y con valor para la conquista, y fun-

dar allí una ciudad que permita ser el eje de conexión de Sudamérica con el Atlántico y este con el Mediterráneo, para luego recolonizar el norte de América y con ello saldar un viejo celo con los ingleses y al fin lograr el objetivo de propagar su religión, el monopolio comercial y su cultura. Cesó la lluvia y el olor de hierba todavía húmeda se mezcló con los ánimos de cada uno, que fueron desplazándose con dirección a la caverna. Los indios, sospechando que vendrían, dejaron a la vista esqueletos de dos nativos que llegaron a medir dos metros y veinte centímetros. Ello serviría para guiarlos falsamente y hacerles creer que llegaron al lugar indicado, en donde cerca de allí fundarían la ciudad permitiéndoles, según la idiosincrasia indígena, emigrar al centro y norte de América y así proteger sus vidas y poner a buen recaudo su cultura propia, ante la arremetida de esta. Antes que se fundara la ciudad de los colonos; en la noche, enormes piedras compactas rodaron en silencio hasta caer sobre estos que yacían dormidos por la extenuación. No sobrevivió alguno. En la mañana, una masa gigantesca de nieve se llevaba el viento. Los indios habían subido al barco y jugaban, saltaban y se peleaban en él. Después de varios meses de oleaje, el océano se llevó la nave lentamente a zozobrar en algún puerto o a hundirse en la profundidad. Seguía lloviendo en la Patagonia.

SON LOS PÁJAROS DE LIMA

La única verdad es la realidad.
ARISTÓTELES

La cagada de una manada de pájaros en pleno vuelo que cayó sobre su kepí, camisa y galones, le reveló que sin más ni más era un arbolito verde de pie, sostenido en zapatos de charol y con un pito en la boca de albahaca, soplándolo energúmenamente como si quisiera apagar de un solo soplido un incendio colosal. Pero no, no era un arbolito verde oliva. Era el pájaro, el pájaro que silba y pica y son muchos los pájaros que silban y pican en las avenidas ruidosas de la Lima panza de burro. Silban esos pájaros a silbatazo limpio; bueno, no tan limpio, con algo de saliva, creando toda una sinfonía maestra digna de Beethoven a contrapunto con el claxon del microbús de cuarenta años de antigüedad.

Aleph Guananay tuvo una infancia tímida y pálida ensombrecida por una familia desarticulada que renegaba de la pobreza, del clima, del apellido, de la gente, de la vida, de nuestra propia vida, de nada. Ese día que le cagaron los pájaros, porque no fue solo uno sino varios, no creo que sea fácil olvidar la primera vez que un mojón negruzco y pestilente de mierda de pájaro te cae encima, se apresuró a llegar a la división de transporte urbano puntual; luego que el microbús,

que aborda cada mañana desde que empezó a trabajar en esta división, le hiciera retrasar varios minutos por el motivo ese de las pistas en reparación que rompen y rompen por aquello de la APEC. Viendo que el microbús se detuvo intempestivamente y que delante de él había como cien vehículos esperando el pase del policía de tránsito, que estaba sentado en una suerte de caseta con inscripciones por fuera de Inca Kola, decidió que era mejor bajar y ganar tiempo caminando a paso ligero, al final de cuentas; estaba relativamente cerca de ahí.

–Baja –le indicó al cobrador.

El cobrador le ignoró su mirada y, en segundos, le abrió la puerta como si se tratara de un ave de mal agüero a la que era necesario espantar de allí, y Aleph Guananay bajó del microbús con paso marcial sin agradecer y sin pagar el boleto.

Cuando Aleph se dio cuenta que existía, tenía doce años cumplidos. Doce días balbuceando en la cama y estirándose de un lado a otro por ese terrible dolor de cabeza que era el comienzo de una migraña que le perseguiría toda la vida. Doce habían sido los delirios que no contó y doce días contados los que apenas probó agua y tuvo ganas de vomitar y vomitó veinticuatro veces durante doce días. Dos años después de los doce, en una tarde con olor a guayaba y aquella misma en que la guacamaya de su padrino que vivía frente a su casa inventaba nuevos trapecios en el árbol de mangifera, se preguntó, con un libro de Vargas Llosa entre las manos, a quién se le habría ocurrido ponerle por nombre el título de un libro de Jorge Luis Borges (*El Aleph*); entonces cayó en el recuerdo de que efectivamente, no había otra persona en el mundo que no sea su padre, a quien mejor se le hubiera ocurrido bautizarlo con el mismo nombre con que el autor argentino bautizó a una

de sus obras; obra que por cierto jamás leyó porque sencillamente el autor no le interesaba en lo absoluto. No obstante, la primera vez que tuvo conocimiento de esta obra de Borges fue cuando cursaba el cuarto grado de secundaria en una escuela rural y que jamás leyó porque el maestro de literatura latinoamericana les dio la potestad de elegir, para un trabajo de análisis de texto, una lista de autores con una obra específica; pero Aleph Guananay prefirió *Huerto cerrado* de Bryce Echenique; empero, cuando escogió para el análisis el cuento "Con Jimmy, en Paracas", descubrió la línea furtiva de misogenismo en su literatura; más tarde se convenció que cambiaría ese autor por el de *La Casa Verde*; pero eso no fue sino después de leer "Muerte de Sevilla en Madrid" del libro *La Felicidad Ja, Ja.*

La segunda y última vez que supo de este título fue cuando por azar caminaba con un grupo de amigos que, recién como él, habían ingresado a la escuela de suboficiales de la Policía Nacional del Perú; entonces se detuvo súbitamente en la inmensa puerta que daba a la feria permanente de libros, impresionado por la carátula celeste del libro de letras doradas que decía: *El Aleph.* Allí le sobrevino la imagen fuerte del cuarto grado, un libro marrón que jamás leyó, un maestro de letras genial y una partida de nacimiento que nunca supo comprender. Sus amigos, cabezas rapadas igual que él, sin advertir nada, lo jalaron del brazo. Ahora que tiene treinta y cinco años, todavía se ve siendo jalado por sus amigos de escuela, hasta desaparecer en la negrura de esa avenida asfaltada que lo conduce hasta la plaza San Martín.

José Quijada, o más conocido por sus familiares y amigos como Pepe Quijada, es el conductor de un microbús que cubre la ruta Callao-Villa El Salvador. Se despierta a las cuatro de la mañana y se lava la cara

hasta las cuatro y media; entre cepillarse los dientes, mojarse el cabello y lavarse los brazos, completa la media hora. A las cinco de la mañana están sus manos en el timón, el zapato derecho en el acelerador y el izquierdo en el embrague, que deja de presionar lentamente para acelerar el carro antiquísimo, que conduce desde hace muchos años. Hoy que ha subido al volante con una leve molestia en el pecho, tiene un extraño presentimiento. Nunca como hoy ha sentido que el pecho le oprime el corazón; solo se masajea brevemente la zona y luego se acomoda el bigote espeso; mueve hasta poner en su exacto sitio el retrovisor y acelera el carro en busca de pasajeros. Su cobrador es Ramón, un hombre que es más viejo que él y ya es abuelo. Perdió hace muchos años el trabajo y no tiene jubilación. Solo un seguro mísero que apenas si le provee algunos antibióticos en casos de real emergencia. Ramón es un tipo graciosísimo que se ríe de todo y por todo, pero cuando se trata de cobrar los pasajes lo hace con tal seriedad que nadie se pasa de listo; aunque, a decir verdad, a veces su actitud se le desmorona y vuelve el simpatiquísimo y amable de siempre. La noche anterior Pepe Quijada la pasó muy mal en casa. Su mujer, que es una verdadera bruja, le armó una gran bronca. Ella encerró a los hijos en su cuarto y en la sala se entramparon en una discusión que se prolongó más allá de las dos horas y llovió de todo; desde insultos graves hasta bofetadas y puñetes. Lógicamente las bofetadas y puñetes fueron propinados por la mujer a Pepe Quijada; él, incapaz de matar una mosca, le soportaba todo teniendo siempre presente a sus hijos, pero esta mujer, que era el mismísimo demonio, le importaba poco los hijos y su marido; empero, a menudo le chantajeaba con llevárselos a casa de su madre, y él, que amaba más que a

nadie en el mundo a Priscila y Rigoberto, la soportaba, aunque también la amaba a pesar de todo.

La discusión era –según ella– por los treinta soles miserables que Pepe Quijada llevó a casa. Esta, que estaba acostumbrada a recibir cada día de lunes a domingo, de manera indefectible, de entre setenta y noventa soles, consideró exigua la cantidad de treinta. Le era inadmisible y, aunque Pepe se deshizo en explicaciones, ella no entendía una sola palabra y por tanto no entraba en razón; solo quería la plata y punto, el resto se lo tenía que arreglar él. Adujo que ya hacía varias veces que llegaba con treinta o veinte soles a la casa con alguna excusa nueva y, en efecto, él sabía que esto era cierto, aunque no significaba de ninguna manera la aprobación de la baraúnda que le hacía su mujer por este motivo. Entonces, terminaba, además de las magulladuras que su mujer le propinaba, maldiciendo a los pájaros que, en las avenidas sucias y pestilentes de toda Lima, le detenían el trayecto para sancionarle con una papeleta la infracción que ellos inventaban había cometido. Los pájaros eran más crueles que su mujer, decía, son unos hijos de puta que no solo comen frutas sino que silban y nos pican. Nos pican bien y duro al bolsillo; ahí, detrás de la gente, donde nadie los ve, te piden al toque diez soles o cincuenta dependiendo la infracción, y entonces puedes seguir tu ruta; pero si no, sencillamente hacen bajar a los pasajeros y te ponen la papeleta y se olvidan del mundo y te joden la vida, se decía Pepe Quijada, en silencio, ya en su habitación, mientras se curaba las heridas de la golpiza frente al espejo.

Toda la mañana le persistió el dolor de pecho, pero aceleraba a fondo. Los pasajeros estaban en cada esquina y había que aprovechar los poquísimos paraderos señalizados que había en las avenidas y distritos, dicho

mejor, que no había en distritos y avenidas o que nadie conocía.

–Pepe, solo tiene una china –le consultó Ramón.

–Bájalo, bájalo. Que tome triciclo –le ordenó y sonrió.

Tuvo que frenar algunos metros antes de las vías del ferrocarril que venía de La Oroya y el ferrocarril pasaba silbando, cargado de minerales, con sus vagones oxidados y sin pintar; sobre ellos carpas de cuero y con las luces encendidas. Ya antes ese mismo ferrocarril se llevó de encuentro a un microbús que cruzaba la vía ferroviaria intentando ganarle, y murieron muchos; eso ocurrió exactamente en Carmen de la Legua. La avenida Colonial, luego llamada Oscar R. Benavides, es una serpentina oscura flanqueada por algunas fábricas, tiendas y almacenes; pero antes de llegar a la plaza Dos de Mayo, se levanta el edificio de una de las facultades de la Universidad Federico Villarreal. El carro se detuvo en frente y bajaron una muchacha y un chico que al parecer estudiaban allí. Habían abordado el vehículo en la avenida Perú y desde allí, sentados en el último asiento, no cesaban de prodigarse caricias y besos que habían empezado a incomodar al resto de pasajeros.

–La jeta en el parque –les llamó la atención socarronamente Ramón; pero los chicos no repararon en las palabras del cobrador, en cambio seguían en lo mismo, aunque la mujer con un poco más de disimulo–. Encima que pagan medio pasaje, les sirve de hotel el carro –siguió Ramón. Y entonces obligó a Pepe Quijada a detener el vehículo porque en verdad él era un hombre correcto, íntegro, desde la secundaria que no concluyó, y fue siempre el hermano mayor que todo hermano menor quisiera tener. Empero, el ser padre le cambió, diríamos, completamente la vida y había des-

cuidado esencialmente la disciplina en casa. Allí era absolutamente distinto, consentidor con sus hijos, y ello no le permitía actuar con circunspección frente a Priscila y Rigoberto. Pero en su trabajo era él.

Detuvo el carro y preguntó en voz alta:

–¿Qué pasa?

Ramón respondió con un silencio y empezó a contar las monedas; entonces Pepe Quijada lo interpretó como algo sin importancia y continuó. Los muchachos ya le pararon. Comprendieron que de seguir en la misma actitud el mismo chofer los bajaría a la fuerza. Y todo volvió a la normalidad y se portaron como lindos angelitos. Cuando el último pie de los cuatro dejó el estribo, Ramón le sugirió al muchacho:

–La próxima vez llévala a un parque o al hotel, tanta vaina –y sonrió.

La gente del carro se rio, excepto dos señoras cincuentonas y de cabello teñido que al parecer se sintieron ofendidas y murmuraron algo entre ellas sin dejar de mirar al cobrador.

Después del almuerzo, Pepe Quijada se sintió mejor, mucho mejor, de modo que ese dolor en el pecho oprimiéndole el corazón desapareció después del cebichito de pejerrey con papa a la huancaína que almorzó, acompañado de su cobrador, en doña Rosita, una ambulante que tenía una carreta de vender comida en el paradero de los microbuses. Bebió agua, respiró y exhaló varias veces como una terapia espontánea que se le ocurrió, y en un santiamén el dolor de pecho desapareció. A unas cuadras delante, dejando atrás la plaza Manco Cápac, se le ocurrió recoger pasajeros haciendo caso al golpe de lata que dio Ramón y, sin advertir ninguno de los dos que en la esquina sucesiva, con la motocicleta apagada y confundido entre la gente, estaba un suboficial que le hizo detener.

–Buenas tardes señor, su brevete –inquirió el policía.

Pepe Quijada, le entregó; pero el agente luego le pidió su DNI, tarjeta de propiedad y sabe Dios qué otros papeles más. En todo estaba al día; entonces el pájaro encontró el árbol intacto, de madera fresca, y allí puso el pico y picó fuerte. Le reclamó que porqué recogía pasajeros en un paradero no autorizado, que porqué el carro tenía franjas verdes, que porqué no había desayunado o porqué no se había lavado la cara hoy con jabón Neko, y otras tantas tonterías para que finalmente le pida arreglar el asunto con veinte soles de por medio. Evidentemente, Pepe Quijada no pensaba darle un centavo porque consideraba injusto que le pusieran una papeleta cuando, hacía solo segundos, un microbús de la competencia recogió pasajeros del mismo lugar que lo había hecho él y en sus propias narices. Así, terminó la cosa en una papeleta de más de cien soles en las manos de Pepe Quijada y una mentada de madre al policía. Pisó a fondo el acelerador y no recogió un solo pasajero sino hasta unas doce cuadras después, a pesar que muchas personas le levantaban la mano porque querían abordar el vehículo. A él le valió un pepino recogerlos, pero luego reflexionó al ver por los espejos que su competencia recogía los pasajeros que él despreciaba; de manera que no le quedó otra que volver a decirle a Ramón que ya podía abrirle la puerta a los pasajeros, que ya frenaría cuando los vea o cuando él le avisase, que ya le bajó la cólera, que la rabieta ya estaba rodando en las llantas. Ramón se había reído y en confianza, aunque delante de los pasajeros que estaban en los asientos, le dijo que era un huevón, que ya pasó, que no quedaba otra salida que seguir pa' lante.

Priscila aprovechó que la madre tampoco estaba para meter al enamorado a casa. Cerró la puerta y lo tiró de un empujón al mueble de la sala para luego ti-

rarse sobre él y el enamorado le abrazó y besó, pero repentinamente se detuvo asustado.

–¿No será que viene tu madre y me bota a palos?

–No creo mi amor. Ella cuando sale de la casa solo regresa una o dos horas antes que mi papá llegue y la que se hace cargo de todo soy yo.

–Bueno, debe ser cierto si tú lo dices. Es que apenas te conozco hace dos días.

–Por algo siempre hay un comienzo, ¿no?

–¡Ah!, eso sí. ¿Y no tienes hermanos o qué?

–Sí, sí tengo, pero sólo uno, se llama Rigoberto. Pero no está en casa.

–¿Viajó?

–No, tontito, esta acá en Lima, en el *cibert*.

–Entonces puede llegar cualquier momento. De veras Priscila no quiero tener problemas con nadie.

–No vas a tener ningún problema. Él es un vicioso de mierda, entra a la Internet y de ahí no lo mueve nadie, alucina que le llevan el almuerzo hasta ahí.

–¿Así?... ¿Y cómo sabes eso?

–¿Cómo? Pues porque algunas veces le he ido a buscar y he visto los cubiertos sobre el monitor –se ríe–. La cagada es mi hermano.

El enamorado de Priscila también se ríe, pero no está del todo convencido.

–De todos modos, no puedo ser muy confiado –le dice.

–Ay, bueno, sino quieres seguir aquí conmigo puedes largarte.

–¿Qué? Oye, a mi nadie me habla así.

Y se le lanzó encima con febril impulso y empezaron a besarse los adolescentes como si quisieran tragarse la boca cada cual. La mano nada temblorosa del muchacho le hizo volar los dos únicos botones que tenía el polo de Priscila, y le puso toda la cara en sus pe-

chos tibios que acariciaba lentamente con sus labios. Luego sus dos manos se deslizaron hasta las caderas de Priscila, que tenía puestos unos pantalones blancos que tanto le estorbaban a su enamorado. Él le dio la vuelta y quedó boca arriba; entonces ella se quitó el polo celeste, el brazier y unos hermosos pezones blancos se hirieron con el aire y se irguieron frente a los ojos perplejos de él, que por un instante quedó inmóvil; pero luego se desposeyó del polo a rayas de colores que traía puesto y no hizo más nada, del resto se encargó Priscila que a sus dieciséis años ya se regodeaba de ser toda una experta en esas lides con la ayuda, naturalmente, de los muchos enamorados que tuvo hasta hoy. Le bajó los pantalones, le quitó el calzoncillo y lo dejó como vino al mundo; luego se quitó toda la ropa incluyendo el calzón rojo transparente que usó para esa oportunidad y se le fue encima. Dos cuerpos mansos y tiernos hicieron el amor en el sillón de la casa; para él era su segunda vez, para ella era el sétimo enamorado al que se entregaba.

Después de un rato, estaban sentados en los sillones de la casa entrelazados, mirándose y besándose de ratito en ratito.

–¿Puedo decirte algo y no te molestas?

–Sí, claro, no hay problema –le dijo ella.

–Yo pensé que eras virgen.

Priscila suspiró y le separó su mano, pero siguió acostada en sus piernas.

–No seas ridículo. ¿En qué siglo vives?

–Oye, pero por qué te pones así. Solo te dije lo que pensaba, pero no hay problema, a mí me gustas así como eres –le aseguró.

–De acuerdo. Pero mira, tú me llevas por un año y no me vas a decir que eres casto, porque ya vi que no tienes el prepucio.

–Bueno, eso no te dice que un hombre es o no casto. Hay muchos hombres que lo pierden en la niñez, sin necesidad de tener relaciones sexuales. Pero tienes razón, yo no soy casto, he tenido antes algunas relaciones sexuales –le dijo y le acarició la frente con un beso.

–Mira, tu hermana tiene mi edad, por lo que me dijiste y yo no creo que sea virgen.

–Ya pues, no metas a mi hermana aquí –le pidió, para luego pedirle que ponga música, y ella de un salto ya estaba frente al equipo sintonizando una emisora que transmitía, en ese momento, un programa con música de reggaetón y se pusieron a bailar, ella de espaldas y él cogiéndole la cintura. Le daba golpes suaves en el abdomen y varias veces le tumbó al sillón haciendo que despertara en él un nuevo deseo de tenerla, y ella le correspondió sin dudarlo, con entusiasmo, como si esa reacción había estado buscando en él; pero cuando se estaba sacando el polo para luego hacer lo mismo con su brazier, la llave daba la vuelta a la chapa de su puerta.

–Mierda –exclamó el enamorado.

Priscila regresó el polo hasta su ombligo y de un empellón le ordenó que se sentara; ella hizo lo propio y esperaron así al intruso. Era su hermano Rigoberto que había regresado a casa antes de lo habitual para recoger unos CD's que olvidó en el cajón del velador. Le sorprendió ver a un muchacho que no conocía junto a su hermana.

–¿Él quién es? –le preguntó.

–Hola –saludó él, sin obtener respuesta.

–Mi enamorado –le respondió su hermana.

No dijo más nada y subió a su habitación. No tardó diez minutos y bajó.

–Pórtense bien –les dijo sin mirarlos y se marchó.

La luz ámbar del semáforo le hizo frenar de golpe entre las avenidas Alfonso Ugarte y España. Tenía la botella de agua mineral a la mitad, en la mano izquierda, y decidió acabar el agua en su cabeza, de modo que estiró el cuello hacia afuera de la ventana para que el agua que chorreara cayera a la pista y no al carro; pero ahí fue cuando miró hacia la comisaría y más adelante le llamó la atención el vestido verde esmeralda que traía puesto una señora que yacía parada en la puerta de un hotel. Se trataba de su mujer que aguardaba impacientemente al hombre con el que luego ingresó. Pepe Quijada mantuvo el pie en el freno hasta verla desaparecer por el pasillo que daba a las rejas de la recepción. Los demás coches, allá atrás, no dejaban de tocar el claxon a fin que avance con el carro; ya algunos cobradores de otros vehículos se habían acercado al timón para mentarle la madre y amenazarlo con romperle las lunas si no aceleraba. Ganas no le faltó de bajarse, abandonar el carro y llegar hasta el hotel en el que se había encerrado su mujer con el amante; pero no, no hizo eso. Como en sus años de soltero, le sobrevino el buen juicio, muy recio, se puso fuerte, respiró hondo y sin exhalar, de pronto, pisó el acelerador a todo dar y en una mitad de segundo estuvo en el óvalo Jorge Chávez, otra vez detenido, esta vez por la luz roja del semáforo; en cambio, la gallardía y el valor se iban extinguiendo vertiginosamente por cada cuadra que avanzaba. Finalmente, prevaleció el honor mancillado, el desenlace del amor marchito y le brotó el amargo sabor de la vida. Agarró con fuerza el timón y le apretó con las uñas como si fuera piel y deseara desollarla. Un llanto gris se le entrampó en las pupilas, la saliva tenía dificultad para pasar por el tubo que es la garganta y una lágrima en cada ojo, cuajadas, llegaron hasta sus labios; se las secó tan rápido que nadie lo

advirtió. Cuando se dio cuenta que había salido de su ruta establecida, ya estaba encarrilado en la avenida 28 de Julio y seguro que Ramón le alertó, porque él será gracioso pero no huevón para no recordarle a su jefe que su ruta no era esa como tampoco es ningún tonto para no darse cuenta que era la mujer de Pepe Quijada la que entró a ese hotel con un hombre que no era su marido, y no le hizo falta hacer esfuerzo alguno para divisarla y reconocerla porque la ventana del asiento reservado estaba pulida y translúcida y la reconoció no solo Pepe Quijada y Ramón; también todo el mundo: los transeúntes, los pasajeros, los choferes, los cobradores, los ambulantes y los pájaros que trinaron. Él tenía la corazonada de que la mujer era una puta, pero ni modo, no podía decirle eso a su jefe porque inmediatamente le hubiera echado del trabajo, y con la edad que tiene la cosa se le hubiera complicado, pues la mayoría de choferes prefieren contratar adolescentes para cobradores, porque son más gritones y ágiles; aunque está prohibido contratarlos, eso no es problema, se arregla personalmente en la calle de tú a tú con los pájaros verdes.

Antes de llegar al Paseo de la República, en el paradero de un instituto, un policía le hizo detener y le pidió nuevamente los mismos requisitos con el mismo tono de voz, la misma estatura, el mismo número de galones en el hombro y la misma cara del policía que horas atrás le paró cerca de la plaza Manco Cápac. Ambos se reconocieron inmediatamente. Le inquirió que porqué se desplazaba por esta ruta si no estaba autorizado. Él le miró fijamente y le dijo:

–Póngame la papeleta nomás, hoy es el peor día de mi vida.

El suboficial comenzó a rellenar la papeleta y luego le dio a firmar; pero agregó a la firma diciendo:

–Ojala y fuera esa plata para los niños pobres o para los reservistas de las Fuerzas Armadas.

El agente ni se inmutó, le entregó la papeleta y se alejó.

–Conchatumadre –le dijo y el policía le escuchó, pero bajo por la distancia. Siguió caminando.

Pepe Quijada escupió fuera del carro, acelerando, y al pasar por su lado, le gritó:

–Gánense la vida trabajando, sarta de ladrones –y embaló.

Luego profirió una ristra de improperios que todos oían y respaldaban, y junto con él lincharon verbalmente al policía.

De la ducha pasó a su habitación y todavía con la toalla, se acostó en la cama y encendió el televisor, cambió de canales hasta llegar al que en ese horario transmitía su programa favorito: Los Simpson. Desde hace más de diez años Aleph Guananay mira cada capítulo de esta serie. Todos lo saben y desde luego que Dafne también, su hijastra; pero ella es la única que puede cambiar de canal en plena transmisión sin que él la regañe; se somete tiernamente al programa que Dafne sintonice, por eso es que ruega que cuando está viendo Los Simpson ella o no esté en casa o esté ocupada. Él confía mucho en ella y está seguro que será una gran profesional, se lo ha dicho a la madre de esta. Ahora que ha ingresado a la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la vida se le ha iluminado con su mejor luz; aunque ello no quita que siga guardando la esperanza de tener un hijo con su mujer pese a la tozudez de ella de no querer embarazarse.

Dafne es una princesita que hace no mucho acaba de cumplir diecisiete años; es usual que hasta al más triste le haga sonreír con su ternura blanca y dulzura

en su rostro. Su voz es tan fina, pero a la vez profunda, y su solidaridad no conoce distingos. Tiene el cuerpecito de una muñeca, la mirada fija y risueña y la piel bronceada como los metales en el crisol. Dafne tiene una inteligencia admirable y una sensatez realmente increíble; para tener diecisiete, parece una mujer de treinta pero una con risa y ternura de infantes. Qué distinto es Julián, su hermano de padre y madre que ha terminado la secundaria a duras penas, y que repitió de grado en segundo y cuarto. Ahora tiene dieciocho años y no piensa estudiar nada, y nada ni nadie lo puede hacer cambiar de opinión. Se dedica, hace más o menos medio año, a *hackear* correos electrónicos desde unas páginas de Internet que solo él conoce, y aumenta sus ingresos con el servicio *online* que brinda al público, subrepticiamente, de consultas en el servidor de la Reniec, que solo él tiene acceso en todo Wilson. Tiene varios amigos trabajando en Reniec y son ellos que le entregan un nuevo *password* cada mes, porque ese sistema se actualiza cada mes y se cambian las claves; pero eso le vale a Julián, él tiene muchos amigos trabajando adentro, de modo que cuando se cambian las contraseñas, al cabo de unas horas a más tardar, le llaman y le dictan el nuevo *password* o le envían esa información a una de sus muchas cuentas que tiene en *hotmail*. Con el asunto ese de correos electrónicos también es así de fácil; solo tiene que enviar, desde una página de Internet, un virus encubierto en un archivo a la bandeja de entrada y esperar a que la candidez del usuario abra ese archivo y listo, trabajo terminado. Ese correo con su dirección y contraseña pasa a un correo específico y luego se entrega esa información al cliente que ha pagado cincuenta, cien, ciento cincuenta soles; depende de la cara del cliente va el precio. A la semana ya tiene alrededor de cuatro mil soles. ¿Para

qué estudiar? Esto da plata, mucha plata, sin tener que quemarse las pestañas como cojudo en la universidad a donde Aleph y su mujer insisten que vaya. Usa ropa de buena marca, caros zapatos y zapatillas, dinero en la billetera, *BlackBerry* y ¡asiste a unos lugares!, que son unas discotecas dentro de las cuales todo es costosísimo empezando por las entradas, los tragos; pero vale la pena, allá van mujeres hermosísimas, elegantes, y no hay que hablar mucho. Caminan solitas, el solo hecho de que estás ahí habla por ti.

–¿Quieres los datos de Marisela Puicón? Eso te va costar veinte soles con foto, firma y huella digital.

–Algo menos pues.

–Dieciocho y ahí queda.

–Quince pues.

–No, no sale cuñao hay que darle su comisión al jalador también; en este negocio todos tenemos que ganar, tú sabes.

–Ya, no importa, Marisela lo vale. Saca nomás esa hoja al toque.

Dafne le dice a Aleph Guananay que su cena ya está servida, que todos están abajo en el comedor y que la cena se está enfriando. Él apaga el televisor; no importa, Bart y Homero pueden esperar. Una cena en familia es lo que más le gusta de vivir con su mujer. Detrás de las mamparas, el perro de la casa encogido en espiral, observa a la distancia, paciente, la hora de su comida.

–Papá, ¿cómo te fue hoy? –le preguntó.

–Bien, hija, sin ningún contratiempo, gracias a Dios y a Santa Rosa de Lima –le respondió–. Y en casa... ¿Todo bien? –inquiere.

–Al supermercado de compras, Dafne en la universidad, como sabes. Julián, bueno, ya sabes, en Internet. Ah, y la vecina de al lado que vino a contarme unos chismes –comenta su mujer.

–Ay, ya te dije que no consientas a esa mujer acá.

–Yo no le hago caso, mi amor. Solo le escucho, tampoco la voy a correr, ¿no?

–Sí pues, pero igual, mujer. No vaya a ser que un día de estos te vaya a pegar lo del chisme –ríe.

Todos se ríen.

–¿Saben? Hoy me topé con un chofer al que le puse dos papeletas.

–¿Así, tan grave fue la cosa? –indaga su mujer.

–No. Lo grave fue que yo sea el mismo policía que lo detiene para ponerle las papeletas y mira que no estuve en el mismo lugar.

–No cabe duda que ese chofer estaba de malas –le dice Julián.

–Sí pues, pero ahora recién siento pena por él. Creo que la segunda no debí ponerle.

–¿Recién te diste cuenta? No debiste ponerle ni una sola papeleta siquiera –replica Julián, pero su madre le mira seria con los ojos bien abiertos.

–¿Y él supo que eras el mismo policía que ya le había puesto una papeleta? –pregunta la madre de Julián.

–Desde luego que sí.

En el paradero, en medio de una pampa gris, se quedó sentado con las manos en el timón, inmóvil. No escuchó cuando Ramón le avisó que ya era hora de salir, que el carro cuyo turno estaba detrás de ellos ya había partido. Que se deje de huevadas, que era un cornudo, que tenía los cuernos más grandes y frondosos del mundo. Que le estaba haciendo perder plata, que él no merecía perder plata por culpa de la puta de su mujer y que por último le faltó huevos para partirla a golpes y hacerse respetar. Que en la casa mandan los hombres y, si las mujeres se portan pendejas, hay

que mandarlas al mismísimo infierno. Cuando le miró, Ramón estaba dormido en uno de los asientos del microbús y siempre estuvo así. Él tampoco advirtió que ya eran los últimos y que todos los demás carros salieron a la hora que les tocaba.

Cuando llegó, no se fijó quiénes estaban en casa. Se encerró en la ducha y, luego de quince minutos, ya estaba secándose con la toalla que tenía la imagen de un famoso jugador de fútbol, para luego vestirse e ir inmediatamente a la sala, en la cual quedaba también el comedor y donde su mujer y sus dos hijos acababan de cenar. Desde las mamparas, le gritó:

–Solo voy a decirlo una vez: te largas de mi casa en este momento y no quiero volver a verte.

La mascota desapareció raudamente como vaticinando que la desgracia había caído sobre la casa.

–¿Qué dices papá?... ¿Qué te sucede? –le pidió explicaciones Priscila, sorprendida.

–¿Qué esperas para ir por tu ropa y largarte de una buena vez? –le exigió con un tono muy airado–. ¿O quieres que yo te ayude a salir? –y le clavó la mirada con unos ojos que querían salírsele.

–¡Papá! ¿Qué diablos ocurre aquí? –inquiere. Luego, mirándola, le pregunta–: ¿Puedes explicármelo, mamá?

La madre, en silencio, se levantó de su sitio y fue a su habitación, solo iba por sus cosas elementales; no estaba segura, pero intuía que el marido ya sabía de sus andanzas y revolcadas con su amante. "Aunque a lo mejor pudo haber sido un chisme que alguien le contó", pensó. O era que se hartó de ella por los berrinches que a menudo le hacía cuando llegaba de trabajar. Pero no, sea como sea creo que la suerte estaba echada y había que avanzar en recoger las cosas que están al alcance y las más necesarias, antes que al hombre le

entre más el demonio. Ya cuando las aguas se calmen se daría el regreso a casa para reconquistarlo o, de lo contrario, a contratar un abogado para el litigio sobre los bienes, "porque aunque no somos casados la justicia igual me favorece como conviviente", se dijo. Con dos maletas llenas de ropa, cosméticos y otros utilitarios, se presentó en la sala donde, aún perplejos, permanecían sus hijos.

–Mamá, ¿qué ha pasado? Hasta ahora no entiendo absolutamente nada –replicó Priscila entre sollozos.

La madre dejó las maletas en el piso, se acercó a su lado, la abrazó, besó y también lloró. Rigoberto permaneció en su sitio sereno, pero conmovido a la vez, mirándolas. Pepe Quijada volvió a la sala, el perro le siguió.

–Me llevo a mis hijos –le dijo su mujer tras advertir su presencia.

–Te llevas tus cosas y nada más, ¿qué ejemplo quieres darles? Ellos son todavía unos niños.

–Rigoberto ya tiene dieciocho años y Priscila dieciséis. Ellos pueden elegir con quién se quedan –le emplazó su mujer sin darle ni a él ni a sus hijos mayor explicación.

–No vamos a poner a los chicos a elegir. Ellos se quedarán y si quieres su potestad eso lo veremos en un juzgado, pero por ahora te largas y te largas sola; pero ya –levantó la voz gruesa y fuerte.

No hubo otra opción. Ella se retiró de la casa, tomó el primer taxi que se detuvo cuando levantó la mano, y se fue directamente a un hotel desde el cual hizo una llamada al celular de su amante, y le pidió que venga a verla, que estaba en problemas, que la habían echado de casa; pero a esa hora el hombre ya estaba en casa con su mujer y sus hijos, y ella lo sabía, pero esta, como pocas veces, no comprendió y solo pudo entender que

él debía estar ahí en el hotel con ella, en los momentos más difíciles de su vida, y estaba histérica y loca. Pero el amante no podía hacer nada por el momento para remediar su desolación; es más, si seguía pegado al celular su mujer podía entrar en sospechas y resolvió que si su amante estaba jodida, él no podía estarlo también, así que optó por cortar la llamada intempestivamente, borró el registro y le inventó una excusa a su mujer. La soledad le vino como escalofrío punzante y, como nunca antes, la sintió extremadamente aterradora y le pareció morir. El hotel se le volvió amplísimo, la habitación que le asignaron era glacial, de color verde, pero ella la vio de color negro. Toda la noche se la pasó rodando como una esfera de huesos por toda la cama de sábanas pestilentes; y los gemidos delirantes, engañosos, de una fémina en la habitación de al lado, no la dejaron coger sueño sino hasta bien entrada la madrugada, y cuando despertó al mediodía bruscamente, el gemido acalorado se le atragantaba a su vecina que continuaba enredada con su amante o quién sabe era otra pareja fugaz que entraba al hotel para saciar sus pasiones.

En la mañana, Pepe Quijada rompió el hechizo ese de muchos años de no desayunar con sus hijos. Había decidido tomarse el día libre y se comunicó con la empresa para justificar su ausencia. En la mesa, mientras desayunaba, les pidió disculpas por si los ofendió la noche anterior y les explicó en detalle a sus hijos el porqué de su determinación con respecto a lo que hizo con su madre y, naturalmente, Priscila y Rigoberto lo entendieron, aunque no por eso abandonaron el llanto y lloraron los tres, mucho, como si alguien hubiera muerto, y sí, efectivamente murió un amor desahuciado que día a día se disparaba a los pies y pedía a gritos la eutanasia. Esa tarde salieron los tres de compras, a

pasear, a ver una película en el cine, a los juegos mecánicos y comieron en algún restaurante de la calle de los mercaderes. El padre les ofreció una vida distinta a la que se llevaba cuando la madre estaba en casa, y salir indefectiblemente los domingos, a partir del mediodía, a recorrer la ciudad. Y así fue. Pepe Quijada empezó a desayunar todos los días junto a Priscila y Rigoberto en esa redonda mesa de madera donde sobraba una silla, y en las noches, Priscila servía la cena caliente o a veces Rigoberto, y los tres conversaban de lo que les pasaba en el día y pronto no faltaron las risas y el perro ladraba desde las mamparas y todo comenzaba a ser lozano. La vida les cambió rápido y extrañaban poco a la madre, y ya nada era mejor que vivir así. La madre tampoco se comunicó con ellos durante el tiempo que pasó con el amante en un cuartucho rentado en la avenida Perú; hasta que un día, en un arranque de remordimiento de madre, reflexionó al regresar de su duchazo habitual, recostada en la cama: debía ir a traer a sus hijos para que vivieran con ella, al menos uno. Pensó en Rigoberto, "pero él siempre fue muy pegado al padre y difícilmente aceptaría ir a vivir con ella". Finalmente consideró que Priscila debía estar con su madre por ser mujercita y menor; pero cayó en la cuenta que al marido que ahora tiene le llevaba por diez años y quién sabe que el tipo resulte enamorándose de su hija y llevándola a la cama y luego la bote a la calle a ella y se quede con su hija. "No, eso no puede ser, no lo puedo permitir", resolvió al fin, así que no se traía a nadie con ella. Mejor los visitaría, pero más a menudo, y decidió emprender el juicio a su marido por los bienes que ella consideraba le correspondían.

Por largos meses Pepe Quijada fue el chofer cachudo más popular, el vecino cachudo más popular y el hazmerreír del barrio. El pelambre corrió como

reguero de pólvora. Ramón, que tenía la socarronería por hábito y la indiscreción cuando a veces no debía, fue quizás el único que no se burlaba de la desgracia de él, ni aun secretamente, o tal vez porque Pepe nunca le perdió de vista a través del retrovisor y le tendía la cara seria y circunspecta que a todos espantaba.

Priscila cerró la puerta con llave, pero puso música. Se relajó a besos, se quitó la ropa y volvió a hacer el amor en los muebles de la sala. Pero esta vez con otro chico. Para ella era el tipo perfecto: tenía la cabellera azabache, ensortijada y larga, un metro setenta de estatura, la piel tostada de café, los ojos obscuros como dos escarabajos y las caderas anchísimas. Se sentó sobre sus piernas y se agitó de tal manera que sus cabellos teñidos y largos eran como pinzones en el pecho desnudo del moreno. En lo que va de la semana había tenido sexo con tres chicos distintos y a menudo tenía la rara preferencia de hacer sus perversiones en casa, en la soledad de la casa familiar. El día empezaba para ella con el desayuno riquísimo que terminaba junto a su padre y hermano; luego corría al televisor y estaba allí hasta que termine la última telenovela de la mañana; y más tarde seguía aprovechando de las vacaciones, yendo a visitar a la amiga predilecta con la que juntas eran Sodoma y Gomorra. Conversaban de cada cosa que oyéndolas un adulto se llenaría de espasmo. Pepe Quijada lo ignoraba todo porque estaba confiado que su hija era todo un angelito, una niña; pero el que sí estaba al tanto a sus andanzas era Rigoberto y naturalmente lo apañaba todo, pero por conveniencia, porque ella también le apañaba. No le había contado a su padre que encontró a Rigoberto en casa, cuando regresó de su escuela, besándose con un chico y no pensaba decírselo, como tampoco pensaba confesarle que cuando Rigoberto le pide dinero para ir a la discoteca,

él va a una de esas donde solo asisten homosexuales, porque también él es uno de ellos y es feliz así, y hay que comprenderlo, como él también me comprende cuando se me da por tirarme a un chico en la casa. Nadie pensaba decirle a Pepe Quijada que Rigoberto, cuando no hay nadie en casa, se encierra en la habitación que comparte con su hermana y saca del clóset un conjunto rosa que esconde muy bien entre abrigos de alpaca. Se lo viste y pone la música con volumen alto y arma unos bailes en solitario y grita que la garganta se le quiere romper; solo se detiene y apaga todo y se cambia de ropa cuando su hermana llega, porque a pesar de ser su cómplice, le incomoda verlo en esas poses y él lo sabe pero no le mortifica eso; de modo que deja todo arreglado y va al *cibert* a conocer gente, a *chatear* con los amigos, a planificar citas. Ella, en cambio, prefiere la paz de su casa, las telenovelas, la música, hacer el amor con el mejor hombre del planeta.

En el primer ciclo de la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos estudiaba Dafne, la chica de mirada compungida y de los labios risueños, candorosos y llenos de primavera, la que se decidió por seguir una profesión universitaria; en cambio, Julián respetaba mucho el oficio del ocio y aducía: "¿Para qué estudiar?", si al final de cuentas iba a morir igualmente pobre o igualmente rico; que una profesión no te garantiza una vida decorosa y digna; que Lima está inundada por taxistas que han estudiado alguna profesión y ¿qué?... ahora terminan reparando neumáticos en una esquina cualquiera de alguno de los cien millones de asentamientos humanos que tiene Lima. No, no hay que apurarse, ya llegará la fortuna, esa llega solita sin avisar, solo se tiene que estar atento y yo lo estoy porque vivo siempre a la expectativa, y aunque pareciera que pierdo el

tiempo, yo sé que no es así; yo estoy muy ocupado en tantas cosas que ni se imaginan; perder el tiempo es estar allí, en el sitio de Dafne, quemándose las pestañas para nada.

Al regresar de Canta, se desvió de la ruta antes de llegar a casa para ir a la feria de Amazonas, a donde su hija le pidió que fuera para comprarle una mochila de Pucca. No tardó ni quince minutos y ya estaba otra vez en la avenida Abancay; había comprado la mochila de Pucca en el primer *stand* que vio que la exhibían; pero cuando estuvo próximo a cruzar la avenida Grau, un policía motorizado se le adelantó, le ordenó que se detuviera en el primer paradero y solo entonces le hizo saber que no tenía autorización para circular por esta ruta y que le pondría una papeleta por ese motivo. Pepe Quijada se deshizo en explicaciones inútilmente cuando recién se había dado cuenta que no llevaba en el vehículo el letrero que debiera decir: "Servicio especial" o el que dijera: "Fuera de Servicio". Pero lo más trágico de todo, y lo que él no suponía, fue que el policía que le puso la papeleta era ese mismo de cabello hirsuto que hasta la fecha le había colocado más de cien papeletas a su vehículo. Ambos se reconocieron, eran ya casi caseritos y por única vez se trataron con un poco de afecto; aunque no lo suficiente como para evitar que el suboficial Aleph Guananay le impusiera una papeleta de ciento veinte soles. Empero, Pepe podía pagar, si se apuraba, solo la mitad en una semana.

–Otra vez me jodió este pájaro –se dijo, poniendo el pie en el acelerador, y no tuvo ganas de mentarle la madre esta vez, más bien trató de no pensar en eso y algunas cuadras antes de llegar a la empresa para dejar el vehículo, cogió la mochila de Pucca y le dio un beso como si se tratara de su hija pequeñita.

Cuando llegó a su casa no encontró a nadie, dejó la mochila en la mesa y fue a su habitación y luego a la ducha. Después de un rato estuvo de vuelta en el comedor y ahí le pareció todo vacío y solitario. Caminó a paso lento hasta el sillón y lo sintió demasiado espacioso e incómodo. Nada tenía sentido y nada cobraba vida, no había un solo recuerdo; no sentía la necesidad de nada, apenas y había comprendido la razón de estar ahí. De pie, observó a su alrededor y la sala cobró un olor glacial, la sala en donde también quedaba el comedor le resultó amplia e inmensa porque solo se vio tan insignificante y sintió hasta en los tuétanos un sentimiento, que jamás experimentó, ni aún en sus más peligrosos viajes que le tocó vivir. La muerte. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le sobrevino un ligero mareo. Priscila, que dejó olvidada en casa las llaves, golpeó la puerta irrumpiendo el vértigo de su padre quien se apresuró en abrir; le saludó con un beso y, al notarle con el semblante raro, le preguntó:

–¿Pasa algo, papá?

Él no supo qué responder porque tampoco sabía qué le pasaba, atinó finalmente, con sutileza, a pedirle a su hija que preparara la cena y le dijo que se encontraba en la mesa el pedido que le había hecho. Dos horas más tarde Rigoberto ingresaba por la misma puerta que Priscila y los halló cenando; pero él no cenaba hoy, les dijo. Esta noche iría a casa de un amigo donde se celebrará una fiesta y permanecería ahí con hora indefinida; de modo que subió a la habitación que comparte con su hermana aún y, después de un refrescante duchazo, estuvo de vuelta para vestirse. Esa noche eligió un pantalón azul eléctrico ceñido al cuerpo, zapatillas blancas y un polito verde con rayas turquesas, un peinado desenfadado, un reloj, una pulsera y unos calcetines azules. Asaltó la sala cuando era mediano-

che, con su padre dormido y Priscila a oscuras roncando en el sillón con el control remoto del televisor en la mano, abrió la puerta sigilosamente y se marchó.

Julián esperó toda su vida por este gran día; su cumpleaños número dieciocho le llenaba de ilusión. Ahorró dinero e invitó a los amigos a festejar esta fecha tan importante en su domicilio. Desde la mañana fue de compras en compañía de su madre y padrastro, esas compras se prolongaron lo suficiente como para proveerse de lo necesario y hacer que su onomástico vaya más allá de las horas de madrugada, y así fue. La fiesta se inició a las doce de la noche con la música de moda que los parlantes difundían con su sonido potentísimo, empezaron a bailar los invitados y a beber y fumar. La madre y el padrastro de Julián estaban apartados de los jóvenes, departiendo junto con otros familiares. Julián conoció por *chat* hace algunos meses a Rigoberto y lo había invitado a la fiesta y él había llegado en compañía de dos amigas y un amigo. Por determinados momentos, Julián pasaba de grupo en grupo y así departía con todos. Pero cuando llegó el momento de estar en el grupo de Rigoberto, se habían reído de alguna ocurrencia; tenían mucha empatía entre sí y a Rigoberto le gustaba él y Julián lo sabía. Algunas horas después, la madre y Aleph subieron a su habitación a descansar mientras que Dafne no se había asomado para nada por ahí; ella prefirió estar en su habitación, leyendo el libro de introducción al Derecho, en la cama que era su aposento de verdadera princesa. A las cinco de la mañana se acabó el licor, los cigarrillos y los bocaditos; aunque la música seguía sonando con un ritmo estridente. Los amigos de Rigoberto lo convencieron de ir a otro lugar donde poder continuar con el jolgorio y él aceptó sin condiciones; todos ebrios, se marcharon para un bar del centro de

Lima. Allí libaron cerveza helada, pero aun así se acaloraron un poco por el sol de las diez de la mañana que les hacía sudar. Después de algunas horas más, a Julián le había sobrevenido el sueño como resultado del desvelo y, en acuerdo con Rigoberto, salieron de la cantina y desaparecieron en la puerta de un hotel de la calle Dávalos Lisson. Llegaron extenuados y, solo pensaron en descansar, y al cabo de unos minutos se quedaron profundamente dormidos en la misma cama. Al despertar otro era el escenario. Se habían confundido sus cuerpos en uno solo y tuvieron un sexo duro y salvaje por varias horas en la cama de un hotel de mala muerte. Nunca nadie se enteró de este hecho y menos que era el debut de Rigoberto. Lo guardaron todo bajo cuatro llaves y luego sus sucesivos encuentros mantuvieron el mismo hermetismo de la primera vez. El cumpleaños de Julián había marcado un punto de quiebre en la relación conyugal que tenía su madre con Aleph; él desde algún tiempo le vino pidiendo un hijo puesto que hasta la fecha no había llegado a ser padre biológico, de modo que era evidente su insatisfacción y su mujer lo sabía bien; pero igual que hace cinco años, le repetía que no estaba dispuesta a volver a ser madre, por que se impuso a sí misma la decisión de no volver a parir y Aleph Guananay lo sabía perfectamente desde que se comprometió con ella. Empero, durante este tiempo no perdió ni por un instante el deseo natural de ser padre.

En la noche, cuando llegó a casa, encontró únicamente a Dafne haciendo algunas anotaciones en su *block*, le dio un beso en la frente y, para no interrumpirla, subió a su habitación y, le dejó dicho que le avisara a su mamá en cuanto llegara, que la estaría esperando para platicar. Después de un cuarto de hora, la madre volvió a casa y Dafne le transmitió lo que Aleph le dejó

dicho y, al cabo de unos minutos de subir, la plática se tornó irascible y los gritos se deslizaron hasta donde se encontraba Dafne; pero ella ni se inmutó, consideraba que ya se les pasaría la rabieta porque no eran usuales las peleas en casa. No obstante, en la habitación de arriba había un desencuentro airado entre los dos. ¿La causa?... Aleph Guanayay le comentó por enésima vez, pero casi con ternura, el hecho de querer ser padre; pero su esposa reaccionó furibunda, quizá ahitada por las muchas veces que él recurría a ese tema y le hacía sentir asombrosamente incómoda, de modo que hoy se armó el bolondrón y con firmeza, como haciendo saber quién manda finalmente en casa, le aclaró que era la última vez que tocaban el tema y que la respuesta era que no, no tendría más hijos, y le pidió también que no la obligue a ligarse las trompas porque hasta allí llegaría en caso él persista con su testarudez.

Esa noche no durmieron juntos. Aleph bajó hasta el sillón de la sala, se acostó a oscuras y se dispuso a conciliar el sueño; no obstante, muchas imágenes empezaron a revolotear en su memoria y la noción del sueño se le extinguió por completo; solo entonces comprendió, entre otras cosas, que el sueño ya está programado en nuestra mente desde mucho antes de nacer, de modo que por esa razón nuestra existencia se divide en dos estados: despierto y dormido. Resolvió que necesitamos ambos estados para poder sobrevivir, pero también que existen personas que tienden más a uno de ellos y es ahí en donde descubrimos al soñador por un lado y al materialista por el otro. A uno de ellos nos tenemos que acomodar más, y cayó en la cuenta que al estado de soñador pertenecía él. De pronto, decenas de imágenes le recorrieron la mente y vio a la guacamaya en unas piruetas espléndidas en la rama más alta del mango, vio la hacienda inmensa

de su tío abuelo cerca de la ribera de un río caudaloso que no tenía nombre y, aguas más abajo, distinguio a sus amigos de pesca, en sus canoas, en compañía de sus padres. También le golpearon la memoria, los momentos imborrables de cuando soñaba cambiar el mundo con su solo ejemplo, con su solo mensaje, y luego su juventud en la escuela de policía sin muchos recuerdos extraordinarios ni relevantes. En cambio, se vio entrar de la mano por la puerta ancha de madera y hierro de la iglesia, con la mujer que se convertiría en su esposa, sabiendo que la única condición que ella le puso era que no tendría más hijos; que con los dos que tenían era suficiente. Él aceptó muerto de amor y fue, desde entonces hasta hoy, un padre realmente amoroso para ellos; pero no se conformaba, quería uno suyo. Verlo nacer y crecer, verle su primera sonrisa, el primer diente de leche, llevarlo a pasear y jugar con él o con ella todo el tiempo que sea posible, y los primeros años de escuela. ¡Ah, la escuela!, la etapa más maravillosa de los seres humanos. Pero nada de eso era posible y tampoco se le cruzaba por la mente dejar a su mujer por otra. Por un momento la razón se le quebró y sintió que no tenía salida por primera vez, y momentáneamente todo se le reducía a este instante y sintió ahogarse; y la vida fue espontánea, no valió nada, ni tuvo razón de ser.

En la aurora sus ojos grandes seguían abiertos. No había pegado una sola pestaña en toda la noche, pero se las tenía que ingeniar de todos modos en dormir por los menos unas horas, porque aun siendo hoy su día de franco, debía cumplir el compromiso que asumió con una entidad bancaria donde fungía de vigilante.

El microbús que manejaba Pepe Quijada salió como todos los días a recorrer la ruta de siempre. Una serpentina negra desde el paradero inicial se extendía por calles, avenidas, esquinas y paraderos informa-

les. Ramón, su eterno cobrador, era su Sancho Panza. Amigo y cobrador, a la vez; quince años trabajando juntos, no era para menos, y aunque le quiso en reiteradas ocasiones enseñar a conducir, Ramón se resistía a recibir la enseñanza aduciendo que si aprendía a manejar luego, luego, se iba a trabajar a otro lado, pero ya como conductor y eso es lo que no quería. Lo que deseaba, a pesar de todo, era continuar trabajando al lado de Pepe o quizás se resistía a aprender a manejar por pura parsimonia; el hecho concreto era que pasaron muchos años y Ramón seguía al lado de Pepe Quijada en el mismo oficio acompañado ya de la vejez.

El microbús venía de regreso, repleto y a punto de explotar; los pasajeros, de pie y apretujados, poco más salían disparados por las ventanas opacas; pero Ramón se las ingeniaba para cobrarles y llegaba hasta el último pasajero del fondo porque no falta uno que otro polizón que, muy suelto de huesos, te muestra un boleto cualquiera que alguien botó por ahí y te engaña y tú le crees porque tienes que apurarte en cobrar, porque la gente baja en cada cuadra y grita y golpea la carrocería; pero Ramón les dice que el carro no es burro, que no están en su burro para que golpeen de esa manera, y la gente se baja y otros suben y otros tantos siguen de pie, pero muy pocos reservan el "Asiento especial" para finalmente resumir la realidad primitiva del transporte urbano de Lima.

En la avenida Perú, un hombre delgado, alto y pálido abordó el carro e inmediatamente se dirigió a los pasajeros con un discurso lóbrego; luego ofreció unos caramelos de mentol que les había recomendado comprar porque les curaba la gripe, carraspera, tos y otros síntomas; naturalmente pocos eran los que creían en esas bondades, pero igual algunos colaboraban con esta persona quizá conmovidas por la

lástima que les inspiraba el nene que traía en brazos, al que presentó como hijo suyo aunque ello no correspondiera necesariamente a la verdad. La noche giraba bajo la luz de neón y encubría una serie de sorpresas imbricadas, usuales en los avatares del transporte urbano. Esa noche, por ejemplo, subieron dos homosexuales que se negaron a pagar el pasaje y estaban ebrios, besándose en los asientos traseros del carro. Ramón tuvo que exigirles que se bajaran, pero ellos de tercos seguían regodeados de besos, turbados de embriaguez y se aferraban a los asientos. Con la ayuda de Pepe tuvieron que bajarlos a la fuerza, aun cuando el resultado haya sido que Ramón terminara con el rostro magullado y la camisa rota. Más allá, a uno de los pasajeros le arrebataron el celular por la ventana y el ladrón desapareció corriendo, nadie pudo atraparlo. Poco antes de llegar al paradero final, un pasajero dormido, aún seguía en el carro. Ramón, al ver que era el último que quedaba, se acercó para despertarlo y preguntarle dónde es que bajaba finalmente; pero solo luego de zarandearle varias veces, el hombre despertó asustado y se dio cuenta que hacía mucho debía haber bajado, que de allí estaba a cuarenta y cinco minutos de su casa y lo peor de todo que no tenía un solo centavo en el bolsillo; contrariamente a lo que se pensó, no estaba tomado y fue por esa razón que ellos accedieron a darle un sol para que tomara un carro de regreso. Así terminó la jornada, con la náusea inevitable del día contaminado, las calles desbordando de basura, ambulantes por doquier, las pistas en reparación en todos los distritos que duraba el trayecto, y las portadas de los diarios con mujeres desnudas en los quioscos verdes de cada barrio.

Dafne estaba aprovechando acertadamente la carrera de Derecho y les comentaba a sus padres que

cada día en el aula universitaria aprendía más y más cosas nuevas; confesándoles igualmente que no pudo elegir mejor carrera y que, luego de concluir Derecho, le gustaría ingresar a la academia de Diplomacia y con un poco de esfuerzo y suerte llegar a ser embajadora o Presidenta del Perú, y sí que tenía valiosas cualidades y condiciones para convertirse, en el futuro, en Presidenta, de modo que la princesita se perfilaba como el mejor cuadro de la familia y en la que todos resumían sus esperanzas y anhelos que ella hasta hoy estaba segura de cumplir; porque en Julián no había una sola gota de esperanza, por los menos hasta ahora no daba vistas de querer tener un futuro promisorio. Como de costumbre, obsesionado en la computadora, rescatando correos electrónicos que alguien *hackeaba* o burlando la seguridad del servidor de la Reniec para brindarle al cliente, los datos personales de algún peruano; ganaba bien y solo se dedicaba a eso a tiempo completo y con horas extras. No obstante, alguna vez le pidieron, a cambio de una buena remuneración, *hackear* todo un servidor, pero él rápidamente se negó y de plano precisó que servidores no *hackeaba*, solo correos y a veces acertaba como también algunas otras no podía lograrlo. Pero había resultado que estas personas eran periodistas que venían con cámaras ocultas para hacer un reportaje con respecto al oficio este de *hackear* correos electrónicos en el Perú, y la noticia llegó a su familia por televisión y, aunque no hizo el trabajo de *hackear* servidores, sí afirmó, en cambio, que *hackeaba* correos electrónicos. Dafne no fue a estudiar casi un mes de vergüenza por el hermano, a Aleph Guananay casi lo degradan aún no siendo su hijo biológico y la madre se moría de pena cuando iba al mercado, aunque camuflaba bien su rostro con una gorra de visera ancha con orejeras de chullo, y por un largo mes Julián no fue a la galería a trabajar, solo ocasionalmente entraba a su correo

electrónico para escribirle un mail a Rigoberto, porque todo el tiempo se la pasó en casa recibiendo la visita diariamente, eso sí, de su enamorada.

Ramón no estaba con él el domingo que pactó el servicio de transporte a la facultad de Contabilidad de la Universidad Federico Villarreal. Los jóvenes tenían que estar en Huachipa a las diez de la mañana para asistir a un paseo campestre organizado con anterioridad. Pepe Quijada les dejó en la misma puerta del recreo y luego estacionó el microbús en un lugar indicado, a la espera de la orden del regreso que no sería sino hasta después de las cinco de la tarde. Encendió la radio del carro, abrió las primeras páginas del diario y se apoltronó a leer.

En la mañana, los pájaros habían vuelto a cagar, pero esta vez en la cabeza descubierta de Aleph Guananay y él, como un verdadero arbolito verde oliva, no supo qué decir, solo atinó a sacar el pañuelo azul del bolsillo anterior del pantalón con el que quiso limpiarse la cabeza, pero solo logró embadurnarla más y dejar los cabellos color de cemento. Algo pasó que al cabo de dos horas más aún no había ido a los servicios higiénicos. Su cabeza comenzaba a apestar a mierda de pájaro, todos se le corrían y tardó en entender que era a causa del hedor. Los pájaros entonces empezaban a tener sentido y a vestirse, portar armas, silbato, kepí y picar. Los árboles más duros de agujerear eran los más fáciles, porque parecía que en la escuela técnica o en las avenidas se les enseñaba los secretos del oficio y volaban alto, sí que volaban alto, y se les enseñó a posarse en las carrocerías de los microbuses, en los peajes de las vías extensas y en la carreteras interprovinciales. Aprendieron rápidamente maromas en el aire de los campos y en la cumbre más alta a anidar; pero la fruta más fresca y con gotitas de miel la en-

cuentran fundamentalmente en Lima y pueden volar a sus anchas, bajo un cielo nuboso y cenizo, o por sobre los árboles que son los mismos arbolitos de oliva inolvidables, desde donde silban, pican y hacen nido.

Esta vez llegó a casa dos horas antes de lo previsto y no encontró a nadie, como usualmente ocurría; pero como pocas veces, se fue raudamente a la cocina y ahí sacó de su bolsillo una bolsita transparente que más temprano le entregó un chamán cuando fue en busca de un potente veneno, y eran un manojo de hojas verdes molidas que segregó en tres vasos, conteniendo chicha morada que preparó apresuradamente. La decisión estaba tomada. No hay hijo, no hay vida completa, no hay familia completa; entonces, ¿para qué seguir viviendo? Y si se muere solo él, la mujer podría tener otro marido y quizá concebir un hijo de él y, si deja con vida a Julián, entonces pensará que se mató por cobarde y aún después de muerto seguirá odiándolo; además, Julián no era gran cosa para la familia y la sociedad, quién sabe y le hubiera hecho la vida imposible a Dafne haciéndole perder sus estudios. En cambio, ella sí merecía vivir, tenía un futuro realmente promisorio, iba a ser la futura Presidenta del Perú, era ante todo y sobre todo su princesita y no merecía morir por nada del mundo.

Dejó escondidos los vasos y corrió a la bodega más cercana, compró una Coca-Cola sin helar y regresó de inmediato a la casa; pero no supo en qué momento, aunque estuvo pendiente de la puerta mientras le atendían; ingresaron su mujer, Julián y Dafne juntos, de modo que para cuando abrió la puerta Julián estaba acomodado en el sillón y las dos en la mesa del comedor retirando de las bolsas las cosas que habían comprado. Su mente se quedó en blanco y le sobrevino un

ligero temblor en todo el cuerpo al ver a todos ahí, en la sala. Ocultó furtivamente la Coca-Cola, les saludó y los vio a todos acalorados.

-Se nota que la compra fue ardua, se les ve cansados.

-Uy, sí, no sabes. Pero más que todo fue porque el carro se pasó y nos dejó algunas cuadras de más -le dijo su mujer faltándole el aire.

-He preparado un refresco para ustedes, porque supuse llegarían cansados -les dijo y se acercó a la cocina.

-No te hubieras molestado, ya compramos gaseosa -le respondió, pero Aleph no logró oír porque ya estaba internado en la cocina.

Al poco ratito volvió con los tres vasos en un azafate y la cola en la otra mano. Julián saltó del sillón para atrapar de su mano la gaseosa, pero él la sujetó con fuerza y le replicó:

-Esta es para tu hermana, para la engreída. Para nosotros refresco nomás.

Y le sirvió a su mujer. Pero cuando estuvo a punto de entregarle el vaso a Julián, ella prefirió el refresco y le dijo que hacía cambio con su hermano.

-Ya ves papá, Dafne prefiere el refresco, así que puedes darme la gaseosa -y le extendió la mano.

Aleph Guananay le miró a Dafne de frente y la naturaleza de Dafne, a través de sus ojos, comprendió algo que no supo que era porque fue por pura intuición.

-No me desprecies la gaseosa mi amor -le dijo.

Ella cogió la botella y la bebió en silencio, Julián no tuvo más remedio que beber el vaso de chicha morada, mientras que su madre ya lo tenía por la mitad. Los vasos se quedaron limpios y la botella vacía, y dentro de un rato más, los tres estaban regurgitando y retorciéndose de dolor ante los ojos compungidos de Dafne, que no encontraba una explicación para ello. Se comunicó con los bomberos para pedirles ayuda y,

luego de muchos minutos, una unidad de bomberos irrumpía en el barrio con el sonido de la sirena y las luces rojas. El jefe de esa unidad reportó al hospital más cercano sobre la emergencia de un posible caso de envenenamiento familiar. Dafne, olvidando la casaca de rigor por la hora avanzada, abordó la ambulancia partida en llanto.

Pepe Quijada, de regreso de Huachipa, no había calculado bien la curva y cuando pisó el freno ya era demasiado tarde para evitar que impactara el microbús con un tráiler con carga. Él y los treinta estudiantes de Contabilidad de la Universidad Federico Villarreal fueron arrollados y sacados de la pista varios metros, causándoles la muerte casi instantáneamente y dejando el vehículo irreconocible con sus fierros retorcidos. Nadie presagió que el mismo día que murió Pepe Quijada en la pista moría Aleph Guananay en la sala de un hospital. Pájaro y fruta razonablemente incomprensible. La autopsia que le practicaron al cadáver de la mujer de Aleph arrojó que llevaba un mes de gestación, lo cual fue lamentado por los médicos.

Dafne se quedó sola y empezó a construir una vida nueva, pero siguió siendo una princesa, esa misma princesa que todos queríamos y acaso llegamos a adorar. Rigoberto se quedó sin novio, pero siguió yendo a las fiestas de ambiente, y desde luego, continuó vistiendo ese conjunto rosa que guardaba bajo siete llaves en el clóset, y se compró otros más; pero ahora los usaba con mayor libertad en la sala, jugando con el perro atrás de las mamparas. Priscila volvió a hacer el amor con un desconocido en los sillones de su casa, y a escuchar música hasta quedarse dormida y soñar que la amaban, que buscaban su compañía a tientas en la oscuridad. Los pájaros todavía están afuera, inventando energúmenas maromas con el pito en el pico, como si quisieran apagar de un solo soplido un incendio colosal.

ÍNDICE

Genelipsis cerrado	7
Amazonas	22
Hombrecitos de plomo	31
El éxodo de las noches	49
En la arena juegan los perros	57
La Gringa	78
Tuyajtaj	99
La Maestra de inglés	117
Enanos de la Patagonia	124
Son los pájaros de Lima	127

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Editorial San Marcos situados en
Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangomarca, S.J.L., Lima, Perú
RUC 10090984344

Participa en diversos círculos literarios de Lima y El Callao. Le concedió una entrevista al escritor y periodista Iván Thays en su programa *Vano Oficio* de TNP y una de sus obras ha sido reseñada en la revista *Vivir Bien*, de circulación nacional.

Es un joven autor preocupado por las artes y la cultura en el Perú. Es autor de los libros: *Veinte poemas en otoño* (poesía) y *Ciudad de canela* (cuentos).

Fundador y Director General del Grupo Iberoamericano Sociedad y Cultura.



Como un torbellino de magia que se desliza entre la hierba o como un volcán en los prolegómenos de la vida del planeta, esta colección de diez cuentos nos lleva a lugares exóticos donde el presente se confunde con el pasado para juntos crear un futuro súbito y mágico a la vez. La ironía y la tragedia son tensiones imprescindibles en este libro y razones fundamentales en la psicología de los personajes, como también lo es el tema de la corrupción en la trama de "Hombrecitos de plomo", "En la arena juegan los perros" y "Son los pájaros de Lima".
En este segundo libro, una vez más Antonio Morales Jara se adentra en el realismo mágico, iniciado en América por el cubano Alejo Carpentier y elevado a la maestría más alta por el colombiano Gabriel García Márquez. "Genelipsis cerrado", "Amazonas", "Tuyajtaj" y el "Éxodo de las noches" dan cuenta, cada uno, de cómo la fantasía se superpone a los elementos de la realidad sin prescindir de ellos, y por el contrario, son el basamento de la magia que existe en *La Fiesta de los Cuentos*. El primer cuento de este libro, además, predice la pandemia ahora desatada en todo el mundo.
De este modo se abre el camino de un nuevo reto en la literatura peruana del siglo XXI, y la selva de San Martín se convierte en el escenario perfecto de la narrativa contemporánea, específicamente el mítico Anchoajo de esta obra, donde el talento del joven escritor Antonio Morales Jara nos envuelve en sus páginas de realidad y fantasía, en medio de la vehemencia de los prolegómenos de este siglo.

ISBN: 978-9972-38-817-0



Editorial San Marcos
Oficina principal: Jr. Dávalos Lissón 135 Lima
Telfs.: 331-1535 / 331-0968
E-mail: ventas@editorialsanmarcos.com
Librería: Av. Garcilaso de la Vega 974 Lima, telefax: 424-6563
E-mail: ventaslibreria@editorialsanmarcos.com